

PARRAS, FRAY PEDRO JOSÉ DE (¿ - m.1788)

*DIARIO Y DERROTERO DE SUS VIAJES 1749-1753.
ESPAÑA-RÍO DE LA PLATA-CÓRDOBA-PARAGUAY*

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR

PRÓLOGO AL LECTOR

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Advertencias precisas para el que sale de su patria y ha de vivir entre gentes que no comunicó

CAPITULO II

Motivo que tuve para salir de la provincia de Aragón y pasar a Indias, y diario desde el convento en que moraba, hasta Madrid

CAPITULO III

Entro en el convento de San Francisco de Madrid; lo que en él y en la Corte vi y me sucedió hasta el día 22 de noviembre en que salí para Cádiz

CAPITULO IV

Salgo de Madrid para Cádiz, y lo que sucedió en este camino

CAPITULO V

Breve expresión de lo que son las tierras contenidas en este diario, o en los tres capítulos anteriores

CAPITULO VI

Llego a Cádiz y estoy en esta ciudad, hasta embarcarme, dos meses y cuatro días

CAPITULO VII

Embárcome con los demás compañeros y navegamos hasta las islas de Canarias

CAPITULO VIII

Continuamos la navegación hasta la línea equinoccial

CAPITULO IX

Salimos de la equinoccial y navegamos hasta la altura de Río de Janeiro

CAPITULO X

Navegan desde la altura del Janeiro hasta Montevideo

CAPITULO XI

Entramos en Montevideo: descríbese esta ciudad y navegamos hasta Buenos Aires

CAPITULO XII

Descríbese la ciudad de Buenos Aires

CAPITULO XIII

Breve noticia de aquello en que me ocupé desde el 29 de junio de 1749 que llegué a Buenos Aires, hasta el 3 de noviembre de 1752

SEGUNDA PARTE

(Derrotero y diario del viaje que hice al Paraguay a las reducciones de su jurisdicción y regreso a Buenos Aires)

CAPITULO I

Salgo de Buenos Aires por tierra, hasta los Arrecifes, o el convento del Rincón de San Pedro. Refiérese el resto de la navegación hasta la ciudad de Santa Fe y dase noticia de los indios payaguás

CAPITULO II

Entramos en la ciudad de Santa Fe. Experimentase la virtud del diente del yacaré. Demora en esta ciudad hasta el día 29

CAPITULO III

Pasamos al puerto que llaman de la Bajada y la demora que en él tuvimos. Cuéntase el resto de la navegación hasta Santa Lucía

CAPITULO IV

Caminamos por tierra hasta Corrientes y descríbese esta ciudad y su territorio. Paso al pueblo de Itatí y dase razón de este pueblo. Vuelvo a la ciudad de Corrientes para embarcarme y seguir viaje

CAPITULO V

Continúase la navegación hasta la Villeta

CAPITULO VI

Tomamos el camino de tierra hasta Yutí, que dista setenta leguas de la Asunción

CAPITULO VII

Vuelvo a deshacer el camino hasta la ciudad de la Asunción

CAPITULO VIII

Hácese relación de esta ciudad de la Asunción

CAPITULO IX

Llego a la ciudad de Corrientes

CAPITULO X

Salgo de Santa Fe para Buenos Aires y me detengo en esta ciudad hasta el 5 de octubre.

Derrotero o diario del viaje que hice de Buenos Aires para Córdoba

APÉNDICE

NOTA PRELIMINAR

Esta crónica de viaje aparece por primera vez en forma de libro. Fue impresa en la Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, tomo IV, 1882, hace ahora sesenta años, pero como la dicha publicación ha venido a ser cada vez más escasa, no es aventurado afirmar que el Diario y Derrotero del padre Parras, llegará por primera vez a nuestro público lector con la edición que ofrece «Solar» en su colección de viajeros.

Los manuscritos de la obra, de fácil lectura y en buen estado de conservación, se guardan en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Damos en facsímil una página con la firma del autor.

El padre Pedro José de Parras, de la orden de San Francisco, nació en un pueblecito de la provincia de Teruel, en España. Son muy escasos los datos de su vida, casi todos autobiográficos. Sabemos que vino al mundo en la primera mitad del siglo XVIII y que aún vivía en 1787. Profesó en el instituto de la Real Observancia de Zaragoza y se encontraba en la villa de la Almunia (Aragón) cuando fue llamado por sus superiores para venir en misión al Río de la Plata. El viaje que hizo el religioso desde Zaragoza hasta Cádiz, así como la travesía del Atlántico, están relatados con muchos pormenores en este libro. El padre Parras llegó a Buenos Aires en junio de 1749 e ingresó en la Recoleta franciscana, convento que más tarde habría de dar su nombre a un barrio de la ciudad. Desde ese convento salió en diversas oportunidades para llevar a cabo los viajes que son materia de este libro, entre los años 1749 y 1753. También cumplió un largo itinerario en 1759 por las Misiones orientales del Uruguay, en ocasión de encontrarse allí don Pedro de Cevallos y el marqués de Valdelirios, después de la guerra guaraníca, para dar término al famoso Tratado de la Permuta entre España y Portugal.

El padre Parras permaneció esta vez en América hasta 1768, año en que hubo de trasladarse a España para asistir al capítulo general de su orden celebrado en Valencia. Sábese que de Valencia pasó a Madrid, donde se ocupó en mejorar la situación de los religiosos de América y en reunir materiales para un libro que se publicó algunos años después. Estuvo también en el convento de la ciudad de Borja, luego en el real de San Francisco de Zaragoza, con el cargo de guardián.

Cuando en 1776, creado el Virreinato de Buenos Aires, don Pedro de Cevallos organizó su segunda expedición contra los portugueses del Brasil que terminó con la toma de Santa Catalina y la Colonia, el padre Parras ocupó en la armada el cargo de teniente de Vicario General. Terminada la campaña, quedó en el Río de la Plata y fue designado rector y cancelario de la Universidad de Córdoba del Tucumán. En 1783, apareció en Madrid su obra en dos volúmenes intitulada Gobierno de los Reguladores de la América.

En Buenos Aires se conservó manuscrito el Diario y derrotero de sus viajes. Bastaría este pintoresco relato para consagrar a fray Pedro Parras como fino y ameno cronista. Su lenguaje fluido, animado, vigoroso, revela a un escritor familiarizado con los buenos modelos del idioma, circunstancia ésta nada común a mediados del siglo XVIII. Acredita asimismo el viajero, relevantes dotes de narrador, por el interés y la variedad de las escenas, la oportunidad y la gracia de las anécdotas, la amenidad de las descripciones.

En lo que concierne a la parte puramente informativa y documental, encontrará el lector reflejados en este libro, muy variados aspectos de la vida en el siglo XVIII, precisamente aquellos que rara vez consignan los papeles de índole política y que ofrecen una visión más exacta de la realidad social. Aun en lo que se refiere al proceso político y eclesiástico del Río de la Plata, contiene este viaje del padre Parras datos novedosos. ¿Quién se detiene hoy a considerar la obra de las misiones franciscanas a mediados del siglo XVIII?

¿No aparece para nosotros toda la obra misionera concentrada en la organización jesuítica que alcanza en aquella época su mayor apogeo? En densas y sugestivas páginas expone el padre Parras la obra de los franciscanos en Corrientes y Paraguay, al par que señala con probidad ejemplar algunas fallas graves del sistema de comunidad implantado entre los indios por las congregaciones religiosas.

No es uno de los menores méritos de este libro, la profunda sinceridad con que está escrito. No hay en él asomo de doblez ni de mojigatería. Campea en sus páginas una ruda franqueza de hombre honrado que no oculta, si es necesario, sus propias flaquezas. Tenía, además, el padre Parras, un agudo sentido práctico de la vida, muy necesario al misionero en sus andanzas y peregrinaciones por tierras y países extraños.

El Diario y derrotero representa así un aporte muy significativo para la bibliografía de viajeros en el siglo XVIII y debe situarse entre las Cartas de los padres Gervasoni y Cattaneo (1728) y El Lazarillo de ciegos caminantes de Concolorcorvo (1773). No abarca el padre Parras en sus notas de viaje por tierra americana una zona tan amplia como El Lazarillo famoso, que lleva de la mano al lector desde Montevideo hasta Lima; pero el camino que hace el franciscano, de Zaragoza a Cádiz, y la travesía del Atlántico, motivan

interesantes narraciones que no se hallarán fácilmente en otros libros del mismo linaje y condición. Por lo demás, el Diario y derrotero, aventaja a las referidas crónicas del siglo XVIII en lo ceñido de la exposición y en la superior calidad de su prosa. Méritos son éstos que lo hacen ampliamente acreedor a la esmerada reimpresión que ofrece «Solar» con las originales ilustraciones del señor Macaya, tan expresivas y ajustadas al texto de la obra.

JOSÉ LUIS BUSANICHE

PRÓLOGO AL LECTOR

Sólo el que dejando su patria, sale a experimentar las aventuras que precisamente han de acaecerle fuera de ella, puede atinar con la importancia que tiene el negocio de que cada un viajero forme su diario, ya para que concluidas las fatigas de una marcha, le quede la autoridad de referirla con propiedad y energía, ya para que, teniendo en él presente los acaecimientos sucedidos en determinados parajes, o con individuos de tales naciones, le sirvan de aviso para su consejo, y ya finalmente, para que con el conocimiento de los muchos riesgos que más de una vez le habrán amenazado muy de cerca, pueda teniéndolos presentes, aplicar con oportunidad los cautelosos medios que dicta la prudencia para evadirlos.

A la curiosidad de los viajeros, se debe la noticia de las partes más remotas y ocultas del globo; el conocimiento de las extranjeras naciones, la penetración de sus estilos y diversos genios, la puntualidad de sus correspondencias, la fidelidad en sus tratos y la política en sus negocios. A esta misma curiosidad debemos la noticia de los temperamentos, la distinción de las maravillas de la naturaleza, las propiedades, formas y figuras de diversas aves, de innumerables peces, de infinitos monstruos, de admirables plantas, de contrarios climas, de caudalosos ríos, de soberbios montes, de preciosas plantas, y finalmente debemos a la mencionada puntualidad, todo lo que media entre saber con propiedad las cosas, o saberlas por la ridícula especulación que a cada uno suele dictar su capricho.

Y aunque de esta materia han escrito innumerables, no puede censurarse el que escriban todos, antes debieran hacerlo con propia utilidad; pues es evidente que si uno nos pinta hoy la hermosura, fecundidad y riquezas de la más suntuosa ciudad, mañana nos la podrá pintar otro, sepulcro de sus moradores a impulso violento de un temblor; si hoy nos refieren los navegantes todos, la tranquilidad apacible del mar en tal altura, por más que todos convengan en su permanencia, nos contará otro mañana, en aquella misma altura, su naufragio; y finalmente, si todos convienen en la comodidad que hallarán los viajeros en una ciudad o un puerto, tal vez otro experimentará calamidades, ya sea por el diverso semblante que a cada paso se muda en lo caduco, y ya porque todo lo trastornó un nuevo gobierno. Los primeros, regularmente nos informan de lo que ordinariamente sucede, los segundos nos previenen con más cordura de lo que puede con facilidad suceder; aquéllos nos infunden alguna confianza, éstos nos intiman una necesaria cautela e importante

astucia; y como uno y otro sea preciso para el más feliz giro y manejo de los negocios, en uno y otro debemos estar impuestos.

Todo lo dicho y la atención a haber hecho viaje y transitado por parajes y países en que han estado pocos, y los que han escrito, o escribieron en diversa forma, u observaron con mucha diferencia de tiempo; por esto no excuso el trabajo de adaptar esta obrita, en que inculcaré varias advertencias que pertenezcan, o a las mismas cosas que se han de tratar, o al modo con que cada uno se debe dirigir, para que pueda en sus peregrinaciones lograr algún crédito y comodidad.

Divídese esta obrita en varios capítulos, y éstos en párrafos, para que con la división se penetren los asuntos con más claridad; y prevengo que en la relación que intento hacer de las cosas, no he de gobernarme por lo que he oído, sí sólo por lo que he visto y personalmente examinado; y si alguno que haya transitado las mismas carreras, encuentra especie que en ellas no observó, consistirá, o en su mismo descuido, o en que, con la diferencia de tiempo, las cosas que entonces vio, ya no subsisten, o existen ahora las que entonces no tenían ser actual.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Advertencias precisas para el que sale de su patria y ha de vivir entre gentes que no comunicó

Debe suponerse la diligencia que todo cristiano debe practicar, ofreciendo a Dios los negocios y cargos a que le destina y que le obligan al desamparo de su casa, familia y patria, y prometerle que todos ellos desea, con su divina gracia, dirigirlos a su mayor servicio; pues aunque sean temporales, si se manejan con moderación cristiana, nos conducen al puerto de una seguridad eterna, particularmente cuando el fin es honesto, y se anhela su consecución por medios proporcionados.

Ante todas las demás diligencias, debe cualquiera tener presente las calidades de su persona; y entienda, que, si es noble, está obligado a manifestar la limpieza de su sangre, más con la ejecutoria de nobles, cristianos, políticos y atentos procederes, que con multitud de impertinentes informaciones, que sólo sirven de aumentarle el descrédito, cuando se porta quien las lleva, con infame trato. Sin embargo, yo aprobaré siempre la diligencia de que el viajero no salga de su casa para extrañas tierras, sin llevar en buena forma instrumentos que hagan fe de su bautismo, confirmación, limpieza de linaje, oficios que ha ejercido y pasaportes necesarios; pues muchos, por haber omitido esta diligencia, se han visto en mucha distancia de su patria, sin poder satisfacer a las

calumnias que impuso la emulación; fuera de que todo lo dicho es preciso, por si en países remotos hubiese de tomar estado. Y lo mismo respectivamente deberá observar el religioso, el clérigo, el militar, etc., con el seguro de que, si en esto tuvo descuido el pasajero, el más ínfimo ministro de la policía le causará un bochorno de que no podrá recobrase con perfección sino sangrando su bolsillo en sana salud.

Mire muy bien el pasajero con quien se acompaña, pues muchas veces llegará a donde jamás le han visto, y acertarán a definirle por su compañero. Innumerables veces logrará un hombre por sí muchas conveniencias y las perderá fácilmente por las compañías, y no se hallará quien se detenga a agasajar un perro, si éste habita en la cueva donde mora el tigre.

Cuantas palabras haya de pronunciar, han de haber estado primero en las balanzas de la razón. De lo que dejare de hablar, jamás ha de pesarle, y de lo que hablase, tendrá muchas veces que arrepentirse. Hable bien de todos, si quiere que le tengan por hombre de juicio. Especialmente cuide no hablar mal de nadie, delante de sujetos a quienes no conoce; porque puede haber algún interesado del que se murmura, y entonces puede la defensa ocasionar una desgracia. Aconsejo esto de experiencia, pues hallándome cierta ocasión en el café de Cádiz, dije algunas palabras inconsideradas de un francés, que a la sazón estaba ausente, muy distante de que los españoles que me oían fuesen de su parte, y no fue así; porque uno de los oyentes, aunque español, era su hermano, y fue muy necesaria la prudencia y respeto de los circunstantes para atajar los primeros ímpetus de su ira; en cuyo lance quedé confuso, pero escarmentado.

Lo que el pasajero quiere mantener en secreto, a nadie lo comunique; porque, si él que es más interesado lo dice a otro, menos lo guardará éste, porque le importa menos. Ni debe fiarse en que sólo lo comunica a su amigo, pues quizá no será amigo para siempre, y revelará a la primera discordia, lo que cuando había amistad se le comunicó en confianza. Examina las circunstancias del que se te hace amigo y mira si lo es de tu persona o de tu bolsa, y acuérdate que los tordos, sólo mientras hay aceitunas van a los olivos. Si el que se llamaba tu amigo en lo próspero de tu fortuna, lo es también en lo adverso de la desgracia y pobreza, éste es buen amigo; pero si se hace golondrina, que antes que llegue el invierno ya se ausenta, éste es perverso, con el cual y sus semejantes, es necesaria una cautelosa astucia; pues muchos que conservaron su honra, hacienda y vida, guerreando continuamente en los ejércitos, lo perdieron todo junto y en breve, por sus falsos amigos.

Ha de ser el que vive fuera de su casa, puntualísimo en la cristiana política y urbanidad, y también lo ha de ser en la puntual correspondencia y comunicación; y si hay mucha necesidad de pesar lo que se habla, ha de pasar también por crítica medida cuanto se escribe. Jamás deje perder carta que le escriban, ni deje de copiar la menos importante de las que despacha; y de cuánta importancia sea este negocio, sólo lo sabe quien lo ha experimentado. Fuera que esta diligencia acreditará a cualquiera de cuerdo, prudente, sagaz, estadista y político, circunstancias que le harán respetable entre los hombres.

Otras innumerables advertencias o avisos, son necesarias, pero omítense aquí, porque en sus respectivos lugares se harán en este diario, con la puntualidad posible.

CAPITULO II

Motivo que tuve para salir de la provincia de Aragón y pasar a Indias, y diario desde el convento en que moraba, hasta Madrid

El año de 1748, a 2 de agosto, recibí una carta en la villa de Almunia, su fecha 28 de julio, en que un comisario de misiones de la provincia de Tucumán, en el reino del Perú, me suplicaba desde Madrid, fuese servido de incorporarme en la misión que estaba para llevar a dicha provincia. No dejé de considerar que aquella carta podía ser llamamiento del Señor, que sin embargo de mi indignidad, podía necesitarme como hábil instrumento en aquellas partes. No obstante, atendiendo al dilatado y peligroso viaje, respondí en el inmediato correo, que no me determinaba; bien es verdad que di esta respuesta contra lo que interiormente me sugería el ánimo o espíritu.

Corrió el tiempo hasta el día 19 de octubre, en que, cuando menos pensaba, llegó el mismo comisario de misiones al convento de Santa Catalina de Cariñena, en el que actualmente era morador; y atendiendo a que ya era duplicado el toque y llamamiento, di lugar a que el dicho comisario me hablase sobre el asunto y me informase verídicamente del destino. Hízolo así; y luego entrando en cuentas conmigo propio advertí que en aquella santa provincia de Aragón, serviría yo de muy poco, y que podía servir de mucho en Indias, donde se pierde innumerable mies por falta de operarios, y ayudándome de la consideración de haberseme instado *nominatim*, sin intervención mía, conocí ser voluntad de Dios que pasase a la remotísima región del Tucumán, para cuyo efecto recibí la patente del comisario, y también el padre fray José Ramírez, que se hallaba de colegial; y habiendo recibido la bendición del guardián y los instrumentos necesarios, y pedido por escrito su bendición al reverendísimo padre provincial, que actualmente era el padre fray Ignacio Domínguez, determinamos pasar a Zaragoza, a despedirme de Nuestra Señora del Pilar, que desde luego elegimos por patrona de nuestra peregrinación, y quedamos de acuerdo de no despedirnos de persona alguna de dentro ni fuera del claustro, por excusar sentimientos y pesares, y últimamente nos despedimos de nuestro comisario, que por la Almunia dirigía su viaje, para estar el día 23 en Zaragoza, donde este día por la noche habíamos de vernos. Aquí advierto que continuaré hablando en singular, pues no sé si mis compañeros verían y observarían lo mismo que yo.

El día, pues, 22 de octubre del dicho año de 1748, por la mañana, envié mi ropa, papeles y algunos trastecillos a la villa de Cariñena, por donde había de volver de regreso de Zaragoza, y este día, después de comer inmediatamente, mientras la comunidad daba gracias, tomé el báculo, sombrero y breviario, y partí por el camino de Zaragoza, hasta la villa de Morota, lugar del duque de la Palata, donde hice noche en casa de Diego Benito, donde hospedan a todos los religiosos con mucha caridad.

El día siguiente, 23, entré en Zaragoza, a las tres de la tarde, y no quise ir al convento, por evitar despedidas y ceremonias. Me hospedé, pues, en casa de don José Guallart, administrador del correo de la carrera de Valencia, adonde inmediatamente pasó el

comisario y quedamos en que el día siguiente a las seis de la mañana, estaría en la puerta de Santa Engracia con una calesa en que había de partir a Madrid.

Esperé que se hiciese tarde y pasé al magnífico templo de Nuestra Señora del Pilar, donde estuve en su angélica y apostólica capilla por espacio de hora y media, y luego me retiré a casa de don José Alaestante, canónigo de la santa iglesia metropolitana, por la ingenua amistad que con este caballero y toda su casa he tenido; de donde el día siguiente a las seis de la mañana, salí con bastante sentimiento de toda su familia.

Antes de pasar adelante, no omitiré ser esta ciudad la más hermosa y aseada que he visto en lo que he transitado. Tiene despejadísimas calles, y la que llaman del Caso, no tiene en España semejante. Sólo la calle de Alcalá, en Madrid, le parece un poco, pero no es tan buena. Tiene así mismo cerca de cincuenta comunidades. Sujetas al provincial de San Francisco, hay seis. Son suntuosos sus palacios. En una o en otra ciudad, se hallará algún templo que iguale a los de Zaragoza, pero a todos juntos no pueden compararse los de alguna otra ciudad, fuera de Roma. La Universidad es famosa y bien formalizada, y los estudios en ninguna parte se hallarán más florecientes que en este reino. La ciudad tiene fertilísima ribera y varios floridísimos monasterios en lo más ameno de sus huertas, y entre todos sobresalen las dos cartujas de la Concepción y Aula Dei. Báñanle dos ríos muy caudalosos; el uno es Gallego y el otro Ebro, que es navegable hasta Tortosa, y que no hay otro en España que pueda igualarle, sí sólo Guadalquivir. Sólo tiene un defecto, y es no sea puerto de mar; por cuya causa está la ciudad sin aquel concurso de gente que es capaz, aunque siempre está bien surtida de tropa. Abunda mucho de aceite, vino, lanas, frutas, hortalizas, lino, seda, y finalmente, hay con abundancia de cuantos efectos produce la España. Tiene la ciudad Audiencia, Tribunal de Inquisición, capitán general del Reino, intendente de la Real Hacienda, arzobispo e iglesia metropolitana de grandísima autoridad y número de más de treinta dignidades, muchos colegios, seminarios, casas de ejercicios, casa y real compañía de comercio; el hospital general más insigne que se halla en Europa, casa de comedias, ricas arboledas y deleitables paseos; y lo más aseado que tiene esta ciudad, es la facilidad de hacer correr el río de la Huersa por sus calles más principales, siempre que hay necesidad de limpiarlas. Y sobre todas las riquezas, está en ella la imagen de María Santísima del Pilar, que viviendo la gran señora en Jerusalén, vino en carne mortal, y acompañada de innumerables ángeles, depositó en ella la santísima imagen que hoy se adora sobre el Pilar con la mayor veneración y concurso que es ponderable. Tiene otros muchos santos también, y finalmente tiene a los innumerables mártires, cuyas cenizas se veneran con la mayor grandeza y culto, como esta ciudad acostumbra.

De esta ciudad, pues, salí el día 24 de octubre de 48, a las seis de la mañana, con un calesero gallego que me conducía, y era muy buen hombre, que no es poca fortuna. Es de notar que al calesero siempre se ha de llevar contento; porque de lo contrario, tenga por cierto el pasajero que ha de llevarle a las peores posadas, le ha de hacer madrugar, ha de llegar el último por la tarde a los mesones, cuando ya los mejores cuartos estén ocupados, y aún fácilmente se compondrá con la mesonera, para que el gasto de sus mulas lo incluya en la cuenta del amo, sin que éste lo note, y particularmente logran la suya, cuando conducen religiosos y gente nueva en los caminos. Soy de dictamen, que la calesa

nunca debe alquilarse para todo el viaje entero, o que el que va de Cádiz para Barcelona, ha de alquilarla sólo hasta Córdoba o Madrid, pues si el calesero es bueno, proseguirá gustoso en lo demás del viaje, y si es malo, no se verá precisado a continuarlo.

Este día 24, fuimos a mediodía, a la venta de Mozota, que dista cuatro leguas de Zaragoza, y se pasa por el monasterio de Santa Fe, de monjes cistercienses, y por otro lugar que llaman María, dejando a la izquierda los de Guarte y Cadrete, que son de los dichos monjes, y también a Botorrita, con una venta nueva en el mismo camino; que ésta y el lugar son del marqués de Aviño. En la sobredicha venta de Mozota, a quien también llaman la Venta Vieja, encontramos al marqués de la Sierra, en cuya compañía fuimos hasta Madrid, y esta tarde fuimos a dormir a Cariñena, y pasamos por las villas de Muel, que es del marqués de Camarasa, y por Longares, que es del puente de piedra de Zaragoza, ésta es: todo aquel útil que había de tener un señor si fuese suya esta villa, está cedido por el rey para la conservación de dicha puente y sienten muchos los de esta villa de Longares que les digan que son vasallos del puente. Esta jornada es de... leguas, y viénense todas ellas por huertas, olivares y viñas, excepto uno que otro retazo de tierra, no muy largo.

Esta noche estuve en Cariñena, en que hay hospicio de nuestra religión con siete religiosos, y allí encontré al guardián de Santa Catalina, con algunos padres y muchos colegiales, que noticiosos de que pasaba por allí aquella noche, me hicieron el favor de bajar a verme, desde el convento que dista una legua de la villa, en el cual yo era morador cuando recibí la patente para Indias. Es ésta una villa grande, en que se coge abundancia de vino. Tiene convento de recoletos, hospicio y monjas clarisas. Tiene una suntuosa iglesia con veinte y cinco sacerdotes, que componen una respetuosa congregación o capítulo: está toda la villa con su muralla, y queda cerrada con tres puertas; y junto a la una se ve una capilla de San Valero, con un pozo de agua riquísima, que el santo sacó milagrosamente, cuando lo pasaron preso de Zaragoza, donde era arzobispo, a Valencia. En tiempo de grandes secas, han faltado las aguas de los demás manantiales, y sólo en este pozo en que jamás ha faltado, han hallado refugio. Esta villa tiene su situación en la punta de una llanura de cinco leguas de larga, algo menos, y tres de ancha, y en este espacio, llamado el campo de Cariñena, están las villas de Almunia, Almonacid, Alpartil, Casuenda, Aguarón, Encinacorba, Pariza, Longares, Cariñena y Alfamén, todas las cuales son abundantísimas de vino, menos la última; pero tiene fábrica de vidrio, aunque bastísimo.

El día 25 por la mañana, habiéndome despedido de los religiosos, partí a cosa de las siete, y habiendo caminado como una legua, entre olivares y vinas, llegamos al puerto de San Martín, que es un gran cerro con una legua de subida, en cuya cumbre hay una venta en que se halla bastante decencia, pagando lo que corresponde al gasto. De esta venta se baja como media legua por camino áspero, y luego se llega a un río poco caudaloso, que se llama la Huerva, al cual se sigue otra llanura como la de Cariñena con poca diferencia, la cual tiene por nombre, el campo de Romanos, y en él hay los lugares siguientes: Mainar, Villa Real, Villadoz, Romanos, Lechón, Baidés, Cucalón y Lanzuela, en los cuales no hay otra cosecha que trigo, algo de cáñamo, algunas viñas muy pocas, y ganado.

El camino real pasa por Mainar, que se compone de una calle, y los demás lugares quedan a una vista. En éste, regularmente, se para a mediodía, como yo lo hice, y por la tarde se va a Retascón, que es un lugar pobrísimo, y luego se baja a Daroca, distante de Retascón media legua.

Es Daroca una ciudad no muy grande; tendrá ochocientos vecinos. Tiene seis comunidades, de franciscanos, mercedarios, trinitarios, capuchinos, padres de la Escolapia y monjas dominicas. Hay siete parroquias, diversas fuentes por las calles, y una está en la puerta de la ciudad, que echa agua por veinte hermosísimos caños de bronce. Tiene deliciosísimos paseos, con grandes arboledas. Está la ciudad entre dos cordilleras, o grandes cerros, por cuyas cumbres van circulando los muros de la ciudad, que tienen muchos torreones de trecho a trecho. Hay una calle principal que corre de este a oeste. Tiene esta ciudad iglesia colegiata con su deán y bastantes canónigos, y lo demás del clero es numeroso. La iglesia es de lo bueno que he visto.

Para que las aguas no inunden la ciudad, hay una mina que tendrá quinientas o más varas de largo. Es alta y ancha, a manera de una gran bóveda; paséase por ella, en tiempo de verano, a caballo, a pie, y en coches, y aunque se encuentren dos, pueden pasar ambos sin embarazarse. Es esta mina rectísima, con alguna claridad, por la luz que participa de sus grandes puertas. Me persuado a que no hay otra obra más maravillosa en toda la Europa, en línea de minas. Corre igualmente con la calle de la ciudad, y está a un lado de ella, penetrando uno de los montes colaterales, y no es profunda, sino que está al mismo piso del campo, y por ella pasan las aguas que descenden de diversos montes; y si ella faltara, se inundaría sin duda alguna la ciudad, y en prueba de esto:

Sucedió el año de 1514, a 13 de julio, que una grande avenida fue arrimando a la puerta de la dicha mina, gran porción de paja y ramazón, de manera que embarazó el tránsito de las aguas, por cuya causa metiose toda la corriente por la puerta alta de la ciudad, a tiempo que la puerta baja estaba cerrada, y no tiene esta ciudad otras puertas. Cuando se advirtió el peligro, ya no pudo evadirse, porque en breve se vio la ciudad con un estado de agua, y los habitantes estaban por las azoteas y torres de las casas, esperando su universal ruina; a tiempo que una grande y pesadísima muela de molino que estaba arrumbada en el zaguán de una casa, salió milagrosamente sobre las aguas y dio un recio golpe a las puertas de la ciudad; y no pudiendo abrirlas del primero, retrocedió por dos veces, contra la corriente, por espacio de veinte pasos, y al tercero golpe rompió las cadenas y cerraduras de las puertas, y abiertas con tan patente milagro, cesó el peligro. Hoy está esta piedra en la misma calle Mayor, en una capillita de San Buenaventura, en cuyo día sucedió el prodigio.

Hay también en el convento de la Trinidad, un hombre convertido en piedra, por una maldición que se echó con juramento falso: todo esto sé, porque está en lugares públicos. Está, últimamente, en esta ciudad, aquel famosísimo prodigio de las seis consagradas formas, bañadas en sangre, que el día del Corpus se muestran al innumerable concurso que se junta en dicha ciudad, en el que se experimentan repetidos milagros, librándose muchos energúmenos del demonio que aflige sus cuerpos.

Baña a esta ciudad el río Jiloca, que corre de sur a norte, el cual beneficia grandemente a la ribera que llaman de Daroca, que es la más regalada del reino de Aragón. Tiene nueve leguas de largo, y, por donde más, una de ancho; pero no hay en ella un palmo de tierra que no esté ocupado con diversidad de frutos y hermosas huertas, con lindas casas de campo. Para transitar por estas nueve leguas, ha de pasarse por medio de once villas y dos ciudades, que son: Luco, Burbaguera, Baquera, Monchones, Murero, Villafeliche, Montón, Velilla, Fuentes de Jiloca, Malvenda, Paracuellos y Calatayud, quedando otras cuatro a la vista, no media legua distante del camino, y son: San Martín del Río, Villanueva, Valdehorna y Morata. Todas son villas y lugares muy buenos. En Villafeliche hay muchas fábricas de rica loza, y ciento veintiséis molinos de pólvora. Calatayud es ciudad de cinco mil vecinos, quince conventos, estudios generales, muchas parroquias y hermosas huertas con sus grandes casas de campo.

Volviendo a coger, pues, el hilo de mi diario, digo: que el día veinticinco hice noche en el convento de Daroca, donde yo estudié Artes. Aquí encontré un hermano mío misionero, que, avisado por el correo de Zaragoza, de que este día pasaba por allí, vino del seminario a despedirse, que dista cuatro leguas de la carrera. Hablamos muy largo aquella noche, y por la mañana me despedí de toda la comunidad, que me acompañó hasta la portería; pero no me despedí de seglar alguno, sin embargo de que tenía en esta ciudad muchos amigos.

El día 26 pasé muy de mañana el estrecho de la Ribera, y luego comenzamos a subir el puerto de Used, que tiene más de una legua de penosísima subida. De su cumbre, se ven con claridad todos los lugares de la dicha ribera y los del campo de Romanos, y con mucha distinción los Pirineos de Francia, que distan cerca de cincuenta leguas. Luego se sigue una bajada muy suave, y se halla un lugar de doscientos vecinos que se llama Used; aquí paramos a mediodía, y no falta providencia alguna, si se lleva plata. Una cosa extraordinaria se registra aquí, y es un palacio, cuyas paredes están solamente en altura de dos estados, poco más o menos. Pregunté qué significaba aquel edificio, en aquel estado, y me dijeron que había habido un caballero en aquel lugar que, siendo mozo, heredó el caudal de su padre, que eran cincuenta mil pesos. Fue a Madrid y dibujó en un lienzo el mejor palacio que vio, añadiendo en el diseño muchas ventajas. Condujo consigo los maestros, mandó abrir caleras, levantar carros para el trajín y acarreo; llamó canteros para labrar la piedra, y buscó finalmente todos los aperos necesarios para la fábrica; la cual comenzó con la suntuosidad que se ve, pues es cierto que no he visto muchos palacios de mejores fundamentos; pero comenzó con tan mala idea, que teniendo la obra en este estado, se concluyó el caudal, y se quedó sin él y sin casa. Regístrase con muchas ventanas aquello poco que hay, y con cuatro puertas al oriente, poniente, norte y sur, de las cuales habían de nacer cuatro ramos de escalera, tan suaves y fuertes que pudiera por cualquiera de ellas subir el coche hasta el primer descanso, donde habían de estar las puertas de las primeras piezas, y bajar por el ramo de escalera que estuviese frente a la subida. Así lo vi explicado en la planta que todavía tenía un eclesiástico llamado don Felipe Ibáñez.

En este lugar comí a mediodía, y habiendo salido de él, y caminado como dos leguas, llegué al paraje donde se dividen los reinos de Aragón y Castilla, cuyo primer lugar es Tortuera, distante siete leguas de Daroca, donde hice noche; es un lugar pobrísimo, y así

lo son todos hasta muy adentro de Castilla. Era el sábado cuando llegamos a él, y por la tarde fui personalmente a ver al cura, para pedirle licencia para decir una misa el día siguiente; y aconsejo a todos que así lo hagan; porque, sobre ser obligación, se pagan mucho de esta política; sin embargo, me pidió las licencias y cartillas de sacerdote, y se las manifesté inmediatamente.

Esta noche me convidó a cenar en su cuarto el señor marqués de la Sierra, y me excusé diciéndole que hacía colación; sin embargo de que yo podía usar del privilegio de comer carne, por estar en Castilla. Prevengo aquí de paso, que cuando nos juntamos en los caminos con estos señores, se ha de procurar no serles molestos y edificarlos cuanto se pueda; sin embargo ha de ser con genio corriente, porque gustan mucho hallar un religioso de despejo y desembarazo, y mucho más si es noticioso y medianamente capaz. El religioso que halla estas compañías, ha de ser discreto, y no ponerse en asuntos que no entiende; mostrarse afable y nada vano ni altanero; porque hasta ahora no he visto que seglar alguno, ni aun el más relajado en sus costumbres, haya celebrado jamás la presunción y soberbia de un religioso, al paso que lo estiman mucho si es alegre y no tropieza en pelillos. Jamás ha de censurarse en nada a estos señores, si se les ve o no comer carne, etc.; porque regularmente tienen privilegios de militares, o si no lo son, estarán enfermos; no obstante, cuando se halla ocasión oportuna de introducir una plática espiritual, no hay que perderla. Es necesario también ir observando las ocasiones políticas, porque si el viajero es nuevo, estará poco impuesto en ceremonias, particularmente cuando se junta con algunos señores extranjeros. Si el religioso es aragonés, hasta imponerse, y mucho más si hay muchos tenedores en la mesa, porque es una compasión verlos en funciones de forma.

Día 27 a las tres de la mañana, fui a la iglesia a decir misa, y concluida, tomé chocolate con el marqués. Luego se pagó a la dueña del mesón el gasto, y se tomó el camino entrando por Castilla la Nueva, a aquellos lugarcitos en que comúnmente se hace noche, como son Ancyeta, Maranchón y Torija, en los que no hallé cosa especial que notar, por ser lugares pobrísimos y de poca providencia, aunque llevando plata no falta lo preciso para comer de regalo. Lo que hallé de nuevo es que, entre Ascolea y Maranchón, hay una gran llanura a que llaman los campos de Tranzos, y convienen todos en que éste es el paraje más alto de la España. Lo cierto es que desde Zaragoza, y por mejor decir, desde Barcelona, siempre es más lo que se sube hasta dicho paraje, y de aquí hasta Cádiz, siempre se baja alguna cosa.

Torija es una villa muy antigua, en que se registra un castillo muy fuerte, frente a los mesones, que son dos los que hay. Registré muy bien el castillo con todos sus torreones; y sin embargo de estar los vecinos de esta villa, no muy adelantados de medios, parece tienen su vanidad en repararlo y mantenerlo. Las casas están muy viejas, y muchas caídas desde la batalla de Viruega, que dista dos leguas de aquí, en cuyo tiempo, le tocó también a Torija su ración de trabajos. Estando cenando, vimos unos cocheros de muy buena librea, que habían venido a ver las muchachas del mesón, y supimos que eran del conde de Contamina, título de Aragón y domiciliado en Zaragoza, que había parado en el otro mesón. Le visitamos después de cenar, y luego que nosotros volvimos a nuestra posada, se vino detrás y nos volvió la visita, porque unos y otros habíamos de madrugar al día

siguiente, para llegar aquel día temprano a las dos ciudades que se encuentran hasta Madrid.

Habiendo pues salido muy de mañana de Torija, llegamos a las nueve a Guadalajara, que dista cuatro leguas. Paramos en el mesón, y entre tanto que llegaba la hora y se disponía la comida, subimos al convento a ver el panteón de los duques del Infantado, que es el mejor que hay en la España. Está en nuestro convento de San Francisco, detrás del altar mayor. Es pieza de muy buena luz, y pueden decirse cuatro misas en él, porque tiene un preciosísimo tabernáculo de piedra jaspe, que es muy singular.

También es magnífico el palacio que los señores duques tienen en esta ciudad, de la que son señores. Este palacio es tan rico y suntuoso como lo tenga Madrid, y junto a él está la casa de la fábrica de paños, que los hacen finísimos. Tiene muchas y grandes piezas. En una hay hasta cien telares; en otra se está cardando la lana; en otra se hila, etc., y luego en los salones de abajo están los tintes de todos los colores, y muy inmediatos los batanes. Esta fábrica comenzó a formalizarse a diligencias de aquel primer ministro que fue de España, el excelentísimo duque de Riperdá, tan afortunado entonces, como después infeliz. (Véase su vida en dos tomitos en octavo, y no se hallará cosa más trágica). No hay fábrica mejor en España, que la de Guadalajara. Aquí estuvimos hasta las dos de la tarde, y luego partimos para Alcalá, que dista de aquí cuatro leguas cortas de muy buen camino, en que se va costeando el río [H]enares, que sin duda, o no podrá sacarse de la madre para regar la tierra, o ésta no será apta para el riego, porque, siendo tierra muy llana, no hay huertas, ni frutas, ni tierra alguna de regadío.

A las cinco de la tarde entramos a Alcalá, y despachando la calesa al mesón, fuimos nosotros al convento de San Diego, y habiendo tomado la bendición al guardián, salí a ver la ciudad. Lo primero que se encuentra es la Universidad insignísimas que fundó el infatigable celo del señor Cisneros, en cuyo frontispicio, advertida su grandeza, conocerá cualquiera el grande ánimo y generosidad de su fundador, cuyo concepto se acrecentará, considerando con igual reflexión la interior grandeza.

Tiene esta felicísima ciudad, diecisiete colegios, que son: los dos colegios mayores de San Ildefonso y San Pedro y San Pablo, los cuales están dentro de la Universidad, como también el colegio de *Terlinguae*: hay tres de gramática, tres de filosofía, el de la Madre de Dios, de los teólogos, el de los verdes, el de Málaga, el de Aragón, el de los Manriques de Lara, que es de esta familia, el de los Irlandeses, el del Rey y el de San Clemente. Hay comunidades de cuantas conocemos por España; y no dejó de admirarme ver que los colegiales mayores de San Pedro y San Pablo, que son de nuestra religión, están, en todo y por todo, sujetos al rector de la Universidad, que regularmente es un lego, porque siempre es colegial de San Ildefonso, de modo que el guardián que estos colegios tienen, parece guardián de ceremonia o de comedia. Casi toda la ciudad se compone de comunidades y colegiales, pues siendo así que está muy extendida y con bastante gente, no pasa de ochocientos vecinos.

La iglesia se llama «magistral», y su prelado es abad. Hay en ella treinta y seis canónigos, y todos por precisión han de ser graduados en aquella Universidad, de donde puede

inferirse de cuánta autoridad será un cabildo tan venerable y docto. Discurso que no le habrá más respetable en la Europa.

Lo que en esta ciudad hay que ver, es, primeramente la capilla del señor San Diego, de que son patronos los reyes. Es magnífica y en ella dije misa. En el altar mayor de esta misma iglesia, que es la de San Francisco, está Nuestra Señora de Jesús, que es la pintura más excelente que puede verse. Las dos sacristías de la Compañía y agustinos descalzos, es cosa singular. Las calles son muy despejadas, pero los edificios bajos, sólo de un alto: el temple es bellísimo, y cuanto hay en esta ciudad parece bueno.

De aquí salí el día 31 por la mañana y fui a comer a la Alameda, que es un paraje alegre, con algunas ventas, dos leguas de Madrid. Comí con ocho jesuitas, y muy temprano llegué a la Corte.

No puedo omitir un caso gracioso que sucedió al entrar en ella, porque nadie entra víveres en la villa, sin pagar sus respectivos derechos en las puertas. El calesero que yo llevaba, que era un gallego, entraba en el pesebrón de la calesa, una bota con dos cuartillos de vino: viéronla los guardas y preguntaron si era de religiosos, y que, si lo fuese, pasase adelante; pero que si era del calesero, que pagase lo que correspondía; y entonces el gallego, cogiendo la bota, respondió: Yo lo mudaré de vasija y lo pondré en otro cuero que es franco de gabelas por privilegio antiquísimo y cogiendo la bota, y estando un paso fuera de la puerta, apuró cuanto vino tenía, y montando en su mula, entró sin embarazo.

CAPITULO III

Entro en el convento de San Francisco de Madrid; lo que en él y en la Corte vi y me sucedió hasta el día 22 de noviembre en que salí para Cádiz

Las cuatro de la tarde serían cuando llegué al convento de esta Corte, y habiendo visitado al padre guardián, que lo era el reverendísimo padre Picazo, quien actualmente estaba escribiendo su curso teológico sobre los sentenciarios, pasé a tomar la bendición del Reverendísimo de Indias, que estaba fuera, según me dijeron; luego busqué al reverendísimo padre custodio de la provincia de Chile, a quien iba dirigido con carta: también estaba fuera del convento; conque toda la tarde estuve de plantón en una esquina del claustro con mi maletilla; y habiendo pasado innumerables frailes, ninguno me preguntó, *unde venis, aut quo vadis?* y aun me parece que nadie me hizo cortesía, hasta que quiso Dios que llegó el dicho Custodio, que me llevó a su celda, agasajó y me regaló; me acompañó a ver los reverendísimos, y pidió una celda para que descansase. Dios se lo pague.

Poco a poco fui observando cómo me había de gobernar. Visité todos los indios que estaban esperando el capítulo general, y entre ellos vi uno que estaba pagando diariamente a un maestro francés para que le enseñase a hablar su idioma y hacer varias

cortesías con pies y manos y cuerpo, en que se empleaba con tanto conato, como si fuese un guardiamarina.

Este convento es antiquísimo y fundación de nuestro padre San Francisco, por cuya causa nunca se ha permitido hacer una iglesia, sin embargo de ser pequeña. Hay en ella muy buenas capillas y muy aseadas, y entre todas se distingue la de la Aurora, que es bellísima. Mejor que la iglesia es la capilla de los terceros, del mismo modo el cuarto de Indias, es mejor que todo el convento; el refectorio es grande, y no hay otra cosa visible.

La villa tiene muchos y suntuosísimos palacios de los grandes. El rey vive regularmente en el del Retiro, que está fuera de los muros de la villa, a la parte del Leste. Mirado de fuera no parece tan bueno como es en sí. Sus alhajas no pueden numerarse, ni explicarse su preciosidad. Tiene riquísimos jardines, y en el más inmediato a las habitaciones de los reyes, está el celebrado caballo de bronce con la estatua de Carlos V de jinete. Está el caballo en ademán de hallarse en carrera, y tiene todo el cuerpo y las manos en el aire, y sólo estriba o descansa con los pies sobre una columna elevada.

Fuera de los muchos jardines hay un bellissimo soto o bosque con mucha caza. Están los paseos con muchos surtidores de agua. Vense también, a poca diligencia, las divisiones o apartamentos donde están las fieras y animales poco conocidos en España. Lo más singular que observé aquí, fue ver en una jaula de hierro, dos gatos y muchos ratones en muy buena amistad, y comían juntos cuando llegaba la hora.

Sin embargo de lo dicho, viene a ser este palacio una choza, en comparación del Escorial, que dista siete leguas de Madrid, ni tampoco llega al de Balsain que está en la falda del Guadarrama, cerca de Segovia, donde lo más admirable es el juego de las aguas y jardines. De sólo el Escorial hay escrito un tomo entero, donde el curioso podrá informarse, con advertencia que todavía está diminuto.

No obstante esta inexplicable grandeza, es más magnífico el palacio nuevo, que actualmente se está fabricando en la parte occidental de la villa. Es la fábrica más singular que tiene la Europa. Bajo la tierra hay siete suelos, y fuera de ellos otros siete, todo es de piedra y bóveda, sin que para todo el palacio se necesite un palmo de madera. Díjome el maestro que no se había puesto piedra en la obra que no tuviese de costo trescientos reales; y esto debe entenderse de las que menos han costado. Todas ellas están engastadas con gruesísimos barrotes de hierro, de modo que quedará como si fuera de una pieza; las columnas, estatuas y demás molduras, están labradas con tanto primor como si fuesen de seda. Actualmente estaban trabajando en dicha fábrica, cuatro mil hombres, y de ahí para abajo, nunca había inferior número. El suelo último viene a igualar con el plano por donde corre el río Manzanares, y dicen que puede traerse a él. En los tres suelos últimos, no puede habitarse; sin embargo de que hay las mismas piezas que las de arriba: conque sólo podrán servir para rigurosísimas prisiones, y los que fueren puestos en ellas, durarán muy poco. Es poquísima la luz que llega a dichas habitaciones. De todas las oficinas salen sus respectivos albañales y desagüeros, por conductos que van penetrando toda la pared de palacio, hasta el río. Registré muy despacio las habitaciones que estaban hechas para los reyes. Dentro de este palacio han de estar los

consejos y todas las demás salas y ministros de corte. Me aseguraron que habían gastado en su construcción, hasta la hora en que yo le vi, ochenta y siete millones de pesos, y que para finalizarlo perfectamente, era necesario cincuenta. Es sentir común de nacionales y extranjeros, que no tendrá otro monarca del mundo, palacio más soberbio y magnífico; y de mí confieso que no pensé que entendimiento humano tuviese ni pudiese tener tan atrevida idea. El oficial principal de ella había muerto, y actualmente gobernaba aquella máquina un mocito navarro de veintitrés años, con mil doblones de sueldo y coche franco.

Los demás palacios que hay en la corte, de los grandes y ministros extranjeros, son más de cuatrocientos, contando sólo los más visibles; pues hay innumerables casas de caballeros particulares que podían serlo de un monarca.

Las iglesias de Madrid no son muy grandes, pero son aseadas y con riquísimas alhajas. Particularmente las hay en la del Colegio Imperial, en la de San Isidro y en la de Nuestra Señora de Atocha, que es convento de dominicos, en cuya iglesia está la capilla de la Virgen de que son patronos los reyes. Es mucha la plata que hay en ella, y el camarín es grande y aseadísimo, con grande número de reliquias en sus respectivos nichos, de que están llenas las paredes de él. La lámpara de plata que hay en la capilla, es la mayor que jamás he visto, y sólo vi otra en la Catedral de Cádiz, que es con poca diferencia como ella, aunque un poquito menos. La sacristía de los carmelitas descalzos, tiene las mejores pinturas de la Corte. El coro de los padres mercenarios, es el mejor que hasta ahora he encontrado. En los descalzos agustinos del Prado, está Nuestra Señora del Olvido, que tiene una esclavitud muy florida, y de los primeros hombres de la Corte. La plaza de Madrid es de las mejores de la Europa, y creo que no se hallará igual. Todas las casas de ella son de una misma altura; tienen cinco líneas de balcones que con igualdad y simetría rodean la plaza: están dorados mucha parte de ellos, y los frontispicios de las casas pintados; es la plaza grandísima, y tiene sus corredores por bajo de los cuales se da vuelta a toda ella. Viven dentro de la plaza diez mil vecinos; cuando por alguna causa de regocijo universal se ilumina, es cosa de las más visibles y gustosas que pueden lograrse.

Las calles de esta Corte son innumerables, y pueden registrarse con facilidad en los diversos planos en que está esculpida esta real villa; y particularmente puede verse todo en el impreso en París por M. Bomperd, año de 1723, dedicado al duque de Alba, por ser éste el que a mi parecer ha salido con más perfección, en el que claramente se forma el concepto de lo que esta Corte es, y en que con toda distinción se ve la muchedumbre de monasterios, conventos, iglesias, palacios y paseos.

Báñala el río Manzanares, que por lo ordinario no es caudaloso, aunque sí tiene algunas grandes avenidas. Corre este río de sur a norte, por el oeste de la villa, y luego que pasa de ella se inclina al noroeste; júntase con el río Tajo, y ambos entran en el océano por Portugal.

Todos los víveres, aunque se hallan aquí muy regalados, pero muy caros, y consiste en que cualquier género que haya de introducirse en la villa, se paga en las puertas casi tanto como importa su principal; y la causa de estas gabelas está en que nunca puede

computarse el cierto número de vecinos que la villa tiene, por ser la mayor parte de sus moradores transeúntes y no domiciliados en ella, y también porque la multitud había de ocasionar para recaudar el tributo mucha confusión, y que pagan todos los que comen.

El modo de vivir en la Corte, es tratar a todos con desconfianza, comunicar sus negocios con muy pocos, no dar su caudal antes de conseguir, pero sí ofrecer a tiempo; y la mayor felicidad consiste en acertar a elegir patrimonio de valimiento. Se ha de hacer esfuerzo para no manifestar mucha pobreza, aunque la haya, porque no hallará quien le haga una cortesía. Aunque unos u otros de aquellos mismos ante quien pretende, le hagan algunos desaires, no debe darse por entendido, tenga paciencia y proponga entonces sus negocios con más instancia, que acá no se extraña la majadería, antes se les paga sus dilaciones en la misma moneda.

Los tribunales regulares, claro es que están en otra forma, pero ningún religioso piense en desocuparse el primer día. Atienda a que aquí residen por lo regular preladados generales oprimidos con el peso de todos los negocios de sus respectivas religiones. Consiste el buen despacho, en algunas ocasiones, sólo con el acierto de una buena hora; inclúyase primero el pretendiente con los secretarios, y algunas veces importa más tener gratos a los legos compañeros, ya para que por sí apunten alguna especie, si hay lugar, y ya finalmente para que le faciliten la entrada a tiempo oportuno. Valga lo dicho lo que pudiere, con la advertencia que el que va a la Corte, ha de llevar algo más que instrucciones.

CAPITULO IV

Salgo de Madrid para Cádiz, y lo que sucedió en este camino

Día 23 de noviembre, habiéndome despedido de los padres del convento de Madrid, salí de esta villa por la mañana, en una calesa de Valencia, muy buena. A las diez pasaba la puente que tiene el Manzanares, llamada Toledo, y a la una llegamos a Getafe, que es una villa dos leguas de Madrid, que no tiene más de una calle muy larga. Las casas parecen muy antiguas y viejas. Estaban fundando colegio los padres de la Escolapia; pero me dijeron que iría muy despacio, porque estaban cortísimos de medios. En esta residencia encontré al hermano Jerónimo Pascual, natural de Rillo, en el obispado de Teruel, pariente mío. Estuve comunicando un rato con él, y me contó que el fin de fundar en aquella villa, era para establecer un seminario de nobles, los que naturalmente habían de crearse mejor y con más sosiego fuera de la Corte. De aquí partí como a las cuatro de la tarde, y llegué a Illescas a las ocho, donde hay convento nuestro, y me hospedaron muy bien en él; pareciome villa corta y pobre; creo que es del arzobispo de Toledo.

El día siguiente llegamos, a las once, a Mora. Comimos en un convento de religiosos alcantarenses que hay aquí, muy aseado. La villa es muy buena; tiene una hermosa plaza, y por la noche fuimos a dormir a la venta de Lapiche, que está en un colladito en que también hay otras ventas; pero a una sola concurren regularmente todos, por ser la mejor; por cuya causa es mucha la bulla y poco el sosiego. De esta venta se va al día siguiente a Manzanares, que es un lugar grande, en que regularmente hay buena porción de tropa.

Está en la Mancha, y es abundante de vino, buen pan, y se hallan las providencias necesarias de que suele hacerse prevención para el tránsito de Sierra Morena. La mejor posada es el mesón que llaman de los Caballeros.

Día 26 llegamos a mediodía a Valdepeñas, y por la noche a Santa Cruz. Es de advertir que desde Manzanares, no es la jornada a Santa Cruz, sino al Viso; pero sin saber por qué, tomaron los caleseros ese voluntario rodeo. El 27 fuimos al Viso, a las once, y en este lugar hay un convento en que el guardián no quiso recibirnos, sin otra razón que el decir: *Quien los lleva a Indias, que les dé de comer*. Fuimos al mesón, donde es necesario que la siesta sea breve, porque quedan cinco leguas para por la tarde, y para ellas cada un pasajero alquila una cabalgadura, para cuyo efecto hay muchos caballos y borricos de alquiler; porque estas cinco leguas, que es la subida de Sierra Morena, son de malísimo camino y cuesta muy pendiente, y así es preciso que las calesas y coches suban de vacío, o pongan más mulas. Regularmente, al alquilar los coches en Madrid, previenen los caleseros que no han de subir los pasajeros en las calesas en el Puerto del Rey, que es esta subida. Los baúles que van en las zagas del carruaje se conducen a carga, a costa de los caleseros.

Habiendo subido estas cinco leguas, se halla una venta, llamada de Miranda. El día siguiente se encuentra, a mediodía, otra que llaman Vizcaya, y por la noche se baja a Bailén, que es el primer lugar de la Andalucía, y aquí concluyeron las catorce leguas de atravesía que tiene la Sierra Morena. Es esta sierra muy áspera y montuosa, con terribles barrancos, muy expuesta a robos y otros desafueros, pero continuamente hay algunos soldados corriendo la montaña, para desembarazar los caminos de esta mala gente. Abunda mucho la caza y vale muy barata. Es necesario llegar a estas ventas con provisión de pan y vino, pues aunque todo se encuentra en ellas, pero todo lo venden muy caro, porque no hay otra parte de que se puedan surtir. De la bajada de la sierra se descubren los partidos de Úbeda y Baeza, y mucha porción del reino de Granada y se pasa por cerca de las Navas de Tolosa, todo lo cual queda a la izquierda, caminando por el camino de Córdoba y Sevilla. De Bailén al puerto de Santa María hay seis jornadas, y en ellas se encuentran las ciudades de Andújar, Córdoba, Écija... de la frontera y el puerto. De todas es la mejor Córdoba; está en paraje deliciosísimo: tiene una insigne catedral en que hay trescientas sesenta y cinco columnas: el edificio bajo, pero el crucero es bellissimo. Tiene la iglesia un patio con algunos naranjos y surtidores muy alegres. Pasa por los muros de la ciudad el río Guadalquivir que tiene un puente grande y hermoso. Andújar es ciudad corta, Écija es mejor, y tomando de ella el camino para Marchena, que es una gran villa, se pasan cinco leguas de olivares. Vi coger oliva a las mujeres, y para este ejercicio se ponen calzones; pero hacen la figura más extraordinaria, fea y despectible que puede pensarse. Jerez es ciudad antiquísima: tiene mucha nobleza, mucha tropa y grandes caudales. Tiene una cartuja, y se discurre ser la más poderosa y rica de la España. Está dos leguas del puerto Santa María, y entre ambas ciudades hay una venta llamada de Buena Vista, de donde se descubre la mar, la ciudad de Cádiz y la bahía con todos sus navíos. Al puerto de Santa María llegué el día tres de diciembre.

CAPITULO V

Breve expresión de lo que son las tierras contenidas en este diario, o en los tres capítulos anteriores

Las provincias contenidas en estos cuatro capítulos, son: Aragón, el señorío de Molina, la Alcarria, Castilla la Nueva, el reino de Toledo, la Mancha y la Andalucía alta y baja.

El reino de Aragón es abundantísimo de cuanto produce España en cualquiera otra parte; bien entendido que esta abundancia se reduce a las tierras donde hay trigo; porque en las serranías y montañas, que hay muchas, sólo se produce centeno y muy poco trigo, aunque regularmente abundan de ganados; pero en sí mirado el cómputo de todo el reino, no cede en cosa alguna a otro de la España. Fáltale comercio, pero los naturales, tampoco son inclinados a él, por lo que raros aragoneses salen de aquel país para otra parte, a distinción de vizcaínos y montañeses, de que están llenas las demás provincias de España y las Indias; porque las Montañas y Vizcaya, no pueden mantener la gente que producen.

El señorío de Molino está entre Aragón y la Alcarria; uno y otro es demasiado árido y seco, y sólo la Alcarria tiene al Sud algunas tierras de mediano regadío, por la parte de Cuenca. Castilla la Nueva es por la mayor parte estéril y poco fecunda: abunda medianamente en granos y ganados, y si en alguna riberita corta tiene frutas, son muy regaladas. Exceptúase de lo dicho el reino de Toledo, que tiene la ribera un bajo que es muy fértil, y medianamente templado. La Mancha es tierra buena; sus lugares bien poblados; abundantes de trigo y buen vino; el mejor es en Valdepeñas; es la tierra muy llana y lo mejor de Castilla la Nueva, a excepción de Toledo y su comarca.

La Andalucía es, sin disputa, la mejor tierra de la España; pues aunque es verdad que en otras partes de Valencia, Cataluña, Aragón y Navarra, hay unas u otras riberas, como también la huerta de Murcia, que le exceden; pero el conjunto, esto es, toda la provincia, es reputada por la más fértil, y esto, no sólo la Andalucía baja, que comprende a Sevilla, San Lúcar, Jerez, Córdoba, Écija, Medina Sidonia, etc., sino también la alta, que se reduce a los reinos de Granada y Jaén, con Málaga, Cartagena, Úbeda, Baeza, etc.

Las gentes naturales de Aragón, pueden tratarse con confianza, llaneza y satisfacción, y lo mismo puede ejecutarse en Castilla, a excepción de los que habitan en la Corte y sus cercanías, donde todo ha de ser sagacidad, todo advertencia, reflexión, cautela y poca confianza; porque el sinnúmero de genios, facultades y naciones que componen su exorbitante concurso, precisan a vivir con la mayor astucia. Lo mismo ha de ejecutarse en los puertos de mar de mucho concurso, como luego diré de Cádiz.

Los naturales de Andalucía son más belicosos, balandrones y provocativos; no conviene gastar muchas razones, en ofreciéndose motivo de porfía, porque suele con facilidad parar en pleito. Es gente naturalmente más expedita y de menos embarazo que toda la demás de España; pero no es la de mejor entendimiento, ni la de más moderadas

operaciones y arreglamiento de costumbres. Jamás he visto hombre de caudal que con entera satisfacción fíe sus dependencias a manejo de mozos andaluces; bien entendido que esto ha de entenderse *cum grano salis*; porque, no obstante lo dicho, hállanse hombres de mucha forma, que proceden en todo con la mayor cordura.

El día 3 de diciembre de 48, llegué por la tarde al puerto de Santa María, que es una de las ciudades más alegres que tiene la Europa. Tiene por la parte de tierra, lindos paseos de huertas y casas de campo, y por la parte del Sur tiene la mar que hay hasta Cádiz, que son tres leguas de atravesía. Se ven todos los navíos que están en la bahía de Cádiz, se registran los que entran y salen: pasan a Cádiz todos los días innumerables barcos, falúas, botes y lanchas, que regularmente conducen los víveres necesarios en aquella ciudad. Hay en Santa María muchos conventos de crecidas comunidades. Reside en esta ciudad el capitán general de Andalucía Baja, y los comerciantes de mejor gusto, aunque para el despacho de los navíos y otros negocios gruesos pasan a Cádiz, por estar allí el Tribunal de la Contratación.

El tránsito de una ciudad a otra es de tres leguas, y sin embargo de la poca distancia, han peligrado muchos en su navegación, porque las bahías de uno y otro puerto, las divide una barra de arena cubierta de agua y sólo puede montarse con barcos medianos, cuando la marea está alta. Si está baja, hay peligro de que encallen en la dicha arena y hallándolos la marea, o algo de borrasca, encallados, es seguro el naufragio.

Cádiz es una ciudad cuyo sitio no es grande, pero no se pudiera fácilmente averiguar la gente que tiene dentro. Hay cuatro puertas: las dos están inmediatas, y por la otra se sale de la ciudad al muelle, sin que en eso se dispense con nadie. La tercera puerta es la de Sevilla, y sirve para entrar por ella cuanta carga traen los navíos de Indias y otras partes; y por la misma han de salir los géneros con que los navíos han de cargarse. La cuarta, es la puerta única que tiene la ciudad a tierra. Por ella se sale al resto de la isla en que está Cádiz, y que es la isla de León, a quien el mismo mar divide de tierra firme por la puente de Suazo, donde hay hermosísimas huertas, y donde de Cádiz suelen salir a divertirse.

La ciudad es muy fuerte, circunvalada con fuertísima muralla, coronada por todas partes de mucha artillería y numerosa guarnición de soldados, que de día y de noche están de guardia. Por todas partes bate el mar en la muralla, y sólo queda una puerta que está defendida de insignes fortalezas. Es insuperable esta ciudad; pues por tierra no puede entrarle enemigo alguno, ni por el mar pueden disparar cañones, bombas, etc., sin que primero sean saludados los navíos contrarios desde los castillos que están fuera de la muralla, guardando la entrada del puerto.

La bahía es otra ciudad, porque suele haber en ella ochocientos y mil navíos, y a veces más, de los cuales cada uno tiene mucha gente para su tripulación. Ordinariamente hay de todas las naciones extranjeras; porque, sin disputa, es el puerto de mayor concurso y comercio que tiene el mundo, y adonde regularmente paran los caudales que vienen de las Indias.

La ciudad tiene un gobernador, Tribunal de la Contratación, que se compone de cuatro oidores y un presidente; tiene Consulado para las decisiones del comercio; tiene obispo, cuya iglesia catedral, que ya está muy adelantada, será una de las más preciosas de la Europa. Lo interior del templo, paredes y bóveda, todo será de preciosísimo jaspe. El panteón subterráneo es admirable y el sitio muy alegre.

Las comunidades son muchas y bien asistidas. Las casas son suntuosas, pero de mucho costo cualquiera edificio, porque todo el material viene embarcado. No hay tejado alguno en la ciudad, todo está coronado de azoteas de muchísimas torres. La más sobresaliente es la torre de Granada, de donde descubren los navíos a distancia de doce, diez y seis y veinte leguas, según está el día; y hay en ella un obligado que inmediatamente pone bandera de la nación de que es el navío descubierto; conque, en mirando a la dicha torre, se sabe qué navíos vienen, o qué embarcaciones están por las costas. Todos los días entran y salen navíos en ese puerto. La mayor diversión que hay en él es la vista del muelle, adonde siempre están llegando en sus respectivas falúas, de los navíos, marineros de diversas naciones, con distintos y muy extraños trajes; y aunque uno esté en el muelle toda una tarde, no cesa esta variedad de diversión por un solo minuto.

CAPITULO VI

Llego a Cádiz y estoy en esta ciudad, hasta embarcarme, dos meses y cuatro días

Habiendo estado en el puerto de Santa María todo el día 4 de diciembre, nos embarcamos para Cádiz el día 5 por la mañana, y con buen viento y mucha lluvia, llegamos a Cádiz en unos tres cuartos de hora. Fuimos a cumplir con la obligación de ver al guardián del convento, y luego con su licencia, pasamos a la casa de don Juan Gutiérrez Gayón, que era en la Alameda, donde teníamos prevenido nuestro hospicio, por estar el convento ocupado con otras misiones. En esta casa nos dieron unos entresuelos en que vivimos con notable comodidad y con total independencia de la familia. Teníamos tiempo para pasear y divertirnos, pero cuidábamos de asistir con grandísima puntualidad a las horas mismas que debiéramos hacer estando en el convento. Vivimos con todo regalo y completa asistencia, y muy divertidos con las señoras de la casa, en cuya compañía estábamos muchos ratos, y algunas veces les ayudábamos a coser en su estrado, edificándose mucho de que en nuestra provincia nos enseñasen.

En esta ciudad vivimos todo el diciembre, enero y hasta diez de febrero, y en ella se hallaron algunos paisanos y amigos que contribuían a nuestro regalo y diversión. Algunos días nos convidaban a unos u otros a comer fuera, y en esta ciudad fue donde comenzamos a ver lo que es la confusión del mundo, la política del siglo, la cautela para pasar la vida, para cuyo efecto es necesaria grande advertencia, a fin de imponerse cualquiera en la urbanidad de las gentes con quienes ha de comunicarse, siguiendo sus estilos en cuanto no se oponen a la moderación religiosa.

Sirva de ejemplar lo siguiente: En Cádiz hay algunas casas donde sin embarazo alguno puede concurrirse a la mesa y juego, etc. A una de éstas que llaman el Café, asistí un día

convidado de algunos caballeros indianos, y fue el seis de enero, día de los Reyes, de 49. Hasta mitad de comida todo fue con mucha moderación, hablando cada uno las especies que le administraban los políticos asuntos que se controvertían. De mitad de comida para adelante, ya comenzó a brindarse en más alegre estilo, porque se dijeron muchas décimas y versos de todo metro, en que no me descuidé, y creo que yo solo dije más que todos juntos, porque me duraba la afición que algún tiempo tuve. Pasado otro tercio de comida, ya se brindó con más estruendo, porque ya no se bebía con un vaso dos veces, ni los frascos, botellas o limetas se reservaban, porque el que ponía en su vaso el último vino que la botella tenía, la estrellaba contra la pared. Cuando se tomaba el vaso para beber, cada uno brindaba por quien le parecía, y en obsequio del brindis alternaban unos clarines y mucho estruendo de voces, etc., y no fuera obsequio notable, si el vaso no se arrojara por el suelo. Creo que en esta función se rompieron doscientos vasos y sus respectivos frascos y botellas. Los que estábamos en la mesa éramos catorce: tres indianos, dos franceses, un inglés, tres madamas flamencas, dos religiosos y un cónsul del comercio de Dinamarca. Repetidas veces me instaron y provocaron a romper los vasos con que yo bebía, pero les supliqué con toda la política que pude, que me dispensaran esa acción, respecto de ser disonante a la moderación con que debía portarse un religioso pobre y mendigo.

Ya sobre el asunto no me excitaron más; y habiendo concluido de comer, cuando estábamos tomando el café, dijo el inglés que tenía tres cosas que loar en el religioso que les había acompañado en la mesa: la primera, lo corriente que había sido su conversación, en prosa y verso, sin el melindre de ostentar algunos escrúpulos ni seriedades religiosas, y que esto era distinguir el lugar y la ocasión. La segunda, era celebrar el que no hubiese yo manifestado en gesto ni acción alguna el más mínimo disgusto en lo desmesurado de sus voces y desperdicio de vasos, y que esto era no escasear lo que no había de satisfacer; y la tercera y más estimable había sido, la religiosa moderación de no haber incurrido en el desorden de ellos, que en suma era acomodarme a seguir su estilo hasta lo que no desdecía de mi estado, y que sin embargo de sus instancias, le hubiera parecido mal la fracción de cristales, si hubiere yo incurrido en ella.

Todo este caso refiero aquí largamente, para que el viajero advierta hasta dónde puede extender las licencias que le franquea su estado, y para que ni omita lo que puede practicar sin ofensa de Dios, ni se alargue a lo que a su hábito no es competente. Debe advertirse que el inglés que llevo referido, era hereje público, de los que por razón del comercio, están tolerados en Cádiz; y sin embargo, le agradó la moderación religiosa, y claramente dijo que lo contrario le hubiera desazonado. El despejo para tratar con todos, de cualquiera nación, calidad o carácter que sean, es un blanco que se lleva las atenciones; lo contrario suele ser una infructuosa hazañería; fuera de que, en semejantes concursos, nada puede remediar la nimia circunspección de uno. Basta para desaprobador alguna acción, el no imitarla, y para esto debe usarse de protestas políticas. Y últimamente, ni a los seglares más medidos gusta que les desazone sus funciones, la sequedad y mal gesto con que algunos religiosos se arrojan a la censura; ni a los más relajados agrada el exceso de un religioso en la función más profana; para cuyo efecto me ocurre un versito común:

*Est modus in rebus, sunt certi denique fines
quos ultra, citraque nequit consistere virtus.*

Entre tanto que nosotros lográbamos de una competente diversión en este puerto, trataba nuestro Comisario en el ajuste de nuestro pasaje, el cual se facilitó en una fragata nombrada *Nuestra Señora de los Milagros* (alias Londederi) del cargo del capitán don Antonio de Arriaga y propia de don Pedro de Arriaga y compañía, a quien se entregaron quinientos pesos por el pasaje de cada uno de siete religiosos que habíamos de embarcarnos; aunque después de este ajuste se volvió a la provincia el padre provincial fray Onofre Arrica, que, según nos dijo, se había enteramente acobardado de ver la inquietud de aquel mar, que por la parte del Sur no deja de manifestar algunas bravezas.

También estaban para embarcarse por este tiempo otras dos misiones de más número de religiosos: una para el colegio de San Fernando de Méjico y otra para el de la Santísima Cruz de Querétaro, en ese mismo reino. La primera se conducía por un padre Mezquia y la segunda a cargo del padre Ortiz. En esto se habían incorporado los padres fray José Bernad, fray Miguel Campos, fray Bernardo Campos, que murió en Vera Cruz luego que desembarcó, fray Antonio Charles, fray José Pinilla, fray Miguel Pinilla y fray Nicolás La Hoz. El primero había leído Artes en Aragón y era actualmente catedrático de la Universidad de Zaragoza, donde estaba graduado de maestro de Artes y doctor de Teología; cuya partida causó mucha novedad en la provincia. El segundo y tercero eran hermanos; el uno era vicario de coro en Madrid y el otro estaba en San Francisco de Zaragoza con el mismo empleo. Ambos eran muy buenos predicadores. Los otros cuatro eran de los mejores mozos que tenía la provincia de Aragón, y habilísimos para la cátedra. El penúltimo era condiscípulo mío, insigne mozo y el último era mi primo segundo.

El año siguiente tuve noticia que habían pasado para el mismo colegio los padres fray Manuel Aranda y fray Blas Bernard; para la provincia de Yucatán otros, y finalmente otros ocho religiosos fueron al colegio de Santa Rosa de Ocopa, en el valle de Jauja, cuarenta leguas de Lima, en una misión de noventa y seis sujetos que conducía a costa del Rey nuestro señor, el padre José de San Antonio, la cual se dividió en dos cuerpos: treinta y ocho fueron la vía de Cartagena, y cincuenta y seis por Buenos Aires. A toda esta misión tuve hospedada seis meses en la Recolección de dicha ciudad, siendo guardián de aquel convento. Salieron en cosa de dos años de la provincia de Aragón treinta religiosos, y me aseguraron después en varias cartas, que, en las oposiciones que para las cátedras había habido el año de 1750, se había conocido la ausencia de muchos, y no lo dudo, porque en la realidad salieron muy buenos mozos. De siete que vinimos a Buenos Aires, los cinco habemos leído en esta provincia de Tucumán, y los dos restantes no leyeron porque el uno que es el padre fray Juan Matud, aunque es capaz para ello, pero se entregó al ejercicio de la misión, en que ya antes se había ocupado nueve años en Calamocha, y al último, que es el padre fray Antonio Jurado, hicieron guardián del convento principal de la provincia del Tucumán luego que llegó a ella, y luego definidor, por cuyo motivo no leyó teología a que estaba destinado por patente de nuestro reverendísimo padre fray Matías de Velasco, comisario general de Indias, y antes había

leído Artes en la provincia de Aragón, y había sido colegial en el colegio mayor de San Pedro y San Pablo, en la Universidad de Alcalá de Henares.

CAPITULO VII

Embárcome con los demás compañeros y navegamos hasta las islas de Canarias

El prudente pasajero debe advertir que la navegación es una de las más difíciles empresas en que se puede ver el hombre; y no digo esto por el peligro y tormentos a que está expuesta la nave, que el cuidado de todo esto queda a cargo del piloto, y todas las demás maniobras tienen sus inmediatos oficiales en quienes debe descargar su cuidado el pasajero: digo, si, porque en una navegación dilatada de tres, cuatro, cinco o más meses, se proporcionan innumerables ocasiones en que el navegante necesita ejercitar su paciencia, prudencia, resignación, obediencia, etc., so pena de ocasionarse por sí mismo innumerables trabajos y pesadumbres de que podía libertarse.

Es el navío una casa, donde van doscientas, trescientas, quinientas y a veces mil personas. Considérese ahora la confusión que ha de producir este número, tanto en su comunicación, como en la administración de lo que es necesario. Aunque los oficiales de la nave son muchos, es a saber: el capitán, maestre, capellán, piloto mayor, piloto segundo y tercero, escribano, contra maestre, guardián, etc., sin embargo hay sabidos diversos apartamentos para los diversos gremios de gente y oficiales. El alcázar y cámara es donde regularmente habitan, particularmente de día, los oficiales mayores y pasajeros. Llámense pasajeros los que comen en la mesa del capitán. Entre el palo mayor y el trinquete, es la mansión del contra maestre, guardián y mozos del navío, y en el castillete de proa van los marineros, y en las demás oficinas de cocina, repostería, etc., van sus respectivos oficiales.

No obstante esta división, es preciso que todos los días se vean unas a otras las caras, sin embargo de los diversísimos genios de los sujetos, que por la mayor parte nacen de aquí todas las discordias, que en el navío son muy temibles, pues de ellas, más de una vez se han originado levantamientos, motines y pérdida del navío.

Para evitar todo disgusto es necesario penetrar el genio de cada uno, advertir la nación de donde es natural, no tener amistad especial con alguno, mostrarse en todo con una prudente indiferencia, sin escasear su conversación cuando le parezca conveniente, ser muy medido en las palabras, no murmurar del trato que se les da, no censurar el rumbo de la nave, ni ser demasiado curioso en querer indagar las cosas que están a cargo de los oficiales; ir con el corriente de cada uno, sin adulación, estar pronto a mediar en lo que puede ocasionar cualquier disgusto, y finalmente, no entretenerse en lo que no le pertenece; y de cuanta importancia sea todo lo dicho, y particularmente el ganar la voluntad a todos sus connavegantes, lo experimentará quien haya de hacer navegación dilatada, y algo podrá constarle de lo que más adelante se referirá.

Habiendo pues llegado el tiempo de embarcarnos, que fue el día 10 de febrero, tomamos una falúa en el muelle de Cádiz y llegamos al navío cerca de mediodía; y este día por la tarde llegó toda la demás gente, hasta ochenta y cinco personas, que fueron los que hicimos viaje en la fragata *Nuestra Señora de los Milagros*, que era pequeña, aunque nueva y fuerte. Las ocho de la noche serían cuando se levaron las anclas, echáronse velas, y con viento norte, bastante escaso, íbamos saliendo del puerto.

Con la faena de acomodar los cables y asegurar las velas, se descuidó la centinela de la proa, y estuvo para tocar el bauprés en un navío grande, holandés, que aquella tarde había dado fondo y estaba bien cargado. Gritaron los holandeses que estaban de guardia; se advirtió el peligro, y tuvimos la fortuna de que nuestra fragata obedeció al timón inmediatamente que éste se inclinó a la banda, y a no ser así, era cierto el peligro, o la pérdida de ambos navíos.

El día 11, como a las diez del día, perdimos de vista a Cádiz, estando como a ocho leguas de distancia, y este mismo día, a las cuatro de la tarde, nos alcanzó un botecillo, que vino a vela y remo a entregar al capitán unas cartas; pidió el patrón de la falúa testimonio de la distancia en que se los entregó, y certificó el piloto estar de Cádiz diez y ocho leguas, cuya diligencia era forzosa, porque había pactado llevar tres pesos por cada una legua que navegase el bote para alcanzar el navío. Nos admiró verdaderamente la temeridad de salir a la mar una tan pequeña embarcación; porque si les hubiera entrado un vientecillo, a poco que fuese, era indefectible el naufragio.

El día 12 tuvimos viento sur, que era por la proa. Muy por la mañana se divisaron algunas embarcaciones a quienes pusimos bandera inglesa, sin omitir la diligencia de aprontar las armas, a causa de hallarnos en las costas de Berbería, hasta que por la tarde reconocimos que navegaban en busca del estrecho de Gibraltar, para entrar a la mar de Levante. El día 13 tuvimos calma y el 14 nos entró un buen viento norte que alternando con el noreste, duró hasta el día 21, en que avistamos las islas de Canarias, por la mañana.

Aquí sucedió que con la confianza de que se veían las islas, no observaron los pilotos aquel día el sol. Debía pasar el navío por entre la Gran Canaria y Tenerife, dejando aquella isla a la derecha y ésta a la izquierda. Conócese Tenerife en que tiene un cerro en forma de pirámide, que se tiene por el más elevado que hasta hoy se ha visto. Estuvo todo el día circunvalado de una niebla que a todos pareció nube, por cuyo motivo se juzgó ser la Gran Canaria, y así continuamos la navegación, dejando el Pico de Tenerife, que así se llama aquel elevadísimo monte, a la izquierda. Al tiempo de ponerse el sol, subió el segundo piloto a la gavia, y notó el yerro, porque ya se distinguía la nieve de que estaba cubierto el Pico, conque nos hallamos entre él y la isla de Gomera, sin viento proporcionado para volver atrás; quiso el Señor que en esta misma hora calmó el viento, y estuvimos toda la noche en el estrecho de tres leguas, que hay entre estas dos islas. Por la mañana, viéndonos en distancia de una legua de la Gomera, disparamos dos cañones de artillería, pero nadie respondió, e hicimos juicio de que aquella isla no tenía población por aquella banda, o que quizás no la habría en toda ella, porque es pequeña y muy áspera.

A la una del día se dispararon tres cañones con bala, y luego vimos que de un puertecillo, o ensenada que hacía la montaña, salió una falúa pequeña de ocho remos, y luego otro botecillo menor. Anduvieron dando innumerables bordos por la proa y costados del navío, sin acercarse al tiro perfecto de cañón, por la sospecha de que fuese nuestra fragata de moros. Muchas veces les llamamos con la bocina, sin que faltase la diligencia; de que estábamos tan inquietos que, a no ser grande la necesidad que teníamos de hablarles, los hubiéramos espantado a cañonazos. Finalmente ocurrió que los religiosos nos pusimos en el borde del navío, y cierto, aprovechó la diligencia, porque luego que nos vieron, se atracaron a la fragata. Nos informaron de que todo aquel paso era limpio y con grandísimo fondo, y que no había ningún peligro, aunque el navío se amarrase en tierra.

El segundo piloto se embarcó para la isla con veinte y cuatro barriles, para reemplazar el agua que hasta entonces habíamos bebido. Volvió por la tarde en las mismas falúas. Vino en ellas un clérigo a ver el navío, porque no había visto otro. Llegó mareado y nos pidió algún remedio para aliviarse y para que cesase el violentísimo vómito con que se hallaba. Los oficiales y la gente moza le hicieron tomar queso, mistela y aguardiente, y lo bajaron a la cámara, que fue lo mismo que brindar con vino al que está embriagado, para quitarle la embriaguez. Hubo el pobre clérigo de reventar, y salió para su casa cuanto antes, en compañía de los demás que vinieron en las falúas, a quienes se agradeció y pagó muy bien la diligencia.

Hállanse estas islas en veinte y tres grados y medio de latitud para el norte, bajo del trópico de Cáncer, con poca diferencia. Las islas son siete, es a saber: Alegranza, Fuerteventura, la Gran Canaria, Tenerife, El Hierro, la Palma y la Gomera. Otros islotes hay muy cerca de ellas, pero despoblados, aunque me aseguraron que en el que llaman Lanzarote, hay hombres salvajes e idólatras.

La capital de todas es la Gran Canaria; pero por estar el puerto y lo grueso del comercio en Tenerife, reside en la capital de esta isla el capitán general, y casi de ordinario reside también en ella el obispo. La capital de esta isla es Santa Cruz; pero la Audiencia, Inquisición e iglesia catedral, permanecen siempre en la Canaria. Son estas islas de mucho comercio, por estar en el rumbo por donde todos los navíos que salen de España para las dos Américas pasan, y donde regularmente toman agua. Son muy abundantes de seda, aceite, lana, trigo y vino, y es singularísima y de gran fama la malvasía de Canarias.

CAPITULO VIII

Continuamos la navegación hasta la línea equinoccial

Habiendo tomado el mencionado refresco en la isla de la Gomera, y mirado con mucho cuidado las cartas de marear, no obstante la relación que nos aseguró de la limpieza de aquella costa, dimos curso al navío que hasta el día 24 lo mantuvimos a la capa, sin dar fondo; y con viento noreste, aunque escaso, fuimos navegando al rumbo del sur, sin tener novedad alguna, hasta hallarnos en lugar paralelo con las islas de Cabo Verde.

Estas islas están en altura de diez y siete grados al norte, con poca diferencia. Todos sus moradores son negros vasallos del rey de Portugal. Son también negros los eclesiásticos, los canónigos y finalmente todos exceptuando el obispo y gobernador, que siempre son europeos. Es clima poco saludable, muy cálido y húmedo, y regularmente enferman cuantos arriban a ese país. No hago esta relación de vista, pero estoy cabalmente informado por el padre Sebastián de San Martín, de la Compañía de Jesús, provincial que ha sido en esta provincia del Paraguay; quien, cuando vino a estas partes, arribó a esas islas, con cuarenta compañeros que venían de misión, por causa de haberse descompuesto el navío con un recio temporal, que después naufragó enteramente en la costa; pero salváronse todos, y la misión de la Compañía se recogió a nuestro convento, donde estuvo seis meses. Era el guardián buen religioso, y obsequió cuanto pudo a sus honrados huéspedes; quienes todo el tiempo que vivieron en aquel convento, se portaron como humildísimos religiosos. Instaron al guardián para que les permitiese ocuparse en todos los oficios en que regularmente se emplean los religiosos en nuestros conventos, y habiendo condescendido el guardián, a fin de darles este consuelo, les distribuían los oficios en la tabla del sábado, de la misma forma que a los religiosos de la comunidad; y así unos eran porteros, otros cantores, otros leían en la mesa, otros eran enfermeros, etc. Y es cosa admirable que siendo el temperamento del país como se ha dicho, no enfermó ninguno, y de la gente seglar del mismo navío, murieron más de ciento cincuenta. Todo esto me relató dicho padre San Martín con mucha ternura, y también me dijo lo agradecida que estaba la Compañía a este favor, y que el padre General mandó gratificar desde Roma al convento con una copiosa limosna, y que pasó personalmente a dar las gracias a nuestro general, y que no lo pudo hacer sin muchas lágrimas.

Por la altura de estas islas pasamos sin especial novedad, ni la tuvimos hasta que nos hallamos en cinco grados de latitud, donde comenzamos a experimentar algunas calmas. Llegamos no obstante a grado y medio cerca de la equinoccial, y allí se perdió la estrella del norte de vista, y ya no la vimos más, ni yo la veré, si Dios por su infinita misericordia no me vuelve a disponer viaje por ese rumbo. Día 21 de marzo, que fue el mismo del equinoccio, nos pusimos perpendicularmente bajo de la línea y del mismo sol, de manera, que allí no hacíamos a mediodía otra sombra que la que teníamos bajo de los pies.

Aquí comenzamos a experimentar los rigores de la navegación, en tal extremo, que ya estaba casi toda la tripulación desesperada. Tuvimos treinta y seis días de calma, sin que nos bañase el más levísimo viento, para poder respirar en aquel paraje, el más cálido del mundo. No había cosa en que hallásemos algún alivio. La ración de agua era corta, porque viendo que la calma continuaba, nos convinimos todos con el capitán, para que la ración se limitase por no perecer. Agua había suficiente, como después se vio, que sobraron más de treinta barriles, pero por no exponer la vida a contingencias, sufría cada uno conforme a su más o menos resignación. Confieso que jamás he experimentado semejante sed; y cuando llegaba a lo último que puede llegar el sufrimiento, pedía a algunos un poco de aguardiente, y con aquello se mitigaba, y en algunas ocasiones se apagaba la sed totalmente; y debe advertirse que sin embargo de ser tan cálido el clima, no es el aguardiente dañoso, porque es juntamente húmedo, y todos los vientos lo han de ser por necesidad, porque no hay en la mar vientos de tierra hasta llegar a las costas.

La comida en este paraje ayudaba a sofocarnos; porque habiéndose concluido la carne fresca, sólo se comía la salada, jamones, lenguas del norte, bacalao, etc., y cuando menos mal se pasaba, era en las ocasiones en que se cogía algún pescado fresco. Importa mucho que, quien haya de navegar por este rumbo, se provea cuanto le sea posible de cosas frescas, como son limones, sorbetes y otros géneros de agrios, para socorrerse en los mayores aprietos de su necesidad.

Aquí me parece preciso advertir que este exceso de calor, no consiste únicamente en que el paraje de que se habla esté en la zona tórrida; porque es cierto que hay tierras que se hallan bajo la misma equinoccial y son templadísimas y aun muy frías. El ejemplar lo tenemos en la ciudad de Quito, donde se experimenta un temple benignísimo, sin embargo de que la línea equinoccial se halla estar perpendicular con la misma plaza, cuyo benigno temple se ocasiona de las muchas sierras nevadas que la rodean, donde se refresca el viento cuanto es menester para hacer el país muy agradable. Potosí se halla en sólo ocho grados de altura, y es casi inaguantable el frío que se padece en todo tiempo, y consiste en la misma vecindad de altas sierras que no permiten que el sol franquee todo el esfuerzo de su efecto. Y como en la mar no hay sierras nevadas ni otras circunstancias que sean suficientes a refrigerar el calor que despiden el sol en los referidos parajes, por eso son cálidos en extremo.

Ni siempre está el mayor calor en la equinoccial; porque no siempre corre el sol por esa línea. Quien navegase por ese rumbo el día 21 de junio, tendrá el sol directamente sobre sí en los veinte y tres grados y medio, que es cerca de Canarias, y quien continuase el rumbo del sur, tendrá el sol sobre sí en el opuesto trópico el día 21 de diciembre, y en ese tiempo se experimenta el calor mayor en esas alturas y mejor temple en la equinoccial, sin embargo de que siempre es cálida la zona tórrida.

Los que navegan al reino de la Nueva España, no salen de la mar del Norte, ni a éste pierden de vista, porque no pasan la equinoccial, sino que por entre ésta y el trópico de Cáncer navegan hasta los puertos de Cartagena, Vera Cruz, la Habana y a todas las islas de Barlovento y demás puertos de esta costa, que toda está entre la equinoccial y referido trópico.

Todo este mar de la zona tórrida es abundantísimo de pescados. Una especie hay de peces, que llaman *bonitos*, de que hay la mayor abundancia; suele hallarse en tanta cantidad, que se ve, en algunas ocasiones, como un monte de agua hirviendo, y es que allí hay entonces millones de millones de estos peces, a cuya multitud así congregada llaman cardumen. Hay otras muchas especies que no se conocen en la Europa ni en las costas. Ballenas de las mayores, no se ven, ni es paraje propio para ellas, porque siempre están en regiones frigidísimas. No obstante se ven otros peces nombrados ballenatos, cuya magnitud suele ser de ocho y más varas. Otra especie hay que llaman voladores, que cuando se ven acosados de otros peces mayores de rapiña, salen del agua y vuelan por mucho espacio hasta que se secan las alas que tienen, y algunos suelen quedar en el navío. Tienen éstos la misma figura que las truchas de España. Los que más persiguen a estos pececitos, son los dorados, cuyo velocísimo curso no puede explicarse si no es relacionando lo que sucede, y es, que cuando persiguen a los voladores y éstos salen del

agua y van volando, siguen los dorados la sombra y nadan ellos tanto cuanto los otros vuelan, en tanto extremo que cuando éstos se dejan caer al agua, ya los dorados los esperan y es indefectible la presa.

Otra especie hay de peces grandísimos que llaman taurones. Siguen mucho al navío manteniéndose de aquellos desperdicios que de la nave se echan al agua. Son voracísimos; tienen tres andanas de dientes y la boca la tienen donde debiera estar el gaznate; por lo que, para coger lo que se les echa, se ponen con la barriga arriba. Se cogen con facilidad, porque en poniéndole cebo, se arrojan a él sin recelo alguno. Ha de ser el anzuelo muy grande, y regularmente se hace doblando un grandísimo clavo, y esto basta, porque suele tragarlo todo, con muy buena porción de sogas. No reparan en lo que comen. Acuérdomos que un Miércoles Santo, estaba de pechos sobre el borde del navío un mozo llamado Francisco López, leyendo en un librito de doctrina cristiana del padre Arbiol: cayósele al agua, e inmediatamente lo tragó un taurón. El capitán de mi fragata don Antonio de Arriaga contaba haber sucedido lo mismo con la peluca de un cocinero francés que llevaba en su navío, en la navegación que el año de 42 hizo a Lima, y que de allí a tres días de haber tragado la peluca, se pusieron a cazar algunos, y casualmente la hallaron en el vientre de uno que abrieron; y lo más admirable es que no hizo el cocinero más que lavarla y luego se la puso.

El reverendísimo padre fray Diego Montenegro, que hoy es provincial de la provincia de Chile, sujeto digno de todo crédito, me contó que navegando la costa de Cartagena de Indias, dieron fondo un día de San Juan, porque estaban a vista de tierra y querían celebrar la fiesta en tierra, por llamarse Juan el capitán.

Vinieron pues a la costa todos los pasajeros con la lancha, y no sé para qué faena, pusieron en el agua el cuero de un toro a fin de que se ablandase, y atáronlo con una soga larga a la misma lancha. Llegó la tarde, y habiendo de retirarse el navío, hizo un marinero la diligencia de recoger el cuero, y viendo que no podía traerlo para tierra, llamó a un compañero que le ayudase, y tampoco así pudo. Después de algunas diligencias, se aseguraron que era un grandísimo taurón quien se había tragado el cuero: fueron con la lancha al navío, remando con fuerza, y el taurón siguió hasta ponerse al mismo costado del navío; tirándole algunos arpones que pendían de sus respectivos lazos, y después de haberlo enlazado a satisfacción, con la industria del cabrestante, lo subieron al navío: abriéronlo, y halláronle en el vientre todo el cuero de toro y un hombre con calzones, camisa y coletillo; la traza era de pescador, y según se dejaba ver, parecía haberlo tragado aquella misma mañana. El caso es fuerte; pero quien sepa lo voraces que son para comer carne humana, no lo extrañará, aunque yo no he visto ninguno tan grande que pueda tragarse un hombre entero, cuando más un hombre y un cuero de toro.

La diversión que comúnmente nos ayudaba a pasar el tiempo, era el juego. Por la noche nos bañábamos: unos, y eran los que sabían nadar, se echaban al agua, pero de día, por temor de los peces; otros boyaban amarrados por un lazo. Yo jamás salí para ello del navío, sino que me sentaba en la proa con sólo los calzoncillos, y un muchacho me echaba mucha agua por la cabeza, sin cesar, todo el tiempo que yo quería.

Ayudó mucho a la diversión un canónigo que llevábamos para la iglesia metropolitana de las Charcas. Era el pobre hombre tan poco corriente, que hasta los muchachos lo traían continuamente inquieto. Por muy guardada que tuviese la ración de agua, se la hurtaban; acostábase temprano, y nos poníamos en la cámara, donde, cogiendo algunos vasos y copas, armábamos una grande algazara de brindis, de modo que nos oyese de su camarote; él oía toda la función, tosía para que supiésemos que estaba despierto, porque tenía muy buena sed, pero nada tocaba, ni nosotros tampoco, porque todos los licores eran imaginarios, aunque algunas noches ya el capitán mandaba sacar algunas botellas. Continuaba la función, y el pobre canónigo, deseoso de apagar su sed, se quedaba la noche siguiente en la cámara hasta muy tarde, y entonces nada había. Lo mismo sucedió mucho tiempo en la mañana, pues habiéndole dicho uno que a las cuatro de la mañana almorzábamos todos los días un pastel sobre el alcázar, dio en madrugar, y por más de ocho días continuos estuvo en el alcázar a las dos de la mañana. Era el canónigo bastante viejo y dábale mucha cantaleta sobre sus malas piernas, y la poca subsistencia de ellas, pues a cada balance de la fragata, allá iba el canónigo. Después de haber perdido el respeto a todos un día, como lo hacía otros muchos, dijo que consistía en no hacer ejercicio, y para restablecerse necesitaba de unos baños en los pies; dijo el cirujano que pidiese diez y ocho raciones de agua y un frasco de aguardiente; y habiéndole dado uno y otro nos compusimos con el cirujano para beber el aguardiente y el agua, y luego se le dieron los baños con agua de mar y otra porquería, para que notase alguna confección. El día siguiente le preguntamos si se hallaba fuerte, y dijo que al mismo tiempo que estaba tomando el baño en los pies, notaba sensiblemente nuevas fuerzas y que el aguardiente le iba penetrando y refocilando evidentemente aquella parte. Finalmente llegó a tal estado este viejo, que le hacíamos desesperar, y a todos nos juró que en llegando a tierra, nos había de balear uno a uno. Un día lo vi con un cuchillo en la mano, y que, ciego de cólera hiciera un disparate, si tuviera alientos para levantar el brazo: y fue el caso que quiso un día de calma y gran calor bañarse en la mar, y dispuso con dos marineros, sus confidentes, que lo amarrasen muy bien por la cintura y lo bajasen al agua. Hiciéronlo así, y cuando ya estaba pendiente en el costado del navío, cerca del agua, bajó uno de los confidentes y quitándole los calzoncillos, lo dejó en pelota. Acudimos todos a la bulla y vimos a nuestro buen canónigo a la vergüenza, blasfemando de todo el universo. Bajáronlo en fin al agua, y lo tuvieron más tiempo del que él quería, dándole innumerables zambullidas, hasta que de compasión concurrimos todos a libertarlo de aquel trabajo, porque temíamos que se quedase muerto en el tiro. Todo esto y mucho más padeció, por haber querido armarse de soberanía en los principios y no allanarse a la corriente de los demás.

CAPITULO IX

Salimos de la equinoccial y navegamos hasta la altura de Río de Janeiro

En la calma que queda referida pasamos una buena parte de la cuaresma, predicando a la gente casi todos los días, y particularmente la Semana Santa. El sábado cantamos la misa y vísperas con mucha solemnidad y lo mismo practicamos los días de Pascua, solicitando

la diversión que podíamos para pasar el tiempo con más alivio. El capitán mandó echar banderas y hacernos estos días todo el obsequio que pudo en atención a lo solemne del tiempo. El día 20 de abril quiso el Señor darnos una tormenta de viento, que, aunque breve, pero nos sacó de aquel paraje, y nos puso en tres grados de la banda del —86→ sur. El día 21 al hacerse de noche, repitió segunda borrasca de viento y agua, y ocasionó algún cuidado, porque fue tanta la oscuridad y estrépito de los truenos que no dejaba libertad para las maniobras de velas que se ofrecían. Duró como seis horas y nos puso este temporal en seis grados.

El día 22 nos entró un viento este con el cual navegamos a la bolina hasta montar el cabo de San Agustín, que está en ocho grados sur, y desde aquí comienza la costa del Brasil. El rumbo que regularmente se trae desde España, es norte sur, con una u otra diferencia que ocasione el tiempo, las corrientes y variaciones de la aguja; pero en montando dicho cabo, ya puede gobernarse la nave al sudoeste; pero es necesario no aterrarse mucho, porque si hay algún viento recio de la mar, es evidente el peligro de dar en la costa y naufragar el navío, como sucede muchas veces, en especial a los portugueses, que han naufragado en esta costa, innumerables, por la razón insinuada.

Algunos días nos duró el viento este, aunque alternando con otros, que no eran contrarios, pero poco favorables. En fin, con ellos navegamos hasta la altura de diez y ocho grados, en que se puso nuevo cuidado en las centinelas, porque a los diez y nueve grados está la isla de la Ascensión y a los veinte la de la Trinidad. Son estas islas unos peñascos que casi los cubre el agua en ocasiones, y por consiguiente no hay en ellas viviente alguno. Por medio de las dos pasamos sin avistar ninguna de ellas, y sin novedad llegamos a la altura en que, el día 30 de abril, observaron los pilotos veinte y tres grados, que es línea paralela con el Río Janeiro.

Desde el cabo de San Agustín comienza la costa del Brasil, y en el mismo está la ciudad de San Salvador, cuyo nombre más común es la Bahía de Todos los Santos. Es ciudad grandísima, de mucho comercio e innumerable gente; tiene arzobispo, Audiencia, Inquisición y virrey, y es finalmente capital de todo el Brasil de los portugueses. Demora esta ciudad a los diez grados. En ocho queda Pernambuco, ciudad no grande, pero con buen puerto. En toda la costa hay muy buenas poblaciones, hasta el Janeiro, que es el puerto de más concurso y adonde viene la más copiosa flota de Lisboa todos los años.

Es esta ciudad hermosísima, grande y muy poblada, de bellos edificios. Tiene Audiencia, obispo y capitán general, cuya jurisdicción alcanza a las Minas de San Pablo, que están muy tierra adentro, de donde sacan finísimo oro de veinte y cuatro quilates. Penetran estas tierras de este a oeste, toda la tierra firme hasta el Marañón. Hay muchos despoblados y desiertos, y en ellos habitan indios gentiles y negros huidos. Uno de los mayores comercios que tiene el Brasil, es el de negros. Tráenlos de los mismos puertos que los portugueses tienen en la costa oriental. No nacen esclavos por naturaleza sino libres, y el modo de esclavizarse es este:

En las partes del oriente, esto es, en toda la Guinea, hay en las costas muy buenas ciudades de portugueses, holandeses e ingleses; pero tierra adentro toda es habitación de

innumerables negros idólatras, al modo que estas partes de la India Meridional tienen sus campañas inundadas de indios. Los negros se dividen en diversas naciones con sus distintos reyezuelos, de los que cada uno habita con sus vasallos en distintos valles y montañas. Éstos tienen continuamente guerras entre sí: tiran a cautivarse; y los vencedores, cuantos han cautivado los bajan a los puertos de los europeos y los venden, y después estos comerciantes cargan navíos de ellos y surten a todas las Indias, donde todos los criados son negros o indios; porque la gente blanca, aunque pase a Indias en cueros y en España sean hijos de verdugos, ya se echan a nobles, y así en Indias ningún español sirve a otro, aunque el uno sea muy pobre y el otro muy rico.

De estos negros hay tantos esclavos en el Brasil, que sólo en las minas del oro, pasan de cincuenta mil los que trabajan. Causa admiración ver que, para cada un blanco, hay cien negros, y que éstos no se alcanzan con la tierra. Consiste sin duda alguna en el grandísimo rigor con que los portugueses los tratan, pues por cualquier delito los castigan con cruelísimo y casi increíble rigor; fuera de que hay orden del rey para que cualquier esclavo que haga la más leve acción o movimiento contra su señor, le mate éste inmediatamente, sin remisión alguna.

No obstante, ya han intentado un general alzamiento; porque el año 35 se sublevaron ocultamente por dirección de un negro muy capaz y atrevido, quien tuvo maña para participar a los negros de las demás ciudades su determinación; y habiendo todos apoyado su dictamen, dispusieron que la noche de Natividad, cuando toda la gente regularmente está en la iglesia, entrasen todos los negros de tropel, bien armados, y matasen cuantos a las iglesias hubiesen concurrido, quedando en cada una casa los suficientes para que al mismo tiempo matasen a las mujeres, niños, viejos, enfermos y sanos que hubiesen quedado en ellas. Pero Dios que dispone los medios suficientes, para que en tierras tan católicas no prevalezca la barbaridad y tiranía, dispuso que algunos negros fieles a sus señores, que estaban avisados para el lance, diesen parte de la bárbara determinación; y descubierta en tiempo oportuno, pudieron aprontar el remedio y coger a las cabezas del motín con innumerables armas que tenían prevenidas para el lance. Hicieron un ejemplar castigo, en los cuales pareció conveniente, y quedaron prevenidos para evitar el riesgo en otros casos.

El mismo alzamiento se ha experimentado en otras muchas ciudades de estos reinos, uniéndose para ello, negros, mulatos, indios y mestizos, que es la única gente de servicio que hay por estas partes, pero nunca han logrado su premeditado efecto; porque siempre ha sido Dios servido de que se revelase o supiese a tiempo la traición.

Es toda la costa del Brasil muy cálida. Hay en ella impenetrables bosques y montes de preciosas maderas. Sus mayores cosechas son de azúcar, miel de caña, tabaco, mandioca, patatas, naranjas, cidras, plátanos, que los portugueses llaman bananas. Tienen poblado por la costa de la línea equinoccial hasta los veinte y ocho grados, en que está la isla de Santa Catalina. Esto es por lo que toca a la misma costa, que, tierra adentro, son innumerables las poblaciones, particularmente hacia la ciudad de San Pablo, donde tienen preciosas, ricas y abundantísimas minas de oro y piedras preciosas.

CAPITULO X

Navegan desde la altura del Janeiro hasta Montevideo

Día 30 de abril, como queda dicho, nos hallamos en la altura del Janeiro, y desde aquí tuvimos algunos días de buen viento, y así el día 7 de mayo estábamos en 28 grados de altura. Este día a la una divisamos una embarcación en distancia de ocho leguas. Llevaba el rumbo al norte, con viento en popa, y nosotros nos ocupábamos en dar algunos bordos y mantenernos así, porque el viento estaba por nuestra proa, procurando acercarnos a dicha embarcación, que era un bergantín, cuanto pudimos; y hallándonos a las tres de la tarde, como en dos leguas de distancia pusimos bandera de España, y no correspondió con bandera alguna.

Disparamos dos cañones y aferramos algunas velas, en señal de que queríamos hablarle, y la correspondencia fue tender en él cuantas velas podía aguantar para retirarse de nosotros. Viendo eso, mandó el capitán que se navegase por el rumbo del norte, en su seguimiento. Era éste bergantín portugués, según parecía, y se conocía haber salido de la isla de Santa Catalina, o venir de la Colonia del Sacramento. Queríamos hablarle para que los pilotos supiesen a punto fijo su altura, o el paraje de longitud donde se hallaban; y también para que la gente se refrescase con algún pan fresco y otras frutas que habría cargado en aquella costa, y de lo que más necesidad había era de tabaco.

Era tanta la necesidad de este género, que discurro que si hubiese llegado el lance de abordar el bergantín, lo hubieran saqueado, si voluntariamente no le vendían el necesario. Con esperanza pues de proveerse la tripulación, le seguían con grandísimo gusto. Una y otra embarcación iban a toda vela, y al principio tuvimos muy buenas esperanzas de darle caza, porque en breve tiempo nos pusimos a una legua de distancia y sin podernos aproximar más, nos iba llegando la noche. Con efecto, a toque de oraciones advertimos que habían puesto los portugueses luz en la cámara, cuyas ventanas estaban abiertas, que en buen romance era hacernos una honrada burla, porque si tuviesen algún temor, no pusieran luces que pudieran servirnos de guía para el seguimiento, sino antes bien variarían de rumbo y se ocultarían en las tinieblas de la noche. Ellos conocieron ciertamente el hambre de los que les seguían, y viendo que no traía cuenta el saludarnos, proseguían su viaje. Por otra parte, ya tenían vista la ninguna ventaja que la fragata nuestra les hacía en la ligereza, y conocían justamente que nos habíamos de cansar en breve, porque ellos hacían viaje a su rumbo, con viento próspero y nosotros perdíamos muchas leguas, como con efecto, a las ocho de la noche ya habíamos vuelto veinte leguas atrás. Con esto le disparamos un par de cañones, con bien mala intención, según después dijo el condestable, y quedamos a la capa, hasta que hubo viento favorable para navegar.

El día 8 de mayo tuvimos viento sudeste, bastante recio, y caminamos muy bien a la bolina, pero calmó el viento con el día. Luego con viento variable y sin especial novedad, llegamos a la altura de 32 grados, la víspera de la Ascensión del Señor, en cuya noche sobrevino un temporal bastante recio, que duró como hasta la una. No pudo decirse misa

el día siguiente, porque aunque el viento era poco, pero había quedado tan fuerte la marejada, que ocasionó unos excesivos balanceos, en tal grado, que con mucho fundamento se temió que aquel día desbarbolásemos.

En este paraje experimentamos algunos vientos contrarios, que se reconocía ser ya de los de tierra, que regularmente llaman pamperos, por venir de aquellas inmensas llanuras de la provincia del Río de la Plata, que llaman pampas, que en lengua general del Perú quiere decir campos grandes. No obstante, el día 19 de mayo, nos hallamos en 34 grados, que es ya la altura en que debe buscarse la boca del Río de la Plata, aunque lo ordinario es buscarla en 34 grados y medio, y es lo más seguro.

Al mediodía observaron los pilotos estos 34 y medio de que hablamos, y luego se mandó poner la proa en busca de la tierra. Por la noche se echó la sonda con doscientas brazas de cordel, y aunque no se halló fondo, sin embargo se navegó esta noche con poca vela y mucho cuidado, porque según la cuenta de los pilotos, estaba el navío cerca de la costa. El día siguiente al amanecer, se vio el agua muy turbia y verde, y se conoció haber fondo aunque profundo. Esta tarde, que fue la del día 20 de mayo, a cosa de las cuatro, se echó segunda vez la sonda, y hallamos sólo veinte y cuatro brazas de agua, y luego se navegó toda la noche en diez y nueve y veinte, pero sin avistar tierra, sin embargo de que el piloto mayor dijo hallarse ya en observación en la boca del Río de la Plata, cuya anchura es de sesenta leguas.

El día siguiente, que fue el 21, descubrimos la costa de Castillos y Maldonado, a las dos de la mañana, y esta tarde pudo demarcarse muy bien la isla de Lobos, llamada así sin duda por los muchos lobos marinos que hay en ella; dejámosla por la noche a distancia de una legua y amanecimos muy cerca de la isla de Flores, el día 22, donde casi todo el día tuvimos calma. El día 23 a las ocho de la mañana, llegamos a la boca de la bahía y puerto de Montevideo, y estando para entrar en ella, a vista ya de la ciudad y como a una legua de distancia de la Batería, nos entró viento contrario, por lo que todo el día estuvimos bordeando, haciendo diligencia por coger el puerto, y viendo que no era posible, mandó el piloto que se diese fondo por la tarde. El capitán se embarcó en la lancha y fue a dormir en la ciudad, dejando orden de que se pusiesen en las vergas algunos faroles, para ver desde tierra el navío, por si se ofreciese de venir a él de noche, o socorrerle en algún temporal que pudiese sobrevenir. Hízose así, pero nada fue necesario, porque la noche estuvo muy buena.

Por la mañana del día 24, nos entró un vientecillo suave favorable, el que a las ocho de la mañana nos introdujo en el puerto, y a esa hora se dejaron caer las anclas. Luego se cantó una misa y un *Te Deum laudamus*, con el acompañamiento de violines, lo mejor que se pudo. Luego vino el capitán de la ciudad y condujo al navío abundancia de tabaco, carne, pan y demás víveres frescos, que en semejantes ocasiones se desean con ansia. Tuvimos un día tan alegre como puede suponerse después de ciento y cuatro días de navegación. Creo ciertamente que, en este mundo, no es dable gozo igual al que se experimenta, cuando después de una peligrosa y dilatada navegación, se llega al puerto con felicidad. Sólo puede concebirse esta verdad por alguno que haya navegado tan dilatados rumbos.

Tuvimos en este viaje la felicidad de no haber muerto alguno de cuantos nos embarcamos en Cádiz. No faltó bastimento: sólo el agua se escaseó algún tanto, no porque dejaba de haber la suficiente, pues sobraron treinta barriles, sino que los temores que ocasionaron las dilatadas calmas, hicieron que libremente abrazásemos la necesidad y nos ciñésemos a una corta ración, a fin de evitar el mayor peligro que amenazaba. No tuvimos tormenta que nos pusiese en notable riesgo, ni experimentamos aquellos temores que suele haber en las costas, pues cuando divisamos la tierra ya estábamos dentro del gran Río de la Plata, en cuya entrada suele haber algunas dificultades, ya por los vientos contrarios que allí suelen reinar, ya por algunos bancos de arena en que pueden peligrar los navíos.

Lo que más cuidado nos ocasionó en la navegación, fueron las discusiones y discordias que se excitaron entre la gente de la tripulación. Todas se atajaron a tiempo. Una tuvieron con el capitán, sobre haber mandado éste que echasen un perro al agua, que casi llegó a estar el navío en el último conflicto. Un marinero vi tan desesperado, que tenía ya su tizón en la mano para dar fuego a la pólvora, que eran muchos barriles los que había; sin considerar que su misma barbaridad, lo metía en un instante en los infiernos. En fin, no sé qué pretexto se discurrió para que el capitán bajase a la cámara, y entre tanto se negoció con el piloto de guardia que parase el navío con la maniobra de velas que ordenó, y habiéndose echado un mozo al agua, pudo traer el perro que ya quedaba muy distante, ayudándole con una tabla pendiente de una grandísima sogá que se le tiró. El capitán no advirtió por entonces lo que se hizo, que si lo hubiera notado, creo que se pierde aquel día el navío y nos perdemos todos; porque en medio de tener bellísimas partidas de caballero, se creía que no hubiese retrocedido en su mandato.

Después de pasada la turbulencia, me dijo un marinero que habían tratado entre sí levantarse con el navío, y navegar a puerto extranjero; y que habiendo determinado arrojar al agua al capitán y todos los pasajeros, tenían resuelto de dejarme a mí solo, para que fuese por capellán de ellos. No sé si lo hubieran hecho llegado el lance, aunque no lo dudo, porque siempre tuve una buena correspondencia, hasta con el más infeliz; y en cualquiera ocasión de discordia que se ofreció, se sosegaron mucho llegando yo a hablarles. Para todo esto conduce la cautela y buen modo que al principio dije ser necesario en la navegación.

CAPITULO XI

Entramos en Montevideo: descríbese esta ciudad y navegamos hasta Buenos Aires

Después de haber comido el día 24 de mayo, con la celeridad que puede suponerse, nos embarcamos en la lancha para salir a tierra. Mandó el capitán disparar toda la artillería de la fragata; cuando nos partimos del navío, y al saltar a tierra, hizo segunda salva en obsequio de todos los pasajeros que desembarcamos juntos.

Fuimos a presentarnos todos al comandante de la plaza, que entonces no había gobernador, hasta el año de 50, en que vino don José Joaquín de Viana, que fue el primero que esa plaza tuvo. Luego cada uno partió a buscar su posada, y nosotros, los

siete religiosos, fuimos al hospicio que nuestra religión tiene en aquella ciudad, en que hallamos de presidente al padre fray José Cordobés, con seis religiosos más, cuatro sacerdotes y dos legos. Nos hospedaron con extremada caridad, y con la misma nos socorrieron un mes que nos detuvimos en este puerto; porque para pasar de él a Buenos Aires, se necesita de un piloto práctico del río, el cual por orden del rey reside en Buenos Aires, y para el efecto de que condujese nuestro navío, pasó el capitán a buscarlo, llevando también consigo los pliegos del rey.

En esta ciudad encontramos cinco aragoneses que habían pasado el año de 34, sirviendo a Su Majestad en el regimiento de Cantabria. Uno era don Francisco Artigas que se hallaba de capitán reformado; el segundo Ramón Gimeno, de la Villa de Aliaga; el tercero Pascual García, del lugar de Sisamón; el cuarto Victoriano Miguel, de Santa María del Río; y el quinto Matías Muniesa, de la misma villa de su apellido, quien después partió a Aragón el año de 52, habiéndose libertado del servicio del rey, como también el penúltimo, que hoy está casado en Buenos Aires con muy buenas conveniencias.

Esta ciudad de Montevideo es nueva, y se fundó a los primeros de este siglo. Vinieron los primeros pobladores, de las islas de Canarias. Es plaza de armas y muy importante a la corona de España. Tiene muy buena porción de tropa arreglada. Tiene bellissimo puerto para trescientos navíos, con una batería muy fuerte que guarda la entrada del puerto y una ciudadela que actualmente se está construyendo, para guardar la entrada por tierra, para donde sólo hay una puerta; porque todo el resto de la ciudad está circunvalado del mar, del mismo modo que Cádiz. Hasta ahora sólo hay hospicio de religiosos nuestros y residencia de jesuitas. Hay una iglesia parroquial con su cura y algunos capellanes. La ciudad tendrá como doscientos vecinos. Está en bellissimo sitio, muy alegre. Abunda el mar que le rodea de mucho y riquísimo pescado. En medio de la bahía hay una islita pequeña, que tendrá como cincuenta bajas de travesía, donde nos dijeron que el año de 41, habían echado unos franceses un par de conejos, y que se habían propagado tanto, que sin embargo de que siempre que llegan navíos, van con los botes a dicha isla y matan muchos, pero que nunca habían podido extinguirlos. Fuimos allá una tarde con algunos oficiales del navío, y a palos matamos siete, y hubiéramos muerto muchos más, si hubiéramos tenido un perro que los sacase de la maleza de la misma isla. Sin duda que será especialísimo gusto verlos el día que la isla está casi toda cubierta de agua, lo que sucede muchas veces, porque entonces todos acuden a lo poco que queda descubierto, aunque en esas ocasiones se pierden las crías.

Las campañas de esta ciudad son muy buenas, con grandísima abundancia de ganado. Poco antes de llegar nosotros a aquel puerto, había vendido el cura y vicario de aquella ciudad doce mil vacas a dos reales. De aquí puede inferirse el ganado que habrá; aunque hoy con la frecuencia de los navíos, ya se va concluyendo, porque son muchos los cueros que cargan. En fin, de esta abundancia se dirá algo cuando luego hablemos de Buenos Aires.

A la sazón, cuando llegamos a esta plaza, había en ella varios oficiales que habían estado en Aragón y eran muy aficionados a aquel reino. Nos hicieron cuanto obsequio podíamos desear; quienes más se excedieron fueron el coronel don Diego Cardoso, ingeniero que

está dirigiendo la ciudadela y el capitán don Francisco Gorriti. Éste nos llevó a una casa de campo, que por acá llaman chacras o estancias, donde estuvimos tres días. Llevó cuanta providencia era necesaria, de pan, vino, jamones, mistela, etc. La ocupación de estos días fue pasear por aquellas inmensas campañas a caballo, y la más especial era cazar perdices con caña, que es una de las cosas más extraordinarias que pueden verse.

El modo es éste: pónese en la punta de una caña larga, un lacito de cerdas de caballo. Cuando se ve la perdiz, se acude allá con el caballo y se hacen algunos círculos rodeando la perdiz hasta que ésta se arrima a algunas yerbecitas donde está sin moverse, y da lugar a que se le ponga el lacito por el cuello. Luego con la misma caña se le da en el lomo, y al tiempo de volar queda ahorcada. Pero debe advertirse que el caballo no debe parar cuando el jinete le aplica el dogal a la perdiz, porque en parando el caballo, luego voló. Son sin número las que hay, y así en breve rato se cazan muchísimas. Estas perdices son las codornices de España, en el color, sabor, forma y figura, aunque sí son un poquito mayores. Otras son tan crecidas como gallinas pero de la misma especie, y de éstas nunca vi en Montevideo ni en Buenos Aires; pero las vi con abundancia en la jurisdicción de Córdoba del Tucumán, como en su lugar diré.

Pasados algunos días con la diversión que se ha insinuado, vino de Buenos Aires el capitán con el práctico del río y desembarcó en Montevideo, víspera de San Juan, por la mañana. Este día me acuerdo que comimos todos los religiosos en casa del capitán de dragones don Juan Manuel de Betolasa, y estando en la mesa, dio un trueno tan fuerte, que ninguno de los circunstantes lo había oído semejante en su vida. Cuando se oyó el trueno, pasaban volando por la plaza cinco palomas, y lo mismo fue oírse tan exorbitante estruendo, que caer todas las cinco, sin reconocerse otra causa alguna que sólo el estrépito; quedaron tan amortecidas, que pudieron libremente haberlas a las manos los muchachos; yo tuve en mis manos una de ellas, y después de media hora, fue volviendo a desembarazarse del susto y voló libremente, sin novedad; y es de advertir que a ninguna de ellas se halló lesión alguna de rayo, centella, fuego u otra cosa que pudiera ser causa de aquella caída.

El día de San Juan, a las siete de la noche, nos dieron aviso para que luego nos embarcásemos; y habiendo venido la lancha a buscarnos, partimos al navío, y a las ocho de la misma noche se hizo el navío a la vela, con viento norte, aunque muy escaso. Anduvimos con él toda la noche, de manera que al alba ya no vimos a Montevideo.

Con el mismo viento navegamos al día siguiente, que fue el 25 de junio. Debe advertirse que este río, desde Montevideo hasta Buenos Aires, aunque por donde es más estrecho tiene diez leguas, sin embargo no puede libremente navegarse todo él con los navíos; pero tiene tres canales, cada una por cada costa y otra por medio. Por esta última fuimos navegando, muy despacio, y dando fondo todas las noches. La distancia de un puerto a otro es de cuarenta leguas, pero regularmente se tarda algunos días en pasarla, porque se navega con poca vela, por el peligro que hay de dar en algún banco de arena, ya porque éstos se mudan con la corriente del agua, y ya también porque con cualquiera viento recio, es fácil algún desvío de la canal, por cuya causa cualquiera tormenta es en este río muy peligrosa, si la navegación se hace con navío, que, haciéndola con lancha, no hay

riesgo, porque por todas partes hay proporcionado fondo para embarcaciones de este calibre.

Día de San Pedro Telmo, estuvo todo el horizonte cubierto de una densísima niebla; pero juzgándose el piloto cerca de Buenos Aires, mandó dar fondo a las ocho del día, y permanecimos así hasta las doce, en cuya hora estábamos concluyendo de comer, cuando desvanecida la niebla con la fuerza del sol, vimos claramente toda la ciudad, como a distancia de tres leguas.

Este día navegamos muy poco, porque el viento era contrario; pero al siguiente, a las dos de la tarde, dimos fondo en el puerto donde el navío había de permanecer, que es el paraje que llaman Los Pozos, a media legua de distancia de tierra. Luego, a cosa de las tres, nos embarcamos en la lancha todos los pasajeros con el capitán, y salimos a la playa que está bajo el Retiro de los Ingleses.

El convento de la Recolectión para donde veníamos destinados, está fuera de la ciudad, como un cuarto de legua, por esa parte por donde desembarcamos. Cuando veníamos en la lancha, nos vieron los recoletos, desde las ventanas del convento, y salió toda la comunidad a recibirnos, cuando saltamos en tierra; y habiendo pasado aquellos primeros cumplimientos, se retiró la comunidad, quedando con nosotros el padre Vicario, para acompañarnos a ver al gobernador. Hecha esta diligencia, pasamos al convento grande a ver al padre Provincial y los demás padres, quienes nos obsequiaron mucho esta noche y el día siguiente que fue el 30 de junio, en el que, por la tarde, acompañados de algunos, pasamos a la Recolectión, donde nos recibió toda la comunidad por la iglesia, con mucho repique de campanas y *Te Deum laudamus*, después del cual hubo su refresquito, y luego nos acompañaron a las celdas donde habíamos de vivir.

En este convento comenzamos a descansar de las penalidades que ocasiona tan dilatada marcha; pues desde el 24 de octubre en que salí de Zaragoza, había vivido como fuera del centro. Es este convento de Recolectión, tan regular como se halle en toda la religión seráfica. No puedo persuadirme a que en España se crea haber este relicario en Indias; y para que si este mi Diario parece en manos de algún religioso y haga un parangón con lo que en otras provincias haya visto, pondré brevemente la ocupación ordinaria de la comunidad.

A las doce de la noche, indispensablemente se comienzan los maitines, y para eso se despertó a los tres cuartos. Duran los días comunes una hora. Concluidos éstos, se rezan los maitines del oficio parvo, y luego se sigue una hora de oración. A las seis de la mañana hay otra media hora de oración; luego se dice prima, y seguidamente las horas del oficio parvo. A las siete y media rezan el aula de teólogos y filósofos: están en ella hasta las nueve y cuarto. A la media se toca a tertia misa, sexta y nona. A las once a comer; a las dos a vísperas del día y de la Virgen; a los ocho cuartos para las tres, a las aulas, hasta las cuatro y cuarto. A la media se toca a completas del santo y de la Virgen; luego se dice la Benedicta y síguese a esto una hora de oración, desde las cinco a las seis. A las seis se cena, y a las siete se toca a recoger. Disciplina hay tres días a la semana. En las cuaresmas todos los días. Cómese sólo pan y agua en todas las vísperas de las

festividades de Cristo nuestro bien, y de María Santísima. Todo el día hay silencio, y sólo el día de asueto se pueden comunicar por la tarde los religiosos entre sí. Todos los de la comunidad concurren, sin exceptuar ninguno, a barrer el convento los sábados, y todos juntos vamos todos los días a fregar los platos y limpiar la cocina. En el adviento y cuaresma, todos hacen alguna penitencia pública en el refectorio. Cada viernes de la cuaresma se reza la Vía Sacra, que dura una hora, y en lo demás del tiempo, el primer viernes del mes y el último, hace el prelado una plática a la comunidad. Ningún religioso entra en celda de otro sin licencia del prelado. El seglar no llega a las celdas ni sube al claustro alto sin la misma licencia. Si llaman a algún religioso en la portería, avisa el portero al prelado, para que conceda o niegue la licencia. Ésta es la sustancia de la vida que se practica en este convento, y ya se supone que hay otros inmensurables accidentes que la hacen más trabajosa. En el verano se mudan las horas, como regularmente se hace en todas partes y comunidades: pero siempre subsiste la misma distribución.

Infinitas gracias debo, cuanto es de mi parte dar al Señor, por el favor tan grande de haberme destinado para este convento, una vez que dejé mi santa provincia de Aragón. Contentísimo viviré en él, mientras mis superiores no dispongan otra cosa; ya por ser tan regular la vida común y ya por ser casa de María Santísima del Pilar.

CAPITULO XII

Describe la ciudad de Buenos Aires

Es la ciudad de Buenos Aires, puerto de mar adonde concurren todos los años algunos navíos de España. El puerto para los navíos es malísimo: dista de la ciudad tres leguas, y no tiene abrigo alguno que le defienda de los temporales y tormentas, porque se da fondo en lo alto del río, quedando al descubierto por todas partes, y así es necesario que los cables y amarras de las embarcaciones, sean de toda satisfacción. Las fragatas de hasta treinta y cuatro codos de quilla, pueden acercarse hasta menos de una legua de la ciudad, y las más pequeñas, como botes, falúas y lanchas de hasta mil y quinientos quintales de carga, pueden atracarse a tierra en el puerto del Riachuelo. Diez o doce leguas de la ciudad, hacia la costa del sur, está un buen puerto que llaman de la Ensenada de Barragán, adonde regularmente llevan los navíos después de descargarlos, ya para lograr allí la mayor seguridad y ya para darles la carena que necesiten.

Tiene hoy la ciudad más de media legua de largo, y con poca diferencia otro tanto de ancho, sin admitir en esta cuenta las muchas quintas y granjas que le rodean, y cada día se va alargando más y más, y se cree que en breve tiempo será tan grande que pueda competir con la corte de Lima. Los vientos son muy variables, de manera que en una hora se ve en varias ocasiones variar el viento toda la aguja de marear, que contiene treinta y dos vientos distintos; pero son muy saludables y constituyen un temperamento sanísimo: de modo que los europeos no lo extrañan, y sin duda alguna es el puerto más sano de todas las Indias. La agua del río es bellísima, y no hay otra de provecho.

Tendrá la ciudad 20.000 almas de comunión. Tiene dos conventos de San Francisco, dos colegios de la Compañía, convento de dominicos, de mercedarios, de betlemitas, que son hospitalarios, y dos monasterios de dominicas y capuchinas. Tiene iglesia catedral, con su obispo. Hay un buen castillo con competente tropa y con su gobernador y capitán general. Los estilos de esta ciudad, en su trato, conversación, traje, gobierno, son los mismos que en España, con poca o ninguna diferencia.

Las cosechas de esta ciudad son: trigo, maíz, todo género de hortalizas y mucha fruta. Vino ni aceite no hay, porque los naturales no hacen diligencia para tenerlo, y quien la hace, como al presente hay alguno en Buenos Aires, logra en sus quintas uno y otro efecto, con abundancia. El río corre inmediato a la ciudad, de norte a sur, aunque luego declina al este hasta entrar en el mar: tiene diez leguas de anchura por esta parte y abunda de varias especies de pescado.

El modo de pescar es muy extraño. Montan dos hombres en sus caballos. Cada uno coge la punta o extremo de una grandísima red, que tendrá de largo cien varas, y algunas más. Entran los jinetes en el río juntos; andan los caballos mientras hallan tierra, y en perdiendo el fondo, continúan río adentro, nadando. Cuando ya están en paraje donde juzgan no quedar al caballo aliento más que para el regreso, se apartan los jinetes por rumbos contrarios, cuanto la red permite. Ellos están puestos de pie sobre el caballo, y así, tendida la red, vienen para tierra, tirándola los caballos de la cincha; y como la parte inferior viene barriendo el fondo, en fuerza de las balas que lleva pendientes, sacan innumerables peces, unas veces, y unos días más que otros, según el tiempo. Yo he visto sacar ciento dieciocho sábalo en un solo lance, y es de advertir que cada sábalo es como un bejuco grande de España. Es el sábalo muy buen pescado, pero por ser el que más abunda, no tiene la mayor estimación.

Las campañas de esta ciudad, causan grandísima admiración. La población más cerca, por la parte del norte, es la ciudad de Santa Fe, que dista cien leguas. Por el poniente, es la ciudad de Córdoba la más próxima y dista ciento sesenta leguas, y por el sudeste no hay población alguna hasta Mendoza, que dista trescientas leguas. Entiendo aquí por poblaciones, aldeas, villas o ciudades, porque, lo que es casas de campo, que acá llaman estancias y chacras, hay muchas; de manera que por la costa del río se va a Santa Fe, pasando todos los días por muchas de estas casas, y lo mismo sucede en el camino de Córdoba, que es el que sube al Perú, tomando el camino que llaman de la costa, que los demás están enteramente despoblados, y por lo mismo es el de Mendoza, en cuya dilatada distancia, todo es desierto.

Todas estas campañas son llanísimas, de modo que hasta las ciudades dichas, no se halla una cuesta o cerro alguno. No se halla tampoco piedra alguna en toda la jurisdicción de Buenos Aires, que es otra cosa bien extraña. Por algunas partes abunda esta jurisdicción de agua, y hay algunos manantiales; en otras no se hallan más que lagunas de agua llovediza, y en las grandes secas suele faltar, y entonces con dificultad se hace viaje por esos caminos.

Fueron estas campañas tan abundantes de ganados, esto es, de vacas, caballos y yeguas, que estaban inundadas, y era necesario espantar muchas manadas de los caminos para poder transitarlos. Era todo el ganado montés, y nadie lo tenía doméstico, sino es que cada uno cogía y mataba lo que quería; y esto hace tan poco tiempo, que todos los que hoy viven, de sesenta años, lo han practicado así. Hasta que por los primeros años de este siglo, comenzaron a frecuentar este puerto algunos navíos de España, y como en su regreso cargaban cueros, comenzaron los naturales a codiciar el ganado, y así, salían a matarlo a las campañas para el dicho fin: recogían algunas manadas, y valía un toro dos reales, el caballo un real y la yegua medio. Había hombre que, yendo de camino, se le antojaba comer una lengua; y mandando enlazar un novillo, se la quitaban, y luego lo soltaban.

Estos excesos, y el aumento de precio, ha hecho que todo el ganado montés se haya concluido, y sólo han quedado algunas manadas de yeguas y caballos. Todo lo demás está reducido a rodeos y haciendas particulares de que se componen las estancias, como diremos en su lugar. Cuando escribo esto, que es el año de 1753, vale un buey de trabajo, cuatro pesos; un toro o novillo, tres; una vaca, veinte reales; una ternera, doce reales; una oveja, dos reales; el cordero, un real; la yegua, tres reales, y cada caballo, dos pesos; quien oiga y lea esto en España, se admirará, y con razón; pero deberá suspender la novedad computando la jurisdicción y abundancia de ganados con la poca gente; porque ésta y su grande distrito, se reduce a una ciudad, aunque muy populosa.

Lo preciso para pasar la vida, está en esta tierra baratísimo, como todo lo demás que la tierra produce; pero, al contrario, cuesta más caro lo que viene de España, como es vino, aceite, ropas, etc., que, aunque de todo hay y se hace por diversas partes de este reino, pero nada de ello es tan fino, ni de tanta estimación como lo que se trae de la Europa. Las demás cosas que ocurren acerca de las campañas, aves, animales, ríos, etc., se irán viendo en los distintos diarios y derroteros que adelante se pondrán, de algunos viajes que por acá se me han ofrecido.

CAPITULO XIII

Breve noticia de aquello en que me ocupé desde el 29 de junio de 1749 que llegué a Buenos Aires, hasta el 3 de noviembre de 1752

El día 29 de junio, como queda dicho, salté en tierra en la plaza de Buenos Aires, y al día siguiente me retiré con los demás compañeros al convento de Nuestra Señora del Pilar, casa de Recolección, que entonces distaba media hora de la ciudad, y hoy, en sólo cuatro años que han pasado, apenas dista un cuarto de legua. En dicho convento permanecí con todos mis compañeros, con el gusto que puede considerarse, siguiendo con grandísimo consuelo la vida y distribución que queda insinuada al fin del capítulo X, aplicándome juntamente con religiosa cautela a observar el rumbo que llevan las cosas en Indias, acerca de lo cual basta decir, que es tan distante la conducta de los que gobiernan, a lo que se ve en España, que ni puede hacerse la más leve comparación (mas no por esto digo que gobiernen mal). Aseguro sí, que quien pasa a Indias, puede hacerse cargo que el día

que pasa en ellas, aquel día nace con uso de razón, y así vaya observando lo que le convenga, que en todas las cosas tendrá en qué ocuparse la más prudente reflexión.

Oiga, vea y calle, para vivir en paz; y sobre todo no hay que decir: *esto se hace en mi tierra, patria o provincia*, que no todos gustan de que les anden poniendo ejemplares, y a muchos les parece que lo mismo es contarles el diverso modo con que se hace ésta o la otra cosa en Europa, que censurar el modo con que la hacen en Indias. Ello es preciso amoldarse cada uno al estilo, costumbres y ceremonias del país en que se halla, y lo demás le acarreará inmensurables disgustos.

Cuando llegué a esta provincia, estaba de visitador general en ella el reverendísimo padre fray Bruno Quiñones, y el capítulo debía celebrarse por el marzo de 50. Yo me ocupaba en prevenirme para las oposiciones de cátedras de Artes y Teología, cuando me destinaron para salir a recibir al padre visitador, en compañía de un padre lector jubilado, como con efecto lo recibimos en Luján, que es un paraje distante de Buenos Aires doce leguas. Desde la primera vez que le comuniqué, me hizo más favor que yo merecía, y manifestó luego un buen afecto; pues habiendo llegado a Buenos Aires el día 25 de diciembre del mismo año de 49, y habiendo vacado el empleo de custodio de la provincia, interpuso ruego, en la forma que le fue lícito, para que el definitorio me eligiese por custodio, como de facto sucedió así el día 29 del mismo mes.

Inmediatamente se hicieron diligencias para embarcarme al capítulo general que estaba convocado en Roma; mas ni por la vía de España, ni por la de Portugal pudo lograrse, y así permanecí por entonces en la provincia, y habiendo llegado el día 24 de marzo, en que se celebró el capítulo, me eligieron en definidor de la provincia, lo cual no fue impedimento para que pudiese oponerme a las cátedras, como con efecto lo hice, y en virtud de la oposición, me hicieron la honra de darme la cátedra de prima y regencia de estudios de la Recolección, adonde, desocupado de las funciones capitulares, me retiré.

En la misma ocasión, se opusieron a las mismas cátedras tres compañeros míos, que fueron los padres fray Joseph Ramírez, fray Joseph Martínez y fray Juan de Escamilla. A todos tres honró igualmente la provincia, dando al primero la cátedra de Artes en el convento grande; al segundo la de Artes en la Recoleta; al tercero la de vísperas en este mismo convento, y el otro compañero, que era el padre misionero fray Juan Matud, pasó de guardián a la Recolección de Catamarca.

Cada uno en su respectivo ejercicio, estuvimos ocupados hasta la congregación que se celebró el 21 de setiembre de 51, y a mí se me agregó el empleo de juez de recursos, que es un delegado que dejan los padres provinciales, cometiéndole toda su plenaria facultad *in utroque foro*, para ejecutar cuanto a su jurisdicción compete, de la manera que se confiere a un comisario de provincia, hasta para dar hábitos, por causa de que, para visitar la provincia, se ausenta a quinientas y más leguas de distancia, por ser la provincia la más dilatada que tiene la religión, como en su lugar veremos; también se me dio la comisión para visitar dos conventos de Recolección y el de la ciudad de Santa Fe.

En la congregación, fuimos los sobredichos continuados en la cátedra, sin novedad alguna, no perdiendo la ocasión de predicar algunos sermones; y uno de los que yo prediqué, fue el de los santos patriarcas, que corre impreso a instancia y por diligencia de algunos caballeros muy apasionados y favorecedores, que quisieron hacer mi ignorancia patente a todo el mundo, pues entonces conocí, y ahora conozco, que no tenía especie alguna que mereciese estamparse.

Cuando se celebró la congregación, ya me hallaba con una patente del muy reverendísimo padre Comisario General del Reino, para que visitase generalmente la misma provincia, convocase y presidiese el futuro capítulo, en atención a que esta provincia del Paraguay tiene una bula de Su Santidad, dando facultad a los prelados generales para nombrar visitador de la misma provincia por los muchos costos que tenía antes en traerlos de extraña. Esta provisión y providencia de la visita, tuve oculta, como convenía, para tiempo oportuno. Ya es costumbre que concluidos los dos años del gobierno del padre Provincial, expide comúnmente sus letras patentes circulares el visitador; y pareciéndome que si esperaba a hacer esta diligencia en Buenos Aires, no podía visitar toda la provincia personalmente; porque para sólo ir y venir a la gobernación del Paraguay, necesitaba más de ocho meses, me pareció subir a dicho país antes que llegase el tiempo de abrir la visita, para que, hallándome en aquel extremo el 21 de marzo de 53, en que me pertenecía poner en práctica mi comisión, según la costumbre, pudiera a los tres meses de entrada mi año, hallarme con la mitad de la provincia visitada y sin dificultad para visitar por mí mismo el resto de ella. Y con efecto, como lo pensé, así lo hice. Manifesté mi patente al padre Provincial: la obedeció como debía; le pedí el sello de mi oficio, y habiendo tomado testimonio de quedar ejecutadas estas diligencias que la ley previene, dispuse mi marcha; la que, con todo su puntualísimo diario, se verá en el derrotero siguiente.

SEGUNDA PARTE

Derrotero y diario del viaje que hice al Paraguay a las reducciones de su jurisdicción y regreso a Buenos Aires

Antes de entrar a dar cuenta de las particularidades que corresponden a un diario, será bien que se forme un tal cual concepto del asunto principal que ha de servir de pábulo a tan menuda narración.

Debe advertirse que la religión tiene en estas partes del Perú, una provincia, que, en las leyes de ella comúnmente se llama la del Paraguay; mas por estas partes suelen más de ordinario nombrarla provincia del Tucumán, y algunos provincia de Buenos Aires. Para evitar toda equivocación, de algunos años a esta parte, se intitula *Provincia del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata*, por ocasión de comprender en sí esas tres gobernaciones y capitanías generales que también es muy común llamarse provincias.

Esta provincia tiene a su cargo 15 conventos, un hospicio y once pueblos de indios, en los cuales los prelados tienen aquella jurisdicción que por bulas pontificias y cédulas reales les es concedida, como que los curas y sus compañeros son religiosos presentados por el prelado regular, y nombrados o elegidos por aquel en quien reside el patronado real, que regularmente son los gobernadores.

Esta provincia es, sin duda alguna, la más dilatada que tiene toda la religión de nuestro seráfico padre San Francisco, por lo que necesita un prelado, si ha de visitarla toda, más de un año, y para ello tendrá que caminar mucho más de dos mil leguas, como podrá sumarse al fin de mi diario, el que, sin duda alguna parecerá muy menudo; pero atendiendo a que yo lo voy formando, ya por divertirme, ya por lanzar la ociosidad de algunos ratos que le sobran al día, los que regularmente se ocupan en conversaciones inútiles, y ya finalmente porque en algún tiempo me pueden servir las cosas notadas en él, por muy frívolas que parezcan; por esto, pues, apuntaré con puntualidad, todo aquello que yo conozca conducente a los expresados fines.

No fuera despropósito formar en esta plana un mapita en que apareciesen todos los conventos y reducciones de esta provincia, según las mismas situaciones y altura en que se hallan; pero lo omito sin violencia, porque apenas hay pared en que no se vea algún plan de la América, en el cual se averigua todo, sin otro trabajo que el de coger un compás, si acaso sabe manejarse.

CAPITULO I

Salgo de Buenos Aires por tierra, hasta los Arrecifes, o el convento del Rincón de San Pedro. Refiérese el resto de la navegación hasta la ciudad de Santa Fe y dase noticia de los indios payaguás

Habiendo practicado las diligencias que quedan referidas al fin del capítulo último del precedente diario, elegí antes de salir a mi visita, los que habían de ser de mi familia. Despaché patente de secretario al reverendísimo padre lector jubilado fray Antonio Mercadillo, que a la sazón se hallaba guardián del convento grande de Córdoba, quien, con mucho deseo de acompañarme, renunció la guardianía y admitió el cargo de secretario, aunque por varios accidentes que por entonces le acometieron, no pudo acompañarme en la dilatada peregrinación del Paraguay, por lo que cargué con todo el trabajo que se ofreció, sintiendo siempre la enfermedad del secretario, porque era sujeto que si viniese en mi compañía, podía con entera satisfacción entregarle todo el gobierno.

Elegí para mi escribiente al padre procurador fray Nicolás Palacio, religioso habilísimo y muy honrado. Le advertí lo que debía hacer y le previne que jamás despachase carta, auto, patente ni providencia alguna, de que primero no me dejase copia en el registro a que respectivamente pertenecía cada una providencia; y que aun de aquellas cartas de mera correspondencia y que parecía importar nada, dejase apunte, notando la fecha, y expresando en suma lo que contenía dicha carta, bien entendido que si en ella hubiese una

cláusula de oficio, ya debía quedar copia de toda la carta entera. Parecióle mucho trabajo; mas para eso le advertí que en cada un convento ocupase en escribir el religioso o religiosos que le pareciere, como no fuese en aquellas cosas que pedían secreto y cautela. Le tomé asimismo el juramento de fidelidad que la ley manda, porque le hice prosecretario.

Elegí para compañeros a dos religiosos legos. El uno era fray Miguel Maximiliano, el otro fray Francisco Quintana. Previne a todos juntos que en los conventos habíamos de seguir la vida común de los demás religiosos, en cuanto hubiese lugar; que no me tuviesen estrecha comunicación con religioso alguno; que no permitiesen que alguno entrase en mi celda sin estar yo en ella; que jamás llegasen a la mesa donde estuviesen los papeles; que en ningún convento pidiesen al guardián cosa alguna en mi nombre, ni para la celda; y que cuando alguna cosa se ofreciese, me avisasen primero; que por motivo alguno, jamás recibiesen cosa que les fuese dada por algún religioso o seglar, y finalmente, que si en alguna ocasión oyese en la celda cosa de secreto, no la propalasen con sujeto alguno, y que en cualquiera cosa de las dichas no admitiría parvedad de materia, sino que en el punto en que averiguase haber defectuado en lo que les acababa de prevenir, los separaría irremisiblemente de mi compañía. Así lo creyeron ellos, y así sucedió con el primer lego que se ha nombrado, a quien despaché en el Paraguay de mi familia, por haber recibido una cosa de poca entidad, por haber concurrido a celda de un religioso a beber aguardiente o mistela, y por otras cosas de poca monta, que, aunque parecían venialidades, yo soy de opinión que para poder el prelado corregir y reformar lo que convenga, ha de ser el primero que con su familia viva con una moderación religiosa, y así debe tener una conducta irreprochable.

Hechas las referidas prevenciones y todas las demás que para un decente viaje son necesarias, dispuse cantar una misa este día tercero de noviembre a la Virgen Santísima del Pilar, de cuyo convento salía y a quien, en su misma santa, apostólica y evangélica capilla de Zaragoza, tenía elegida por la patrona de todas mis tareas, trabajos y peregrinaciones. Era este día el de los innumerables mártires de Zaragoza, de quien en la Recolectión de Buenos Aires se reza con oficio doble, por haber en él una reliquia insigne de una capilla, que como el fundador de esta casa fue de Zaragoza (don Juan de Narbona), solicitó por todos medios que en este convento se venerasen las glorias de su patria. Habiendo puesto pues esta reliquia en el altar, se cantó por la mañana una misa con la mayor solemnidad que se pudo, por el mejor viaje que me conviniese; y en la felicidad con que anduve los caminos y finalicé mi oficio, se conocerá haber tomado María Santísima y los numerosos mártires muy a su cargo el favorecerme.

Dispuse que fray Miguel Maximiliano quedase a embarcar todo lo necesario, y que cuando el barco saliese del puerto, se fuese en él hasta el Rincón de San Pedro, donde todos nos embarcamos para seguir el viaje. Hice que para el mismo oficio quedase el prosecretario, y con sólo fray Francisco Quintana, me puse en camino, llevando dos mozos para el cuidado de los caballos, porque por acá no hay donados que lo hagan como en España.

Este día tres, caminamos cuatro leguas, hasta el paraje que llaman la costa de San Isidro, que es lo más delicioso que tiene Buenos Aires, por la multitud de quintas que hay sobre la barranca del río. Me hospedé en casa del capitán don Fermín de Pesoa, amigo mío, y en esta casa estuve hasta el día ocho, en que llegó el comisario de los Santos Lugares con carreta, toldo o tienda de campaña, caballos y cuanto era necesario para conducirnos con alguna decencia y comodidad hasta el Rincón de San Pedro.

Este día ocho por la tarde, salimos a pasar el río de las Conchas, y quedamos a hacer noche en lugar próximo a la estancia de don Pedro López, donde habiendo parado muy temprano, por distar sólo tres leguas de la quinta de Pesoa, se hizo muy buena cena, y pasamos muy bien la noche, y el día siguiente enderezamos muy despacio, a pasar el río de Luján, que dista cinco leguas de donde hicimos noche, y aquí permanecemos todo el día diez, por estar el tiempo tormentoso, y no tener precisión alguna de apresurar el viaje.

El día once, en que ocurre la fiesta de San Martín, patrón de la ciudad de Buenos Aires, dije misa en una capilla de María Santísima del Pilar que está inmediata al mencionado río, y luego caminamos cinco leguas, hasta la estancia de don Antonio Lagos. Aquí fue la primera vez que vi una cosa muy extraña, y es ésta: Acababa de nacer un pollino y en la misma noche había parido una yegua; quitaron el cuero al potrillo y dentro de él envolvieron, o como por acá dicen, *retobaron* al jumentillo. Hecha esta diligencia, lo aplicaron a la yegua, quien con sólo el olor del cuero de su cría admitió al borrico, le dio leche y le cuidaba como a su propio hijo. Criado en esta forma ya el borrico, no se junta con los de su especie, sino que siempre anda con las yeguas, de las que usa para la generación y procreo de mulas, no siendo posible que esto se consiguiese con el cuidado y diligencia que en España se practica para ese efecto, por haber por acá hombres que tienen dieciséis, dieciocho y veinte mil yeguas, entre las cuales andan diversas manadas de jumentos criados en la forma dicha.

Los días 12 y 13 caminamos diez leguas, hasta la Cañada Honda, donde encontramos el donado de los Santos Lugares que conducía a Buenos Aires la limosna que había recogido por su jurisdicción, que se reducía a quinientas cabezas de ganado vacuno, doscientos caballos y algunas mulas. El día 14 anduvimos cinco leguas, hasta la estancia del maestro de campo general don Juan de San Martín, que está situada sobre el río Arrecifes, el cual se vadea por este paraje y llámanle el Paso de las Piedras.

Paréceme que es este lugar oportuno para referir el modo con que suelen pasarse algunos ríos en estas partes, en que regularmente faltan puentes y tienen grandísimas avenidas. Y digo ser este lugar oportuno para referir esto, por ser éste el río primero que pasé en la forma que luego diré.

El año de 1752, por el mes de febrero, hallándose el padre provincial fray Antonio de Rivadeneyra, en la ciudad de Córdoba, me despachó comisión para que visitase algunos conventos, y entre ellos era uno el de la Recolección del Rincón de San Pedro. Caminaba para él, llegué a esta estancia del señor San Martín, y era tanto lo que este río Arrecife había crecido, que tenía muy cerca de una legua de ancho. No había embarcación alguna, conque fue preciso valernos de una pelota, que es lo que para pasar un río han discurrido

los naturales. Hácenla de un cuero de vaca o de toro, cogiendo las puntas por las cuatro esquinas, hasta dejarlo en esta forma)=(, y en aquel poco de plano que queda en medio, se pone todo el recado de montar, y luego sobre él se sienta el pobre navegante sobre sus mismos pies, casi arrodillado. De una de las esquinas de la pelota, prenden una cuerda: échase un mozo a nadar con toda suavidad, y sin mover oleaje alguno con el movimiento de pies y manos, va nadando y tirando aquella debilísima embarcación de aquella cuerda, que prendió con los dientes. Quien se embarcó en ella ha de pasar sin hacer el más mínimo movimiento, porque a cualquier vaivén, se fue a pique. Primero que yo pasase el mencionado río Arrecife, en esta ocasión, pasó el padre lector de Artes fray Antonio Cardia, que iba de secretario, y fue tanto el miedo que le sorprendió de verse en medio río, sobre un cuero, que temí no fuese causa su temblor que la embarcación se fuese a pique. Adviértase que para pasar los ríos de esta manera, se busca regularmente la parte más estrecha y menos rápida. Nosotros subimos una legua más arriba del paso ordinario, donde el agua estaba bastante encajonada. He referido esto para que en adelante, cuando se diga haber pasado algún río en pelota, se entienda por lo mismo que es haber pasado en dicha embarcación.

En la segunda ocasión que lo pasé, pudieron rodearlo muy bien los caballos; y otra vez que se me ofreció, y fue la tercera, lo pasé en una canoa, que es un palo solo, cóncavo, en cuyo hueco se embarcan tres o cuatro hombres, y en otras canoas también veinte; y aunque es lo regular usar de remos para que naveguen, mas en la ocasión de que ahora hablo, la tiró un caballo que pasó el río a nado, llevando la canoa amarrada a su misma cola. Ésta es embarcación más segura, porque nunca se va al fondo.

Continuando ahora nuestra derrota, digo, como el día 5 de noviembre llegamos al Rincón de San Pedro. Actualmente se está fundando un convento de Recolección, distante del dicho Arrecifes cuatro leguas y situado sobre la misma barranca del Río de la Plata, que por este paraje se llama Paraná, cuyo nombre conserva hasta su oriente, que lo tiene en el Brasil de los portugueses, distante de Buenos Aires más de seiscientas leguas.

Estaba este convento del Rincón de San Pedro, muy a los principios: vivían los religiosos en unos ranchitos de paja, con grave incomodidad; aunque ya hoy siendo Dios servido, se va edificando, y hay bien fundada esperanza que será uno de los mejores conventos que tendrá esta provincia. Está, como se ha dicho, sobre el río, en un bastísimo despoblado: mantiéñense los religiosos de la limosna que se recoge en las estancias de aquella comarca, que son muchas, y del pescado, de que el río es abundantísimo.

Por no ocasionar pues mayor incomodidad, dejé orden para que, en pasando noticia de que el barco llegaba, me avisasen, y pasamos mi compañero y yo a hacer tiempo a la estancia de don Antonio Rodríguez, distante del convento cuatro leguas, donde había capilla para decir misa y todas providencias para vivir con conveniencia, y sobre todo concurría el grande afecto que siempre había merecido a los señores de la estancia, y en esta ocasión lo experimenté largamente. Detúveme en ella veinte días, y no faltaba aquella diversión que puede ofrecer el campo. Una de las mayores fue ver un día en una ensenada que hace el río, encerradas dieciocho mil yeguas, y más de la mitad de ellas con sus crías. Habían recogido este ganado de todas las tierras de la estancia, que son siete

leguas, a fin de matar algunos caballos enteros (que por acá llaman baguales), para que las yeguas con esta diligencia procreasen mulas, quedando con los borricos. Con efecto, mataron en dos días, más de doscientos hermosísimos caballos y vendieron cinco mil yeguas a dos reales y medio cada una. Tienen poca estimación por la multitud que hay. Vi también en diversos días matar dos mil toros y novillos, para quitarles el cuero, sebo y grasa, quedando la carne por los campos. El modo de matarlos es éste: montan seis o más hombres a caballo, y dispuestos en un semicírculo, cogen por delante doscientos o más toros. En medio del semicírculo que forma la gente, se pone el vaquero que ha de matarlos; éste tiene en la mano un asta de cuatro varas de largo en cuya punta está una media luna de acero de buen corte. Dispuestos todos en esta forma, dan a los caballos carrera abierta en alcance de aquel ganado. El vaquero va hiriendo con la media luna a la última res que queda en la tropa; mas no le hiere como quiera, sino que al tiempo que el toro va a sentar el pie en tierra, le toca con grandísima suavidad con la media luna en el corvejón del pie, por sobre el codillo, y luego que el animal se siente herido, cae en tierra, y sin que haya novedad en la carrera, pasa a herir a otro con la misma destreza, y así los va pasando a todos, mientras el caballo aguanta; de modo que yo he visto, en sola una carrera (sin notar en el caballo detención alguna), matar un solo hombre ciento veinte y siete toros. Luego, más despacio, deshacen el camino y cada un peón queda a desollar el suyo, o los que le pertenecen, quitando y estaqueando los cueros, que es la carga que de este puerto llevan los navíos a España. Aprovechan, como se ha dicho, el sebo, la grasa y las lenguas y queda lo demás por la campaña.

Una de las cosas que más prueban la sanidad de Buenos Aires y su jurisdicción, es no engendrarse diversas constelaciones, pestes y enfermedades, porque el ganado que de todas especies queda muerto por los campos, no tiene número. Sólo para la ciudad matan quinientas vacas cada una semana, a las cuales degüellan, regularmente, cerca de las casas. Jamás de éstas se recoge la sangre, cabeza, pies, hígado, bofes, ni otra alguna cosa del menudo, sino que todo queda allí donde mataron la res, y sólo esto bastaba para constituir un temple fatalísimo, si no tuviera contra, y en su felicidad, el viento, el que, sobre ser sanísimo, jamás cesa. De manera que hoy hace cuatro años y algunos meses que estoy en Buenos Aires y no he visto que el viento haya calmado totalmente por espacio de dos horas, ni creo que jamás ha sucedido; y sólo en esto parece que puede consistir lo sano del temperamento, en medio de las nulidades referidas.

En ver, observar y contemplar lo referido, se me pasaron los veinte días que mediaron desde 17 de noviembre hasta 7 de diciembre, en el que por la tarde me hallé con una carta del padre Guardián, en que me suplicaba pasase a predicar el día siguiente de la Concepción, que es titular de aquel convento, porque les había faltado el doctor don Francisco Goycochea, que estaba encargado del sermón; y juntamente me participaba, cómo, en el Baradero, se había divisado el barco en que yo debía navegar, y que no interviniendo algún contratiempo, llegaría dentro de dos días.

Con esta noticia, me despedí de los señores, y el 7 por la tarde me retiré al convento; prediqué el siguiente día; y el día 12 llegó el barco a un puertecillo que hay contra el mismo convento, y con él todo el resto de familia. El 13 nos ocupamos en cargar algunos bastimentos de refresco, y por la noche quedamos todos embarcados; y el 14 por la

mañana, al rayar el alba, nos hicimos a la vela. Calmó el viento a las 17 del día, y permitiéndolo el calibre de embarcación, navegamos hasta la tarde con veinte remos, y tomamos puerto en la costa del sur del Paraná, en lugar paralelo con el paraje que llaman Las Hermanas, distante de San Pedro, doce leguas. Aquí me mostró el baqueano un árbol que llaman *ceybo*, que, como todos los demás, da su respectiva flor y produce después de ella unos botoncillos que al parecer encierran alguna fruta, pero cuando llega el tiempo de abrirse, sale de cada uno un tábano, y no es decible lo que molestan a los pasajeros en esta navegación.

Podrá alguno ignorar el significado de aquella palabra *baqueano*; y así es de advertir que cualquiera que en esta parte sirve de guía o práctico de la tierra, llaman con ese nombre, y en el río lo es el que da el rumbo y manda las maniobras de velas en la embarcación, y finalmente el que hace el oficio de piloto, y no se llama así, porque en realidad ignoran todo lo que conduce a la ley de pilotaje y su profesión, respecto de que ni se observa el sol, ni se gobierna por la brújula, sino por el conocimiento de la costa del río que siempre está a la vista. Regularmente el baqueano suele ser indio, y sólo ellos cogen el tino a las innumerables vueltas que tiene. Sucede haber en algunas partes doce a catorce islas y se ve que el río tiene otros tantos brazos, y rarísima vez se ha visto que el indio deje de enderezar por aquel que a la sazón es navegable, conociendo en el agua cuál brazo trae más fondo. Hasta este paraje crece y mengua con el viento: crece cuando el viento es del mar, porque entonces no puede desaguar con libertad, y crece el agua por espacio de ciento treinta leguas; y mengua cuando el viento es de tierra, porque ya entonces en la boca del río no tiene su curso la contraposición de las olas que le impida su libre y desahogado ingreso. En todo lo restante del río, crece y mengua con las avenidas y grandes secas, como los demás.

Día 15 no tuvimos viento alguno, pero se navegó con veinte y dos remos, y afligiéndonos bastante el calor, salimos a tierra, y, tomando alguna ventaja al barco, nos bañamos todos los religiosos, estando dos soldados de guardia a vista de nosotros por los muchos tigres y leones de que abundan estas islas, que por este paraje todavía las hay muy buenas; porque por aquí conserva el río cinco leguas de anchura. La noche antecedente se apartó de la gente un perro que venía en el barco, y a vista de todos cargó un tigre con él; por la noche tomamos puerto frente a la estancia que llaman del Tonelero, habiendo navegado este día solas siete leguas.

El día 16 navegamos todo el día con viento sudeste favorable; y a las tres de la tarde era tan recio y fuerte, que fue necesario aferrar toda vela; pero antes de hacerlo, y llevando el barco un violentísimo curso, dio en un banco de arena, y si no se hubiera quitado la vela con la mayor brevedad, sin duda alguna se volcara la embarcación. Sacose el barco de aquella barra con poco trabajo, y navegamos a palo seco, sin vela alguna, hasta las diez de la noche, en que amarramos con toda seguridad el barco en los árboles de la costa, después de haber navegado este día veinticinco leguas.

Muy por la mañana, el día 17, echamos vela y navegamos con viento sur muy escaso. Fuimos viendo las diversas fortalezas que había sobre la costa, para defenderse los estancieros de los indios del río, que son los *payaguás*, quienes, fuera de lo que

acostumbran, bajaron hasta ese paraje el año de 45, y una mañana dieron fuego a algunas estancias y mataron a todos sus dueños y familias, que estaban bien descuidados, porque jamás habían pasado estos indios de la jurisdicción de Corrientes para abajo, que dista de ésta, donde hicieron el estrago, más de ciento veinte leguas.

Son estos indios payaguás, atrevidísimos; es su continua morada en el agua; navegan en unas canoas velocísimas; van en cada una cinco o siete hombres; son sumamente traidores, y los que tienen en su continuo cuidado a los navegantes de este río, dejan siempre sus familias en las costas, y no se apartan mucho del agua, porque en tierra son tan cobardes como en el río valientes. No puede explicarse su destreza para nadar. Días enteros están sin salir del agua; pescan a brazo, y hay en ellos que se empeñan en seguir los peces más veloces. Andan enteramente desnudos; son deshonestísimos; cuando se ausentan de sus mujeres llevan un hombre destinado con quien se entregan torpemente a la sodomía; llaman a este hombre *mariatebí*, cuyo significado, en nuestro idioma castellano, no puede pronunciarse sin vergüenza. Aunque tengan jurada la paz, no puede fiarse de ellos, y así cuando a una embarcación de españoles, le salen ochenta o cien canoas, es necesario no permitirles que se atraquen al barco, porque si llegaron a él, no hay remedio. Tienen lanzas y flechas, dardos y macanas, y las juegan bellísimamente; pero temen mucho, como todos los indios, a las armas de fuego; y así a la primera canoa que hace ademán de acercarse a la embarcación, sin licencia, es necesario dispararle, y no dejan de insolentarse, si se yerran los primeros tiros.

Si en el agua, por razón de alguna tormentilla, se vuelve su canoa, la alzan en los hombros, con la quilla para arriba, y cuando ya está fuera del agua y vaciada la que tenía dentro, la dan vuelta en el aire y la dejan en su postura ordinaria. Es imperceptible el modo cómo pueden hacer esfuerzo, ni usar de la fuerza necesaria para esa faena, sin hacer pie en tierra, ni fuera creíble si no se viera a cada instante. La misma admiración causa ver que cuando se apoderan de un barco, vayan algunos de ellos con hachas a la quilla de él, y la quebrantan a golpes, y más fácilmente lo hacen con una tabla, logrando de esta manera el naufragio, sin que casi puedan ser ofendidos, porque, como está bajo del agua, no se ven.

Cuando el río crece, suele traer con sus corrientes muchos leños, árboles enteros y muchas yerbas enlazadas; particularmente bajan algunas que llaman *camalote*. Es una mata, al modo de los vástagos de las calabazas; pero tan grande y con tantas ramas, que suelen esas yerbas, bajando por medio del río, ocupar más de veinte varas en cuadro sobre la superficie del agua; y como sus canoas son de tan poco bordo que no pasa de dos dedos fuera del agua, pueden con facilidad ocultarse bajo de aquellos camalotes y dejarse venir con la corriente del agua. Muchas veces ha sucedido; y como pueden muy bien dar el rumbo a toda aquella armazón con poca diligencia hacia los barcos, suelen llegar a ellos sin ser sentidos; y estando inmediatos, se enderezan, arman su gritería y confusión, y como logren alguna turbación en los españoles, ya los vencieron.

Son todos ellos de gallarda estatura, pero feísimos de cara como el mismo demonio, y aféanse más con diversos colores que ponen en ella. Traen también pendiente del labio bajo, un pito de plata, y para eso hacen un agujero en dicho labio, cuando son muchachos.

Desde entonces los inclinan al agua, y en naciendo, inmediatamente los lavan en el río, y los crían sin cubrirlos con ropa alguna en ningún tiempo. Eran innumerables los indios de esta nación, pero se ha minorado notablemente el número de ellos con las diligencias que para ello han hecho los portugueses.

El año de 48, se introdujeron por este río hasta las minas de San Pablo, que están en el riñón del Brasil, donde, como en todas partes, hacían muchos estragos; y viendo los portugueses que habitan aquella región que, con capa de paz, cometían los más de los insultos, resolvieron pagarles en la misma moneda.

El caso fue éste: Por el mes de marzo de 48, apresaron los indios unas canoas de portugueses, robáronlas y mataron a los que iban en ellas. Por la parte del Paraguay, habían cometido otra semejante acción al principio del mismo año. Conocieron que por una y otra parte les habían de perseguir, y para evitarlo, ocurrieron al medio de que se valen en todas ocasiones. Pidieron paz a los portugueses, y condescendieron poniendo para ello dos condiciones: la primera, que habían de restituir cuantas cautivas tuviesen portuguesas y españolas, y la segunda que había de convocarse toda la nación y venir a vivir sobre la costa del río, en el que les dejarían cien leguas de espacio para su pesquería, pero que su morada había de ser en determinado paraje, donde se dedicarían al trabajo.

Admitieron ellos estos partidos, y aunque no es de creer que lo hiciesen con ánimo de permanecer mucho tiempo en esta determinación; pero en fin, por las conveniencias que ellos se propusieron, partieron en busca del resto de su nación. No quiso toda ella abrazar el partido, pero sin embargo se juntaron más de quinientos indios con sus familias a aquella parte del Brasil que habían elegido.

En el tiempo que ellos consumieron en esta diligencia, buscaron los portugueses la parte más angosta del río, y donde por ser cerca de su oriente, no era muy caudaloso, pusieron de parte a parte una reja de fierro que ocupaba desde el fondo hasta un palmo bajo de la superficie del agua, la cual habían fabricado de intento. Tenía ésta muchas puntas, al modo que suelen tenerlas las rejeras en los locutorios de las monjas; asegurada esta máquina, dispusieron varias emboscadas de botes pedreros y gente para cogerlos en medio cuando llegase el lance. Pusieron los portugueses buena guardia, y cuando ya los sintieron, esperaron que pasasen de la primera emboscada y atajaron inmediatamente el río acordonando los barcos que para ello fueron necesarios. Diéronles una carga cerrada: continuaron los indios su violenta marcha satisfechos de que los botes no podían seguirlos; dieron con la reja que no permitía tránsito a las canoas; dejáronse ver en la costa, de una y otra parte muchos fusileros, y cuando los indios vieron que los iban minorando con repetidos disparos, abandonaron sus canoas en la parte donde hallaron atajado su curso, echáronse al fondo para salir a nado en alguna distancia, pero se estrellaron contra las puntas de las mismas rejeras, y subían otra vez mal heridos. Finalmente paró el conflicto con la muerte de todos los indios.

No es buena acción matar a nadie con capa de paz; pero con esta gente, que sólo conoce la paz para cometer con más seguridad los insultos, creo que tiene disculpa el hecho de los portugueses, y más cuando esto se funda en una dilatada experiencia de más de

doscientos años, en los cuales, no se sabe que un solo indio de esta nación se haya convertido. Otras muchas naciones de bárbaros hay por la costa que son indios de tierra, de que en su lugar hablaremos.

Volviendo ahora al orden del diario, digo, que los días 18 y 19 navegamos sin novedad hasta la boca del río Salado, por el cual, si tuviese suficiente agua, debíamos entrar hasta la ciudad de Santa Fe, mas no había la que era necesaria, y así dimos allí fondo con ánimo de permanecer en esa ciudad hasta que pasase la pascua de la Natividad del Señor.

CAPITULO II

*Entramos en la ciudad de Santa Fe. Experimentase la virtud del diente del yacaré.
Demora en esta ciudad hasta el día 29*

Ya tengo dicho al principio de este derrotero, que donde ocurra motivo de alguna digresión, no la omitiré, y así referiré, antes de entrar en la ciudad, un experimento que se hizo en la mañana del día 20, mientras se esperaba providencia para pasar a la ciudad.

Muy por la mañana, este día 20 de diciembre, despaché a uno de mis compañeros con otros seglares que a pie fueron a la ciudad, distante de donde quedaba el barco dos leguas; fueron costeano el río Salado, no sin peligro de ser pasto de algunos tigres, porque los hay en todas las cercanías de esta ciudad, y con abundancia. Entre tanto, pues, que esperábamos algunos caballos para pasar todos al convento, sucedió que uno de los peones del barco, que era indio, pudo flechar un yacaré, que es una especie de lagarto grande que regularmente vive en el agua, aunque muchas veces sale a la costa. Los mayores que yo he visto han tenido dos varas de largo.

Es común sentir en esta tierra que, llevando un hombre consigo un diente de este animal, se preserva de ser repentinamente herido de algún viento, y que juntamente tiene virtud para hacer vomitar cualquier veneno; y con efecto, los más de los naturales de estas partes traen consigo uno de los dichos dientes, sobre cuya virtud siempre estuve incrédulo; pero, hallando la ocasión de desengañarme, lo hice en la forma siguiente: puse a un perro ligado al cuello un diente del dicho lagarto o yacaré; hice confeccionar con un poco de solimán dos pelletillas de carne; di la una al perro que llevaba consigo el preservativo, y luego vomitó la carne y el veneno. Di la otra a otro perro que estaba sin él, y murió luego. Repetí la experiencia segunda vez, y sucedió lo mismo, conque me vi precisado a dar entero crédito a lo mismo que siempre tuve por fábula; y con efecto, luego determiné traer conmigo dicho preservativo, y hoy lo traigo, precisado de la utilidad que concebí con la evidencia.

Las ocho y media de la mañana serían, cuando llegaron unos esclavos del convento con suficientes caballos para conducirnos a la ciudad. Llegamos al río que la rodea enteramente, a las diez y cuarto; pasaron los caballos a nado y nosotros en una canoa que nos puso en la misma puerta falsa del convento.

Esta ciudad está situada en 31 grados de latitud Sud: su temperamento es demasiado húmedo y algo cálido: círcala por una parte el río Salado y por otra Santo Tomé, y dan entre sí tantas vueltas que vienen a hacer una perfecta isla, en que está la ciudad; de manera que ninguno entra ni sale en ella si no es embarcado, a causa de ser estos ríos profundos y no poder vadearse por parte alguna. Hasta el año de 20, estuvo siempre tan perseguida de indios infieles que estuvieron para desampararla muchas veces. Mas quiso el Señor que se hayan reducido a pueblo algunas naciones, y han podido reformarse, formar algunos presidios y cobrar asiento, de modo que hoy no tienen los indios función de que salgan victoriosos. Este año pasado de 1750, quiso el Señor que se redujesen por las armas ochenta familias de nación Charrúa, y pidieron doctrinantes de nuestra religión. Formose pueblo a treinta leguas de distancia de la ciudad, y hoy están dichos indios obedientísimos, muy instruidos en nuestra Santa Fe y en las artes mecánicas y de agricultura, y casi todos son ya cristianos, y los demás catecúmenos.

Tiene esta ciudad un teniente de gobernador, que es justicia mayor y capitán a guerra: tiene Cabildo, Justicia y regimiento. La iglesia es parroquial, con su cura y un vicario delegado del obispo de Buenos Aires. Hay conventos de Santo Domingo, San Francisco, de la Merced y colegio de jesuitas. La ciudad siempre ha sido pobre, mas estos años ganaron una real cédula para que todos los barcos que bajan de la provincia del Paraguay, se presentasen en el puerto de esta ciudad y dejasen allí la hacienda. De esto utilizan: lo primero, ciertas gabelas que se impusieron a favor de esta ciudad, y luego el comercio que allí está establecido, de yerba, tabaco y demás efectos que bajan de dicha provincia, y los que allí no se despachan, si han de venir a Buenos Aires, ha de ser por tierra, para que también los de Santa Fe utilicen el importe de los fletes. Durísima cosa es que un pobre se haya de venir con su embarcación vacía desde Santa Fe a Buenos Aires, y que, desamparando su hacienda por tierra, sobre pagar nuevas gabelas y costos de almacén, le precisen a costear su hacienda por tierra. Pero, en fin, Su Majestad lo manda así, para que pueda convalecer de los quebrantos pasados y fortalecerse para lo venidero, aunque hoy es poco lo que los infieles la hostilizan.

Dos o tres días estuve ocupado en recibir y volver visitas, que es una de las molestias de acá, porque con cualquier pretexto visitan a cualquiera prelado todas las comunidades, clérigos y cuantos se reputan por hombres de alguna formalidad, que son muchos los que acá piensan serlo. Entre otros que me visitaron, fue uno el padre Juan Francisco Aguilar, jesuita, de más de 60 años, aragonés de nación, hijo del lugar de Celadas en tierra de Teruel, hermano del párroco que había en este lugar el año de 7, a quien conocí estando yo colegial en Santa Catalina de Cariñena, en cuyo tiempo pasé a tener unas conclusiones a la ciudad de Teruel, por orden del padre provincial fray Ignacio Domínguez, y de vuelta estuve en dicho lugar de Celadas, y fue el cura quien me hospedó, que aunque entonces no hice concepto de su persona, pero después pude a este padre dar señas de su hermano, casa y algunos parientes, cuyas noticias oía con lágrimas, porque hacía cincuenta años que había salido de su casa.

Desembarazado de estas ceremonias, ocupé un día en escribir a los amigos de Buenos Aires, y los restantes se pasaron en aquella celebridad que permite el alegre tiempo de las pascuas dentro de un convento. El día 28 instó el síndico, que lo era el teniente de

gobernador don Francisco Antonio de Vera, para que pasásemos a una isla que está por la parte del leste de la ciudad, con ánimo de divertirnos en ella aquella tarde con una moderada merienda; y concluida esta función, hubo de suceder una desgracia, porque, embarcados en una canoa veinte y dos hombres, no conocimos el exceso de la carga hasta que casi no hubo remedio. Comenzó con efecto a naufragar la proa, y advirtiéndolo el peligro, dos esclavos del convento que iban en ella, se arrojaron al agua, y con el menos peso y el auxilio de éstos, que la iban sosteniendo en la forma que a nado les era posible, llegamos a la otra banda del río, en el que sin duda perecimos, si el trecho es más largo. Aquella misma tarde me despedí en la ciudad de cuantos pude: concluí de hacerlo el día siguiente, y llegó la hora de la marcha.

CAPITULO III

Pasamos al puerto que llaman de la Bajada y la demora que en él tuvimos. Cuéntase el resto de la navegación hasta Santa Lucía

El día 29 por la mañana, tomamos caballos, y penetrando la isla que media entre la ciudad y la boca del Salado, anduvimos en breve las dos leguas que hay hasta el lugar donde estaba el barco. Ocupose la mayor parte del día en pagar la gente de la tripulación y por la tarde nos detuvimos a refrescar con el reverendísimo padre fray Domingo Riquelme, prior del convento de Santo Domingo de la Asunción, que acababa de tomar el puerto que nosotros dejábamos.

Al ponerse el sol, nos hicimos a la vela, con ánimo de atravesar el río que tiene tres leguas de ancho por esta parte, aunque con algunas islas de poca entidad. Calmó el viento con el día, y tomamos los remos, trabajando contra la corriente hasta la una de la noche en que se tomó puerto en la banda del norte, y luego, el día siguiente por la mañana, entramos en el puerto de la Bajada.

Debía tomar el barco en este puerto cien fanegas de cal para el colegio de la Compañía de la Asunción. No pudo esta diligencia hacerse en breve, porque faltaron sacos. Buscáronse cueros de las vecinas estancias y se ensacó la cal en ellos, estando húmedos, y esto fue causa para que después, con el grandísimo calor que padecimos, se corrompiesen los cueros y se llenase la embarcación de gusanos, hasta que después de muchos días de navegación, nos precisó la necesidad a mudarla en otros sacos mejor acondicionados, porque peligraba la salud de todos.

Permanecimos en este puerto hasta el día 3 de enero, y no sin alguna diversión, porque teníamos una mediana música con la que todos los días se tañía en la misa, y por la tarde en la salve. De las estancias próximas a dicho puerto, nos traían gallinas, pollos, carneros, etc., con lo cual y con ser el paraje abundantísimo de pesca en que nos divertíamos, lo pasamos con mucha decencia. Aquí supe que en Santa Fe acababan de entrar dos religiosos sacerdotes que pasaban de moradores a Corrientes, quienes luego se transportaron al barco, para venir en mi compañía, conque ya fuimos siete de comitiva.

Este día 3 de enero, por la tarde, nos entró un viento sur bastante recio, con el que nos hicimos a la vela, mas luego hallamos una gran barra de arena que por espacio de media legua entraba en el río de noreste a sudoeste; conque no pudiendo servir la vela, cogió la gente el remo para costear el banco, en el que después de cinco horas encalló fuertemente, y encallados permanecemos toda la noche y el día siguiente, por causa de que el viento oprimía la embarcación contra la mencionada barra.

Día 5 a las once del día calmó el viento, y habiendo puesto el barco en franquicia, navegamos hasta un puerto que llaman de Rut, donde me encontró un correo que desde Buenos Aires me despachaba el padre Provincial sobre un asunto grave que por allá ocurría. Se atracó el barco a tierra, y hasta la tarde ocupé en responder a las cartas que me entregó dicho correo, quien me dio la noticia de haber llegado de España un navío de aviso, a cargo de don José Arrambide. Lo restante de este día, navegamos a silga y remo y también el siguiente, porque enteramente había calmado el viento.

El día 7 llegamos con viento favorable a la costa, hacia donde corresponde la última estancia de la ciudad de Santa Fe, que es del teniente gobernador don Francisco Antonio de Vera, de quien llevábamos carta para que en ella tomásemos los víveres que de refresco necesitásemos. Esta carta se remitió al capataz de dicha estancia, quien inmediatamente vino con dos terneras, seis carneros y algunas gallinas. Aquí dejé cartas para Santa Fe, y con esto entramos a navegar por la costa despoblada y desierta.

Todo el día 7 y el siguiente, nos detuvimos en este paraje, ocupándolo en hacer revista de armas, en atención a que desde aquí comienza el peligro de indios infieles que habitan las campañas que están de una y otra banda del río Paraná. De la parte del norte está la nación que llaman *charrúa*, y de la parte del sur están los *guaycurús*, *mocovís* y *abipones*, aunque estas tres naciones suelen pasar tal cual vez el río para hurtar los ganados de esta banda del norte.

El día 9 navegamos muy poco por el mal tiempo, y paramos a media tarde en el puerto llamado de Ana María. El día 10 amaneció sereno y apacible, por cuya causa nos pareció tomar el fresco y dar un paseo por la playa, respecto de que el barco navegaba a silga. Salimos a tierra todos los pasajeros, luego que amaneció, y habiendo caminado como un cuarto de legua, encontramos rastro fresquísimo que denotaba haber pasado por aquella parte una gran tropa de caballos, y en lugar inmediato hallamos siete fogones que todavía humeaban, y conocimos haber estado aquella noche acampados los indios en aquel paraje, lo cual se denotaba también en que todos los fogones estaban en línea, que es lo que ellos regularmente usan. Conocimos el peligro en que habíamos estado esta noche, y juntamente advertimos que eran indios de tierra, lo cual se manifestaba también en la caballada. Todos nos retiramos al barco, y se mandó que se navegara a remo, en proporcionada distancia de tierra, de modo que no pudiera ser asaltado el barco en alguna de las ensenadas que tiene este río.

Todo este recelo se evitó a las nueve de la mañana, en que nos entró viento sudeste, que en este paraje era por la popa, y con él pudimos tomar el rumbo por medio del río, por donde no hay el más mínimo peligro. Ninguna de nuestras conjeturas fue fallida, pues a

la hora de mediodía, descubrimos una tropilla como de veinte indios que a pie y a caballo, hacían en la playa varias escaramuzas con mucha algazara. Estaban estos indios enteramente desnudos y sin temor alguno al parecer, bien es verdad que no estaban a tiro de fusil; y aunque quisimos dispararles con sólo el fin de escarmentarlos, pero no pareció a todos conveniente la burla; porque lo cierto es que, si se empeñasen contra nosotros, pudieran darnos asalto alguna noche con mucha facilidad. Esta tarde amarramos el barco en el puerto nombrado *Cabayuquatiá* (quiere decir en idioma de los indios, caballo de muchos colores), donde paramos temprano por estar el puerto descubierta con alguna playa, donde el peligro es menos, porque no puede el enemigo abordar sin que antes sea visto. Sin embargo, toda la noche se estuvo con buena guardia, como lo requerían los indicantes. Este puertecillo está en la banda del norte del río, y para entrar en él se ha de montar un arrecife o punta, de una gran barranca que entra algún tanto al río y se monta con grandísima dificultad, de modo que en algunas ocasiones se espera viento recio para ello, porque es mucha la corriente.

El día 11, muy por la mañana, se navegó a silga y remo, por no haber viento, y a las nueve entramos en un brazo del Paraná nombrado el Espinillo. Aquí hallamos una embarcación que los naturales llaman *ytapayeré*: compónese de varios maderos ligados entre sí con sogas, abrazaderas de hierro y mucha clavazón. Hay de estas embarcaciones algunas grandísimas, de modo que tienen a cincuenta y sesenta varas de largas con correspondiente anchura. Suelen, sobre estos maderos así unidos, formar entablado que sirve de suelo a la casa que allí forman, de madera y cueros, en la que conducen la hacienda de yerba, tabaco, azúcar, etc., sin embargo de que estas embarcaciones, no se hacen para transporte, sí sólo para desarmarlas y vender las maderas de que se componían. Traen estos *ytapayerés* su proa levantada para que fácilmente puedan cortar el agua. Traen también algunos remos en la popa, más para que le sirvan de algún gobierno que para apresurar su curso, porque éste es como la corriente del agua y con el auxilio de un bote que le va remolcando.

Una de estas embarcaciones fue, pues, la que encontramos en el Espinillo, donde, por falta de agua, había encallado o varado tan fuertemente, que aun después de haberle quitado cuanta carga traía y todo aquello que podía quitarse del *ytapayeré*, sin deshacerlo, con todo eso, no podían ponerlo en franquía, hasta que les ayudó la tripulación de nuestro barco con treinta hombres, con cuyo socorro salió de aquel paraje a los veinte días que había varado, y no fue poca fortuna, pues pueden con los golpes del agua deshacerse, separando los palos, y entonces en un instante queda el dueño sin embarcación. Para no arriesgarla, es necesario navegar cuando la creciente es grande, pues entonces no hay peligro de varar. Con la gente de dicha embarcación nos detuvimos todo el día 12, y les socorrimos con alguna porción de *charqui* (carne seca), dándonos en recompensa el tabaco y azúcar que necesitábamos. Aquí dejamos algunas cartas y seguimos nuestro rumbo.

El día 13, navegamos al norte con viento sudeste, y por la tarde fue tan recio y fuerte, que nos puso en bastante cuidado, por la tenacidad con que el baqueano sostuvo su dictamen de navegar a toda vela; y con efecto, no cedió de su empeño por más que le ponderábamos el peligro, el cual era manifiesto; porque estas embarcaciones, cuando

suben a la provincia del Paraguay, van sin carga, o si la llevan, apenas puede servir de lastre, conque, si navegando el barco con toda vela, toca algún banco de arena, es fácil tenderse a una banda, especialmente siendo la tripulación inexperta, como regularmente lo es, y consiguientemente mucho tarda en cualquiera maniobra. En fin, no hubo novedad, ni tampoco por la noche, que tomamos puerto en una muy buena ensenada que hay en la costa brava, no obstante que llegó el temporal a tanto, que, a nuestra vista, arrancó muchos árboles; mas era mucho el abrigo de la ensenadita donde arribamos.

Día 14: navegamos a silga y remos, y a las tres de la tarde avistamos los indios *guaycurús*, en una isla que distaba de nosotros media legua; pero como nos entrase viento por la tarde, navegamos toda la noche al noroeste, por ser el viento suave y la costa limpia, y el día siguiente, que fue el 15, se navegó a remo, porque ya el viento había calmado. Muy por la mañana vimos grande humareda en *Cambanupá*, (quiere decir, negro azotado) donde la tarde antes habíamos visto los indios. Esta noche tomamos puerto en la costa de los Naranjos. Día 16: se navegó alternando con la silga y remo hasta las onces de la noche, que tomamos puerto en los Bateles. El 17 tuvimos viento sudeste que servía muy bien, pero todo se erró, porque dejando el río, tomamos un brazo de él, llamado *Cazaguataig*, y cuando ya los concluíamos, y estábamos para entrar otra vez en la madre, hallamos una barra de arena que para montarla fue necesario que se quitase al barco la mitad de la carga, la que se sacó a la costa, hasta que después de haberla montado, se volvió a cargar, en lo que empleamos todo este día. Día 18: tuvimos viento sudoeste hasta las diez de la mañana, pero de repente se cambió al norte, y fue tan recio que nos tuvo atracados contra la tierra hasta el día 24. Aquí en este paraje llamado *Yaguareté-ñaró*, que quiere decir tigre bravo, está la costa del norte con muchos bajos, bancos y barras que entran hasta más de medio río, por lo que es preciso hacer siempre una travesía a la costa del sur, para la cual se ha de esperar, o una calma muerta, para que pueda trabajar el remo o viento alguno de los dos cuadrantes que hay de norte a sur por la banda del este. Sin embargo de estar el viento casi de tormenta en esos seis días, nos probamos varias veces a hacer esta travesía y nunca pudo lograrse; pero hubiéramos logrado la mañana del 24 mejorarnos de puesto, si no lo hubiera impedido un acaso, y fue éste:

Nos hallábamos esa mañana, después de algunos bordos, en la mitad del río y en el extremo del último banco, muy próximos para poder tomar la otra costa del sur; y como la gente no se atreviese a concluir la travesía con el remo, por la mucha corriente, ni el viento que ya era noroeste y estaba por la proa, no diese lugar, nos pareció clavar una estaca en el mismo banco, que tendría sólo una vara de agua, y amarrar bien el barco a dicha estaca, para lograr cualquier buen tiempo que entrase: mas al mismo tiempo que estaba toda la tripulación en el agua haciendo esta faena, vino una ráfaga de viento más fuerte, que rompió el cable, y quedando toda la gente en tierra, o en aquel banco, salió el barco río abajo con la corriente. Éramos en el barco siete religiosos, tres indias, el dueño del barco, que era un viejo, y un mocito sevillano, conque hasta las indias viejas se vieron precisadas a tomar el remo, y yo cogí el timón; pero eran tan inútiles para bogar que no pudimos atracarnos a tierra hasta haber hecho una legua y media de camino; y para esto fue necesario poner el trinquete hasta medio palo, porque con el remo no era posible industrializarlos a un fructuoso trabajo.

No paró en esto la desgracia; porque como la gente se hallase en el agua y distante cerca de media legua de la tierra, sólo podían salir a ella los que supiesen nadar, porque había entre los mismos bancos, o entre ellos y la tierra algunos pozos donde no se hallaba el fondo: conque fue preciso que los nadadores saliesen primero; y habiéndolo hecho así, introdujeron a los demás algunas maderas o vigas en que pudieran tomar la costa, por la que bajaron todos en busca del barco cuyo paradero ignoraban, porque no nos vieron tomar puerto, aunque luego procuramos encender cantidad de leña para que por el humo supiesen el lugar donde estábamos, adonde llegaron muy tarde, cansados, hambrientos y cuidadosos por el peligro de indios y tigres, que de unos y otros abunda la costa, y no dudo yo que los indios estuviesen observando todo cuanto sucedió, porque en la opuesta costa del sur, se veían a trechos algunas humaredas que forzosamente habían de ser de sus fogones. Los que el día siguiente pudimos examinar despacio, porque habiendo hecho la travesía con viento sureste que sirvió en popa, arribamos al mismo paraje donde el día antecedente vimos el humo, y observamos que había dos cables amarrados todavía a las estacas, y cortados por la parte que correspondía al bordo del barco; conque conocimos evidentemente que algún barco había picado las amarras para hacerse al agua, por ocasión de haber visto los indios muy de cerca o con ademanes de asaltar.

Este día, que fue el 25, tuvimos viento solamente para la travesía, y habiendo calmado, tomamos la costa del sur, a remo y silga, navegando al norte fijo; y dejando el río Paraná, entramos por un brazo de él, y a las nueve del día llegamos a Santa Lucía la vieja. Éste es un paraje donde años pasados estuvo fundado un pueblo de indios, sobre la misma costa del río; y por las continuas invasiones y asaltos de los indios payaguás, fue preciso mudar el pueblo dos leguas más adentro, donde hoy está. Aquí nos desembarcamos y estuvimos en el sitio donde el pueblo estuvo; todavía hallamos higueras, naranjos y limones con muy sazonado fruto. Es país deliciosísimo, y estaba esta población en una encrucijada que hace el río Paraná y el de Santa Lucía, que en este paraje se juntan. Aquí pasamos hasta el día siguiente a mediodía, y por la tarde fuimos al puerto nuevo que corresponde a la nueva población.

Llegamos a dicho puerto a las once de la noche, y en esa misma hora salió un peón a avisar al padre Cura de que estaba en el puerto su visitador (está este pueblo a cargo de nuestra religión), quien, habida esta noticia, inmediatamente partió al puerto, y llegó a él cuando amanecía, con bastantes indios y caballos para conducirnos al pueblo. Fuimos allí, mi escribiente, un religioso lego, el dueño del barco y yo, con ánimo de pasar a Corrientes por tierra, si el camino no estuviese contaminado de los indios charrúas, como suele estarlo de ordinario.

Habiendo descansado un rato, llamó el cura al bombero del pueblo. Por bombero debe entenderse un explorador a cuyo cargo está salir a correr el campo y traer las noticias de si hay indios enemigos por las cercanías. Preguntado pues el indio, respondió que aquella mañana acababa de llegar, y que habiendo reconocido hasta cuarenta leguas de distancia, en un semicírculo que había formado por la banda del sur de dicho pueblo, no había encontrado otra cosa que cuatro caballos cansados, que notoriamente se conocía ser de los indios, porque ni tenían señas de haber estado jamás ensillados ni heridos de espuelas, ni con otra alguna señal que indicase ser de gente reducida; pero que no había hallado

resto de otra cosa, y que, aunque en la antecedente salida, se había hallado con el bombero de los charrúas, y le había dicho que en toda aquella luna habían de invadir las estancias de Corrientes, pero que debía suponerse que no era así, porque la tropa de Santa Fe había salido en busca de estos indios charrúas, por un robo que habían hecho cerca de la Bajada, y que era cierto estar ellos ocupados por esta causa en retirar sus familias tierra adentro, como de hecho fue así, como después supimos.

Con esta noticia y reflexiones de nuestro bombero, determinamos tomar el camino de tierra y que el barco caminase a su rumbo. Participose este aviso, y quedamos descansando hasta la tarde. Está este pueblo en muy buen paraje, y todo él murado, para defenderse de los infieles. Tendrá como cuarenta familias, todas criadas en buena política, de la misma manera que luego diremos de los demás pueblos. Son de nación charrúa, y algunas familias son guaycurús, y siendo dos naciones muy distantes, se han unido lindamente. Fundose este pueblo con los ascendientes de los que hoy lo habitan, el año de 1642. La habitación del cura y compañeros, la iglesia y oficinas, forman un conventillo muy aseado y con buena clausura.

CAPITULO IV

Caminamos por tierra hasta Corrientes y describese esta ciudad y su territorio. Paso al pueblo de Itatí y dase razón de este pueblo. Vuelvo a la ciudad de Corrientes para embarcarme y seguir viaje

Habiendo pues descansado todo este día, y despachado orden al barco para que navegase, nos pusimos en viaje al ponerse el sol, y caminamos como unas cinco leguas hacia el nordeste, con ánimo de cenar en unas salinas que tiene el pueblo en esa distancia. Serían las nueve y media cuando llegamos a ellas, donde encontramos unos treinta indios con el padre compañero del cura, que estaban haciendo sal. Refrescamos un poco, y serían cerca de las once cuando salimos de este paraje y fuimos toda la noche a buen paso, caminando al norte.

Tres indios nos acompañaban y llevaban doce caballos por delante para mudar donde se ofreciese. Amanecimos en el paraje que llaman las Garzas, que son unos bosquecillos o montes donde paramos como una hora. Encendióse fuego y tomamos cada uno el desayuno que le pareció. Luego continuamos el camino, habiendo ya mudado de caballos, y fue preciso correr una media posta, porque apretaba el sol. A las ocho y media llegamos a la primera población de Corrientes, que es una estancia en el pago que llaman Ambrosio, cuyos moradores eran recién venidos, porque dos años antes habían los indios asaltado todo este paraje y muerto casi todos los que habitaban en él. Pero no obstante, con sólo haber llegado a este ranchito, nos pareció estar ya seguros. Dispúsose en él una buena comida y dormimos más de seis horas, porque la caminata de la noche antecedente fue de diez y ocho leguas.

Poco antes de ponerse el sol, montamos a caballo y luego que se hizo de noche llegamos a San Lorenzo, que años pasados fue pueblo de indios reducidos y estuvo siempre al

cargo de nuestra religión; pero, fueron tan repetidos los asaltos de los indios infieles, que acabaron con todos los naturales, y últimamente en una mañana mataron a algunos que habían quedado, que con su cura se habían refugiado a la iglesia. Todavía se ven los vestigios de las casas y alguna porción de iglesia y mucha porción de teja arrimada a unos árboles, con algunas maderas; y permanece así mismo una bellísima arboleda de limones sutiles y naranjos. Cerca de aquí hay un rancho donde habitan tres o cuatro mestizas, cuyos maridos tienen a su cargo cuidar una hacienda que está por aquella parte. Estaban a la sazón solas en sus casitas, y persuadidas, cuando oyeron el ruido y galope de nuestros caballos, a que éramos indios infieles, se huyeron todas y escondieron en un gran campo de maíz que había próximo, de modo que un gran rato fuimos dueños de la casa, hasta que ellas oyeron hablar español y vinieron. Dispúsose muy buena cena, y después de haber dormido un rato, hasta medianoche, corrimos otra media posta hasta el río del Empedrado.

Aquí hay una bellísima estancia de los padres mercedarios, que a la sazón la administraba el padre fray Andrés Carvajal, quien nos recibió con el mayor agasajo, y habiéndonos desayunado, nos entramos al oratorio, que es una capilla grande donde dormimos cerca de cuatro horas, hasta la hora de comer. Después de hecha esta diligencia y de haber descansado un rato, tomamos el camino y llegamos esta noche, que fue la del 29 de enero, a un río nombrado Riachuelo, distante tres leguas cortas de la ciudad de Corrientes, donde nos detuvimos un poco, y luego partimos a la ciudad, de modo que entrábamos en ella al amanecer, habiendo caminado estas noches cuarenta y tres leguas que median entre Corrientes y Santa Lucía, por tierra, que por el río se dan algunas vueltas.

Está situada esta ciudad sobre la misma barranca del río Paraná, que en esta parte tiene más de una legua de ancho, y poco más arriba de la ciudad tiene de anchura dos leguas, por razón de que aquí se junta este río con el del Paraguay, cuyas dos bocas se divisan desde la ciudad de Corrientes, y perennemente se nota otra novedad curiosa, y es, que a esta gran playa que forma el río, le entra el Paraná por la costa del norte y el río Paraguay por la del sur. La agua de aquél es cristalina y la de éste turbia y colorada; y por espacio de más de treinta leguas, corren estas aguas sin mezclarse perfectamente, de modo que la mitad del río es rubio y la otra mitad cristalino y claro.

El temperamento de esta ciudad es admirable. Son los aires muy puros y sanos, y el agua la mejor que se halla en este reino; porque, por la banda del norte, en que está la ciudad, se logra purísima la del Paraná, antes que se mezcle con la del Paraguay, que no es tan buena. Tiene esta ciudad como trescientos vecinos, incluyendo en este número los que viven fuera de ella, en sus estancias. Hay un teniente de gobernador, un cura y vicario, con tres o cuatro clérigos: conventos de franciscanos y de mercedarios, colegio de la Compañía y hospicio de dominicos. El colegio y convento de San Francisco, son muy buenos y cubiertos con teja. Los demás edificios de la ciudad todos son humedísimos, muchos de tapia y los más de pared que llaman francesa, que se compone de cañas y barro con algunos postes de madera para sostener el techo, cuyas tejas son de palma, las que son de a dos varas de largo cada una, y serían muy buenas, si como duran cuatro años, duraran cuarenta.

Con las repetidas lluvias se ponen estas tejas de color de ceniza, y como los edificios compuestos de barro, huesos y bosta, vienen a quedar del mismo color, de aquí es que toda la ciudad parece cenicienta, y ciertamente se me representó la ciudad de Sodoma, cuando acabó de quemarse, aunque es menester estar advertido en que nada de esto se les puede significar a los naturales de ella, porque quien lo hiciese es cierto que puede prevenirse a padecer martirio.

Confieso ingenuamente que en cuanto he andado, no he visto ciudad más pobre ni en lo material ni en lo formal; porque no hay sujeto alguno que tenga caudal de mediana consideración; y, ciertamente, no sé por qué, pues la tierra es fertilísima; tiene bellísimas campiñas y algunos arroyos que, aunque con ellos nada se riega, pero sirven para los ganados; bien que el ganado hoy es muy poco el que tiene esta ciudad, habiendo sido tanto estos años pasados, que estaban llenas las campiñas, y todo era común; hoy apenas pueden comer carne. Plata no corre en esta tierra: todos sus tratos grandes y pequeños, consisten en dar unos efectos y recibir otros. Las cosechas ordinarias son: azúcar, miel de caña, batatas y mandioca, que es una raíz que, asada o cocida les sirve de pan, porque no lo hay. Tengo por cierto que el carecer de él y de otras cosas, consiste en la poca aplicación al trabajo; pues yo he visto en el pueblo de Santa Lucía, muy rico trigo que todos los años se coge con abundancia, y lo mismo sucede en Itatí, que dista sólo doce leguas de la ciudad.

Aquí encontré un paisano mío llamado don Pedro Bautista Casajús, natural de la villa de Canfrán, en la falda del Pirineo. Ha sido en esta ciudad muchos años teniente de gobernador, alcalde y tesorero. Hoy es nada, y está pobrísimo, porque ha sido y es un pleitista eterno. Se alegró mucho de verme y de que le diese razón de algunos sujetos de su patria que yo conocía.

Habiendo descansado dos días en esta ciudad, determiné pasar al pueblo de Itatí, que sólo dista de ella doce leguas, porque está al cargo de nuestra religión, y quería ver cómo estaba, para dar la instrucción conveniente al comisario visitador que destinase, en caso que en mi regreso no pudiera detenerme a visitar el pueblo. Dejé orden para que luego me pasasen aviso en llegando el barco, y partí el día 2 de febrero por la tarde, acompañado del teniente gobernador don Nicolás Patrón, quien tenía orden del capitán general de Buenos Aires, para dar la escolta que juzgase necesaria, según el peligro que a la sazón hubiese en estos caminos, y aunque en este corto trecho era el riesgo ninguno, pero quiso hacerme el obsequio de acompañarme él mismo con doce soldados. Con esta comitiva y un religioso intérprete que yo llevaba, tomamos el camino el dicho día 2, a las cinco de la tarde, con muchos caballos y buenos; y corrimos una posta tan desproporcionada, que a los tres cuartos para las ocho, habíamos corrido diez leguas, hasta la estancia del comandante, donde pasamos a cenar y dormir, hasta el día siguiente, que al alba salimos para el pueblo, y a media legua de distancia salieron a recibirnos el cura, el corregidor, los alcaldes y resto del Cabildo, con toda la mejor porción de la música.

Tiene este pueblo bellísima situación, sobre la barranca del Paraná. Compónese de trescientas familias; es muy antiguo: sus casas son muy buenas, todas cubiertas de teja; la casa del Cabildo está en medio de una gran plaza y es muy buena; también lo es la

iglesia, cuya titular es la Virgen de Itatí, que es una imagen de María Santísima aparecida en aquel sitio, muy milagrosa. Tiene este pueblo muy buenas campañas, y en la relación que se me hizo del ganado que actualmente tenían para gasto del pueblo, constaba tener seis mil vacas, mil novillos y otros tantos toros, ochocientos caballos mansos y más de tres mil yeguas y caballos sin domar.

Por este pueblo se ha de vadear el Paraná, y así cuantos han de pasar al Paraguay por tierra, han de venir a él, donde hay providencia de bote y muchas canoas para el transporte. Cuando pasan algunas manadas de ganados, sean de quien fuesen, ha de quedar el diezmo en el pueblo. Es pensión grande para los pasajeros; pero aseguran su hacienda, que, sin el auxilio de los indios, no pudieran pasarla.

Los más de los indios de este pueblo, son hombres de campo, pero hay muchos oficiales en sus respectivas oficinas. En una trabajaban carpinteros, en otra vi doce telares que continuamente estaban tejiendo algodón, de cuya tela se viste el pueblo. Hay herrería y los demás oficios mecánicos necesarios en el país. Hay escuela de música en que con gran facilidad se instruyen los indios: son muy fáciles para danzar y bailar, y lo hacen con primor; y he visto entre ellos bailar algunos minuets y contradanzas con tanto garbo, como pueda verse en Madrid. Particularmente admira la destreza de aquellos mocitos y muchachos que están dedicados a este empleo. El concierto de música que en estos pueblos tienen, pudiera lucir en la mejor catedral de España. Tienen harpas, violines, chirimías, oboes, trompas de caza, clarines, flautas, etc., y todos los instrumentos están duplicados y algunos triplicados. Tañen todos los días al romper el alba en la puerta de la celda del cura, y cantan el bendito; luego le acompañan a la iglesia y cantan la misa; cuando está el prelado superior que va de visita, ejecutan lo mismo y tañen asimismo cuando come, y por la tarde desde oraciones hasta que se recoge a dormir, tañen en la puerta de la celda algunos instrumentos, y no puede cederse de este obsequio, para mantenerlos en aquel gran respeto con que miran al prelado que va de visita.

Varios días se juntan a sus diversiones, como son danzar, correr toros, jugar cañas y sortija, y manejar las armas que ellos usan, que son flechas, lanzas y dardos, las que nunca apartan de sí, de manera que cuando van a la iglesia, llevan también las armas consigo, costumbre que sin duda ha introducido la necesidad, la que todavía existe en algunos pueblos amenazados de los indios infieles y montaraces que suelen dar un asalto en el día más solemne, cuando a los del pueblo, por razón de alguna celebridad, suponen con algún descuido.

Cuando con más esmero y habilidad ejercitan sus diversiones, es cuando van los prelados a la visita, en cuyo tiempo para cada tarde tienen distinto ejercicio de a pie o a caballo, para divertir al *Pay-rubichá*, que en su idioma quiere decir Padre Superior, sin que tengan nombres propios para expresar diversos grados de superioridad. Lo mismo sucede para la expresión de otros cargos; pues al cura, aunque sea mozo, le dicen *Pay-tuyá* (Padre viejo), y aunque sea viejo el compañero le dicen *Pay-miní* (Padre chiquito). Al obispo le llaman *Pay-obispo*; al gobernador de aquella provincia le dicen *Capita-tuyá*, que quiere decir capitán viejo; y los indios más cultos omiten el *tuyá* y en su lugar dicen *guazú*, que significa capitán grande, y ya no tienen otro nombre que prese otra superioridad, porque

ellos no entienden de rey ni otros ministros, ni son capaces de que se les imprima otra cosa más de lo que ven.

Son estos indios gente muy humilde y paciente, de modo que jamás se les oye una voz más alta que otra; jamás juran ni blasfeman, ni se les ha notado más que tres vicios, que son: la lujuria, la embriaguez, y el hurto, aunque en este último no inciden sino para comer. Sobre estos tres puntos no pierden ocasión; en lo perteneciente a su humildad y paciencia son extremados, como así mismo en la obediencia, en cuyo apoyo referiré un raro caso, cuando trate adelante del pueblo de Yutí.

El gobierno que tienen es trabajar para el común, como sucede, *verbi gratia*, entre nosotros los religiosos franciscanos. Hay almacenes comunes adonde se deposita todo cuanto el pueblo tiene de todos efectos, y el cura que por orden de Su Majestad es el administrador también en lo temporal, distribuye aquella hacienda, trata y contrata con ella, los viste y alimenta, y en una palabra, compónese todo el pueblo de menores cuyo tutor y curador es el cura, a quienes los gobernadores en sus visitas toman las cuentas, y también lo hacemos los preladados de los mismos curas, para enterarnos de su procedimiento y presentar otro, en caso necesario. También visitan los señores obispos, pero sólo la iglesia y sacristía.

Son los indios aficionadísimos a que resplandezca toda pompa y riqueza en sus iglesias, y no he podido averiguar esta afición de dónde nace, porque a ellos jamás se les ve rezar una Ave María, sino es en la iglesia, a la cual son muy puntuales; pero es por temor del castigo, porque cosa de devoción, jamás he reconocido en ellos. Todas las mañanas van el corregidor, los alcaldes, regidores y procuradores del pueblo a tomar órdenes del cura; las oyen con mucha sumisión y luego las distribuyen a los demás del pueblo, ordenando a cada uno adónde y qué es lo que ha de trabajar, y por la tarde vienen los mismos a dar cuenta de lo que se hizo, y avisan si algún indio dejó de obedecer o si cometió algún delito, y son terribles para acusarse unos a otros.

A todas las indias del pueblo, capaz de trabajo, se les da el lunes el algodón que han de hilar, y el sábado entregan el hilo que corresponde, por peso, y está presente el fiscal del pueblo, el escribano que las va llamando por su orden y el compañero del padre cura; y si alguna ha dejado de trabajar, o trae menos hilo del que corresponde, le dan veinte y cinco azotes sobre la marcha. Para esto de recibir el castigo son resignadísimos. No hay indio a quien si el cura manda castigar con azotes, que es la pena ordinaria, pregunte por qué, o por qué no, ni replique una palabra, ni jamás el padre defiende al hijo, ni a la mujer, ni al amigo; y han concebido con tanta tenacidad esto de que el castigo es una señal de amor, que sucede cada instante llegar un indio al cura con grandes quejas porque no le mandaba castigar, y que era señal que no le quería, y verse precisado el cura a mandar que le diesen veinte y cinco azotes, los cuales siempre se dan en medio de la plaza.

El vestuario de los indios es ordinario, de chupa, calzones, calzoncillos y camisa; calzado no se les permite, aunque sean alcaldes, corregidores, etc., ni tampoco se les permite criar el pelo largo; porque no obstante su connatural humildad, cobardía y bajeza de ánimo, es menester mantenerlos en esta sujeción y servidumbre, para que no peligre la fidelidad y

obediencia, que a mi ver, se arriesga siempre que se varía de sistema; de cuyo asunto haremos más adelante una digresión oportuna y aduciremos las novedades que hoy ocurren y suceden con las misiones de los padres de la Compañía, de los que siete pueblos están enteramente sublevados, y no se duda que todos lo estarán dentro de breve tiempo, y no dejaremos de apuntar algunas de las principales causas que los han puesto en este estado.

Las indias usan un traje totalmente extraordinario. Redúcese a un saco de algodón blanco, con dos agujeros para sacar los brazos. Es talar esta vestidura y más ancha de arriba que de abajo. No es muy honesta, porque aunque por la parte superior es ajustada, pero por la parte donde sacan los brazos está tan abierto el sayo, que sin dificultad entran y sacan una criatura para darle de mamar, por cuya causa suele verse algo más de lo que es decente, y lo mismo sucede cuando el *tipoy* (así se llama aquel saco en su idioma), es viejo o delgado. Si es que esta ocasión se contrapesa con la fealdad de esta gente, que es común en ella, sin embargo que hay algunas de bellísima disposición y buena cara, particularmente en aquellos pueblos adonde con facilidad llegan los españoles. El pelo lo traen siempre las indias tendido por la espalda, y el *tipoy* nunca lo ciñen. De modo que, mirar a una mujer de éstas, es lo mismo que ver a una mujer con sólo una camisa sin mangas; porque nada más traen, sino que van enteramente descalzas y con la cabeza descubierta en todo tiempo, y todas ellas, sin excepción alguna.

Todas las tardes del año, tocan por la tarde a la doctrina, y acuden a ella, a una parte los varones que todavía no son para el trabajo, y a otra van todas las muchachas solteras y también todas las casadas que no tienen hijos. A cada parte asiste un indio bien instruido, a quien llaman fiscal, y después de haber cantado todas las oraciones, les pregunta la doctrina cristiana, y tienen los dichos indios facultad para castigar a quien falta a la doctrina, o a quien descuida en la obligación de saberla.

En sus privadas conversaciones, se reduce todo a mantener sus tradiciones y antigüedades, para que de padres a hijos vayan pasando; en lo que trabajan con tanto estudio, que hay indio viejo que es una adecuada historia; y si sobre lo mismo que aquél refiere, se hacen algunas preguntas a otro de igual edad, refiere lo mismo, sin discrepar en un ápice. Sobre este asunto, contaré luego una cosa notable que me sucedió en Casapá.

En ninguna cosa se les nota algún género de estímulo que los precise a obrar con algún pundonor, ni ellos conciben lo que es honra, y en prueba de esto, no omitiré un caso gracioso que me sucedió en este pueblo: Estando sentado en la puerta del conventillo con el intérprete que yo llevaba, llegaron dos indios en sana paz, y después de haber hecho el uno de ellos un largo razonamiento, lo tradujo mi intérprete en cuatro palabras, diciéndome que toda aquella arenga se reducía a decir que aquel indio que traía consigo, lo acababa de hallar adulterando con su propia mujer, y que así, que le mandase yo pagar lo que conociese que era justo por el hecho. Se le preguntó inmediatamente que cuánto le parecía ser el importe de aquel negocio, y respondió que si el otro indio le daba unos calzones, quedaría contento, y que a lo menos debía darle un cuchillo; y por aquí puede inferirse hasta dónde llega su estupidez.

No obstante hay algunos en quien se conoce un bellissimo fondo de capacidad, y a quienes no importa instruir en más de aquello que compete a su oficio. En este pueblo me hizo todo el Cabildo grandísimas instancias para que les pusiese otro cura, y los motivos los ponderaban con tales razones, instancias y argumentos, que tuve bastante que hacer para convencerlos. Bien es que todo se fundaba en el mucho rigor con que los trataba, y no dejaban de tener razón, mas no convenía quitarlo a instancia de ellos.

Muy larga parecerá esta relación a quien leyere este derrotero; pero me ha parecido preciso hacerlo para no detenerme en lo perteneciente a los demás pueblos que visité, porque en todos hay las mismas costumbres, y en todos los de esta provincia da la tierra las mismas cosechas, y sólo se diferencian en ser mayores o menores y en una u otra cosa particular que en sus respectivos lugares apuntaremos, omitiendo otras muchas cosas, por más menudas, o porque de las dichas pueden inferirse, o también porque ocurrirán en sus respectivos lugares, los que aquí no tenemos presentes.

Cinco días sólo me detuve en este pueblo, observando lo que queda referido; y de muy buena gana me hubiese detenido más, si no hubiera llegado aviso de que ya el barco estaba en Corrientes, por lo que el día 7 por la tarde salí del pueblo, acompañado del cura y el cabildo, por espacio de dos leguas. Luego nos despedimos, y quedando con los indios y caballos necesarios, continuamos esta tarde una marcha de ocho leguas, hasta la estancia de Santo Domingo, que dista del pueblo ocho leguas y de Corrientes cuatro.

Estaba el tiempo apacible y la noche fresca, y así tomamos esa noche un paseo hasta el Paraná que está próximo; y aquí volví a ver lo que otras muchas veces había visto en el mismo río, y es que un palo que por algún tiempo ha estado dentro del agua, se ve y registra con la misma forma de palo convertido en piedra; y si la mitad del palo, o alguna parte de él estuvo fuera del agua, aquello es palo y lo demás es piedra. Lo mismo sucede con los huesos de cualquiera animal que sean. Yo encontré en el paraje que llaman *Cabayuquatiá*, una canilla de toro, la mitad de la cual era hueso y la otra mitad que estuvo en el agua era piedra, y no cualquiera piedra, sino un solidísimo pedernal, de que saqué fuego repetidas veces; y esta canilla guardé en mi poder hasta que un amigo me la pidió y se la di; de lo que no sólo se halla rara vez, sino con grande frecuencia, y todavía es más admirable, lo que vi en la travesía de *Yagareté-ñaró*, que fue ver un árbol cuyas ramas estaban inclinadas al agua, pero sólo una tocaba en ella, y todas las puntas de dicha rama eran piedra fuertísima, pero las hojas no estaban.

Cuánto tiempo deba consumir el agua para causar esta sustancial mutación, no he podido averiguarlo, aunque tengo hechos dos experimentos, el primero fue en ese mismo viaje, en que, el día diez de enero, clavé un palo en el mismo puesto donde había hallado la canilla; demarqué bien el puesto donde lo dejaba, y cuando regresé del Paraguay, habiendo mediado cuatro meses y medio de tiempo, sólo encontré la porción de madera que estaba en el agua más endurecida, pero nada tenía de piedra. En Buenos Aires repetí la experiencia, y, a los seis meses, hallé el palo podrido y casi deshecho. Después supe que el río por esta parte de Buenos Aires, donde se llama el Río de la Plata, no tiene virtud para causar este efecto, por las muchas aguas que al Paraná se le juntan de otras calidades.

El día 8, muy por la mañana, salimos de la dicha estancia y fuimos a Corrientes, y habiendo ocupado este día y el siguiente en despedirme de los que me hicieron la honra de visitarme, me embarqué el día 10, y estuvimos esperando tiempo hasta el día 12, en que por la tarde entró viento sureste muy proporcionado para caminar.

CAPITULO V

Continúase la navegación hasta la Villeta

Por no perder la oportunidad del viento que nos convidaba a hacer en breve rato la travesía de tres leguas que hay desde la ciudad de Corrientes hasta la boca del río Paraguay, nos hicimos esta tarde a la vela, que fue la del día 12, con viento sureste, que nos llevó a tomar puerto en la misma boca del río Paraguay, dejando ya el gran Paraná a la derecha, porque éste corre al nordeste, o cerca de lessordeste, desde este paraje hasta su nacimiento; mas el del Paraguay trae su rumbo de norte a sur, hasta juntarse en Corrientes con el Paraná, y después, ambos juntos bajan noroeste sureste hasta entrar en la mar, cuya boca está cerca de lessueste con una cuarta de diferencia. Los días 13 y 14, navegamos a remo hasta la boca del Paraná Miní, que es un brazo del Paraná principal, que forma una isla de ocho leguas de largo, y corre este brazo nordeste sudoeste, desde el Paraná hasta el río del Paraguay.

El día 16, se paró todo el día, para cocer toda la carne que había en el barco, porque eran tan excesivos los calores, que toda se perdía, sin embargo de estar seca; y esta diligencia nos aprovechó poco, pues habiéndola tendido, para que después de cocida se volviese a secar, llovió un poco, y habiéndose mojado, se perdió con más prontitud, por lo que se padeció los últimos días mucha necesidad, y no dudo que la gente hubiera desamparado el barco, a no haber visto que yo les tenía franqueada la carne, el bizcocho, legumbres y todo cuanto llevaba para los de mi comitiva.

Esta tarde del día 15, tuvimos viento lessueste aunque escaso, pero con él nos hicimos a la vela, y luego que salimos del puerto, oímos unas voces bien melancólicas, en un espeso bosque de la costa del sur del mismo río. No podíamos percibir alguna palabra con distinción, hasta que, estando más próximos, oímos estas voces: *socórranme señores que estoy para morir*. Innumerables veces gritamos a este hombre que se dejase ver, y que saliese del bosque a un poquito de playa que había; y cuando vimos que él insistía en pedir socorro, con voces más lastimosas, y que nunca se dejaba ver, recelamos de que pudiera ser alguna emboscada de indios, que se valía de aquel pretexto para que el barco se acercase a tierra y se atracase a ella, y lo mismo discurrimos, luego después, cuando vimos al hombre que gritaba sentado tras del tronco de un árbol. Conocimos ciertamente ser español, y acercándonos un poco más, habiéndole hecho varias preguntas, nos dijo que se llamaba Lorenzo, que era natural de la cordillera del Paraguay, y luego hubo en el barco quien le conoció. Dijímosle que viniese hacia el barco, mientras pudiese andar por el agua, y que en perdiendo tierra, le echaríamos una tabla con una soga para traerle a él, y con la respuesta de que no podía moverse, se suscitó un medio alboroto entre la gente, sobre si habíamos de arribar a la tierra o no. En fin, prevaleció la parte de que no, y se le

dijo resueltamente que hiciese la diligencia para venir en la forma que se le había dicho, o que subiese río arriba hasta que en una playa descubierta, viésemos que estaba solo, y que allí le cogiéramos. Últimamente respondió que se hallaba sin fuerzas para moverse, pero que no obstante haría la diligencia, y que por Dios, se arrimase el barco un poco más; esto no lo hicimos porque ya estábamos muy cerca del tiro de flecha del bosque, pero mandamos a un buen nadador que le llevase la tabla hasta donde pudiese, y levantándose él, vino vadeando la playa, y después ayudado de la tabla y del paisano, llegó al barco.

Luego lo abrigamos y se le hizo una taza de caldo, y habiéndose corroborado, nos contó que por alguna quimerilla, se había huido de casa de su padre, y que dos negros esclavos de la Compañía, conocidos suyos, que se habían huido de una estancia del colegio, le habían prometido traerle hasta Buenos Aires, y que habiéndose embarcado una noche en una canoa que hurtaron, vino hasta aquel paraje, donde tuvo con los negros otra quimera, y le dejaron en la costa, donde hacía tres días que estaba, muy mojado, sin ropa alguna para abrigarse, y sin haberse desayunado en aquellos tres días; y que las noches antecedentes había oído golpes de hachas en los bosques de aquella misma costa, y que por no dar en manos de indios, de tigres o de otras fieras, no había salido a buscar algunas frutas silvestres; y que últimamente aquella noche tenía resuelto ponerse en un tronco y dejarse ir río abajo, hasta donde tuviese fuerzas para mantenerse; pero éstas eran tan pocas que ciertamente hubiese perecido aquella noche. Cada uno le hizo varias preguntas, y entre ellas le dijo el padre Escribiente que yo llevaba, si se había encomendado a Dios y respondió el mozo, que, tanto como rezar, no le había rezado; pero que si escapaba de aquella, había hecho voto de no pecar tanto como antes. Reímos mucho con esta especie de propósito, aunque supongo que otra cosa quiso decir, y no acertó, porque no sabía con bastante propiedad hablar el castellano.

Desocupados de todo esto, continuamos nuestro rumbo de nornorueste, y paramos esta noche en el Palmar. El día 16, navegamos a remo al mismo rumbo hasta Yomaitá, y en los bosques de esta costa, vimos innumerables monos, y a una mona que estaba al pie de un árbol elevadísimo, se le disparó un tiro, y habiéndole errado, se le asieron del cuello los hijitos que tenía, y como una exhalación se subió a lo más elevado del árbol.

Día 17 caminamos hasta el paraje que llaman «las muchas vueltas». Son siete las que hace el río, de modo que no puede venir viento alguno por mucho rato; todas ellas las pasamos a remo, las que a mi parecer tendrán diez y ocho leguas, y como a la gente de la tripulación le faltaba el bastimento, nos duró hasta el día 22, bien es verdad que la corriente es bastante, y apenas el barco quiere obedecer al remo. El día 22 por la tarde, pasadas estas vueltas, tuvimos viento oeste sudueste, que era de bolina, porque navegábamos ya directamente al norte. Nos empeñamos en navegar toda la noche con él, porque en ese río Paraguay, en todo él hay bellissimo fondo; pero a medianoche fue tan seria la tormenta que se levantó, de viento, truenos y relámpagos, que en una hora nos hizo andar tres leguas a palo seco contra una violenta corriente. Bien queríamos tomar puerto, mas era tanta la oscuridad de la noche, que no dejaba distinguir qué parte de la costa sería buena para arrimar el barco; hasta que con los relámpagos vio el baqueano en medio del río un árbol, que arrancado de la costa, se había quedado en un tal cual banco de arena que en aquella parte había, y había quedado el árbol con tantas raíces que

algunas de ellas salían del agua más de una vara, y juntamente un brazo del mismo árbol, muy grueso. El baqueano se previno, y al pasar por inmediato a él, tiró un lazo, y quedamos toda la noche amarrados a aquel árbol, el que nos sirvió de segura ancla.

El día 23 amanecimos con el mismo viento, pero más suave, y a las ocho de la mañana pasamos por la boca del río Tibicuarí, que es río grande y navegable por más de cien leguas. Corre de lesnorueste a oestesudueste con alguna cuarta de diferencia, aunque en su nacimiento, que es en las cordilleras de Curuguaití, corre algunas leguas de oeste a leste. Otra vez pasé este río en canoa, visitando los pueblos de nuestras misiones, como diré después. Este día llegamos al paraje que llaman los Hiesos. Los días 24, 25 y 26, navegamos muy despacio, por causa del desfallecimiento de la gente, para cuyo socorro nos deteníamos a cazar algunos patos y pavos, de que hay abundancia en esas costas. La tarde del 26, navegamos por un brazo del río principal, por el cual se evitan algunos rodeos, el cual brazo se llama Guasimindí, el que concluimos de pasar el día siguiente. El día 27 tuvimos viento contrario y permanecimos en el mismo puerto, y fue necesario mandar por la noche que todos durmiesen en el barco y ninguno en tierra, porque desde este paraje a la ciudad de la Asunción, hay sólo catorce leguas, y descubrimos la determinación de la gente del barco, que era dejarlo solo y partir por tierra a la ciudad. A todo esto nos expuso la poca providencia del dueño del barco; y para asegurarnos de estos recelos, navegamos a remo y silga los días 28 y 29, aunque tan poco, que no pasó de cuatro leguas.

El día 1.º de marzo tuvimos buen viento sudoeste, que era viento largo; y aunque no nos hicimos a la vela hasta después de mediodía, pero a media tarde llegamos a la *Angostura*, que es donde el río está más angosto, y tanto, que de una a otra parte habrá solamente un tiro de fusil; por cuyo motivo es grandísima la profundidad que tiene en esta parte; de modo que yo tenía una línea o cordel para pescar, cuya longitud era de cuarenta y seis brazas, y habiendo sondado con ella, no llegué al fondo.

Éste es el tránsito regular de los indios para pasar de la banda del sur que habitan ellos, a la parte del norte donde está la Asunción, capital del Paraguay y sus estancias; y para impedirlo, han establecido en esta parte un presidio los capitanes generales de la Asunción, donde siempre hay algunos soldados de guardia para defender el paso y correr la costa, aunque no obstante esta diligencia, siempre pasan los indios, mas no con tanta facilidad.

Al capitán de guardia de este presidio, deben presentarse los barcos que suben a aquella ciudad, quien luego despacha un soldado por tierra, a dar parte al capitán general. Cuando nosotros llegamos, serían las cuatro de la tarde. Inmediatamente escribí al gobernador, pidiéndole licencia para tomar desde la Villeta el camino de tierra a los pueblos de nuestras misiones que debía visitar, y quería ejecutarlo antes de entrar en la ciudad, porque habiendo de volver a ella, deseaba evitar repetición de visitas.

En este mismo presidio estaba un indio del *Itá*, por orden del cura fray Santiago Molina, para que le avisase luego que el visitador arribase a aquel puerto, quien luego partió con la noticia al pueblo, que dista de este paraje siete leguas. Detuvimosnos aquí toda la tarde,

y después de haber cenado, nos hicimos a la vela para el puerto de la Villeta, que dista dos leguas de la Angostura, adonde llegamos antes de medianoche, pero no entramos en él hasta hacerse de día, por no poderse distinguir el lugar por donde los barcos se amarran de ordinario.

Este puerto dista cinco leguas de la Asunción. Es un lugarcito puesto en cuadro, y todas las casas tienen la puerta a una plaza que forman, a la cual se entra por sola una puerta, y cerrada ésta, quedan cerrados todos sus moradores. Ciérranla todas las noches, y hay en ella una muy buena guardia de soldados, porque es paraje peligrosísimo de indios. Las mismas casas forman su especie de muralla, que aunque en sí es muy débil, pero para la defensa de los indios, cualquiera antepecho es fuerte, respecto de no tener ellos armas para batir, y por consiguiente nunca llega el caso de asaltar, si no les consta que el contrario está poseído de un total descuido. No obstante, me pareció que para la seguridad de este pueblo, debía echársele una valla, aunque fuera de estacas en alguna distancia de las casas, para que pudieran precaverse del fuego; porque como no tienen teja, fácilmente le harán prender en la paja de que están cubiertas, lo que no sucedería tan fácilmente si se circunvalara en la forma dicha.

Tiene este pueblecito su Justicia ordinaria y un cura con su iglesia parroquial. La mayor parte de sus moradores son mestizos, y algunos mulatos, y los menos me parecieron españoles; pero, unos y otros son pobrísimos.

CAPITULO VI

Tomamos el camino de tierra hasta Yutí, que dista setenta leguas de la Asunción

Las ocho de la mañana serían, el 2 de marzo, cuando llegó a la Villeta, el padre cura del *Itá*, fray Santiago Molina, con indios y caballos para conducirme a su pueblo; llevaba consigo dos clarineros, chirimías y cajas que tañeron muy bien mientras almorzábamos, y después, por todo el camino. Dio orden para que a la gente de la tripulación se diese una vaca. Despaché al uno de los dos religiosos legos al convento de la Asunción, para que allí me esperase con los trastecillos de provincia, hasta la vuelta, y quedé con sólo el escribiente y otro leguito.

Los pueblos que tenía que visitar eran cuatro, y el convento de la Villa Rica, que todos están al noroeste del río Paraguay, que como se ha dicho, baja del norte. En este camino de los pueblos, ya pondremos las distancias a punto fijo, lo que no ha podido hacerse en las jornadas de la navegación; porque, como son costas desiertas, no hay quien ciertamente tenga demarcadas las leguas de uno a otro puerto. Por el camino de tierra, que alguna vez se transita, se sabe que desde Buenos Aires a la Asunción, hay cuatrocientas cincuenta leguas, que por el río serán cerca de seiscientas, por las muchas islas y vueltas que hace el río.

Cinco leguas hay del puerto de la Villeta al pueblo Itá; y habida la licencia del señor gobernador, tomamos este camino el dicho día 2 de marzo, a las nueve y media, y eran las once cuando llegamos al pueblo. Pasámoslas en continuo galope y posta larga, por librarnos del excesivo calor que hizo aquel día, cuanto pudiésemos, y también porque en esa hora no suelen los indios infieles hacer o ejercitar sus invasiones y asaltos, de que casi hay continuo peligro todos los días, no obstante la diversidad de presidios que hay en esta comarca; y en aquella ocasión fue el riesgo tan próximo, que en el mismo camino que nosotros acabábamos de pasar, asaltó una gran tropa de indios a cincuenta soldados que pasaban de la costa del Tebicuarí a la ciudad, y les quitaron la vida, una hora después que nosotros habíamos estado en el mismo paraje de la desgracia.

En el pueblo nos recibieron con toda la música, que desde la iglesia nos acompañó al conventillo donde vive el cura y sus compañeros. Compónese el pueblo de trescientas familias, poco más o menos, y en él sucede lo mismo en todo y por todo que en el pueblo de Itatí, de que ya hicimos larga relación. Sólo encontré aquí grandes maestros y fábricas de carpintería y escultura. Labran preciosas cajas y escritorios taraceados con mucho nácar y concha. Todo género de carruajes lo hacen con primor, y lo más útil es la maestranza de botes, falúas y barcos de todo calibre.

Aquí estuve hasta el día 6, bastante divertido. Uno de estos días se juntaron en la plaza todos los indios y se les mandó flechar un melón que se puso pendiente de un palo en cincuenta pasos de distancia, y se estableció algún premio para el que diese en él. Todos tiraron repetidas veces, pero pactaron antes que no había de tirar un mocito que había en el pueblo, de unos veinte años, porque su tiro era indefectible. Mandé hacer la experiencia, permitiendo que tirase seis veces continuas, y las seis fue la flecha en el melón. Le mandé después que disparase a algunas palomas que volaban de uno a otro tejado, y habiendo tirado a tres, mató las dos. Creo firmemente que jamás se habrá visto en otro alguno mayor destreza, particularmente en la flecha, a quien es muy fácil que el viento distraiga algún tanto del rumbo que le dieron, por ocasión de las plumas que le sirven de banderilla. Los demás indios erraron muchos tiros.

De este pueblo salimos el día 6, a las cuatro de la mañana, y a las ocho y media teníamos andadas ocho leguas que hay hasta Paraguay, que es una estancia opulentísima de los padres de la Compañía. Había en ella a la sazón cincuenta mil cabezas de ganado vacuno, con muchos caballos, yeguas y mulas; y lo que más admiración me causó, fue saber que en ella tenían los padres cuatrocientos esclavos, entre grandes y chicos, divididos en diversos ranchos de las cinco leguas de tierra que la estancia tiene, a la cual rodean espesísimos bosques por la parte del oeste, sur y leste, y por la del norte hay una gran cordillera cortada de medio a medio de leste a oeste, y en aquel collado que forma la división de los dos montes, está la casa en que habitan los padres que administran la estancia. En esta ocasión era superintendente de ella, el padre Eusebio Crespo, aragonés, natural de Codos, a quien yo había conocido mucho en Calatayud, porque fuimos contemporáneos.

Inmediato a la estancia donde los padres viven, hay un elevadísimo cerro que le llaman de Santo Tomás, y es antiquísima tradición de que allí estuvo el Santo Apóstol en una

cueva que hay en la cumbre. Es esta cueva grande y espaciosa, cavada toda ella en peña viva, y no con vulgar cultura. En medio hay una gran cruz, que también se ignora quién la haya puesto; pero no obstante todos esos respetos, está sin culto alguno, porque no hay retablo ni alguna otra imagen; y esta dicha cueva, sin puerta, aunque casi no es necesaria, porque sólo el hombre, y con alguna industria, puede llegar a ella, por las muchas peñas quebradas que imposibilitan el paso a animales y fieras. No sé qué asenso se deba dar a esta tradición, porque si se atiende a los indios reducidos, todos ellos convienen en que fue San Bartolomé quien les predicó.

De esta estancia salimos a las tres de la tarde, y pasando un arroyo que circunda las tierras de ella de leste a oeste, por la banda del norte, fuimos a refrescar a una estancia del pueblo Yaguarón; de ahí pasamos a hacer noche a la estancia de don José Garay, habiendo corrido este día diez y ocho leguas. De aquí se volvieron los indios del Itá, con cincuenta caballos que habían traído de su pueblo, y un carretón que, adelantándose, iba disponiendo la comida y cena en las distancias que se habían ordenado. En esta estancia de Garay hay un oratorio para decir misa.

El día siguiente, que fue el 7 de marzo, salimos para el pueblo de Itapé, que dista cuatro leguas de la dicha estancia, y llegamos a él a las diez de la mañana, y antes de entrar en el pueblo, se pasa un pantano de una legua, en que son necesarios muchos pares de bueyes para tirar una carreta, y los que pasan a caballo, regularmente van cubiertos de agua hasta la silla, con peligro de que el caballo caiga por lo desigual del suelo en que hay algunos hoyos cubiertos con la misma agua. Antes de entrar en el pueblo, pasamos también el río Tebicuarí, en una canoa, el cual río en este paraje corre oeste a leste.

Este pueblecito es pequeño. Tiene solas veinte familias: hay muy buena iglesia, y la habitación de los religiosos muy decente. Obsérvase el mismo estilo en su administración y gobierno, que en los demás, en cuanto permite el inferior número de moradores. La misma tarde de este día salimos para *Caazapá*, y al ponerse el sol, después de haber caminado cuatro leguas, hallamos un río llamado *Yacaminí* donde nos esperaban algunos indios de *Caazapá*, con dos carretones, una carreta y cuarenta caballos. El río corre al leste, y toda esta comitiva está en la banda del norte, y como este río no se pudiese vadear, por traer a la sazón mucha agua, fue preciso pasarlo en la embarcación hecha de un cuero, que, como ya se dijo, se llama pelota. Mas en esta ocasión no tuve el recelo, ni el natural temor que en otras, porque rodeados a este artificio, pasaban nadando cinco o seis indios, de manera que, como van inmediatos y llevan puesta la vista en él, aunque se inclinara a un lado, lo suficiente para irse a pique, no era posible con la asistencia, intermediación y cuidado de los dichos indios, que precisamente habían de sostenerla.

Cuando pasamos a la parte del norte, hallamos una bellísima cena, con toda la providencia de mesa y sillas y alguna porción de música, sin que faltase cosa de aquellas con que los padres curas suelen obsequiar a los preladados. El día siguiente continuamos la marcha, y a cinco leguas de distancia, pasamos otro río nombrado *Yacanguazú*, con una canoa que para este fin tenían prevenida en este paraje; pasamos el río de sur a norte porque él corre del oeste al este. Este día fuimos a comer cerca de otro pantano que llaman *Hernandarias*, el cual pasamos por la tarde a caballo, pero con mucho trabajo.

Tendrá de largo media legua, algo más. A las cinco de la tarde, este mismo día, llegamos a vista de *Caazapá*, donde esperaba el cura, el Cabildo y toda la música, con veinte indios vestidos de militar uniforme, gobernados por un indio viejo que era capitán. Estos vestidos, bastones, sombreros y espadines, etc., se guardan en una caja del pueblo, para estas funciones, como ya dije hablando del pueblo de Ytatí.

Éste de Caazapá, es el mayor de nuestras misiones. Tendrá cuatrocientas familias, buena iglesia y un gran convento con su buena huerta para diversión de los religiosos, que regularmente son tres. Uno es párroco y los demás son ayudantes. El conventillo tiene todas las oficinas que le corresponden, y bellos almacenes, carpintería, fragua y todas las demás manufacturas en que se ocupan los indios. Mandé contar el ganado y se hallaron para la mantención del pueblo, ocho mil vacas, mil y dos cientos caballos mansos, muchas yeguas, potros y mulas. Las cosechas son las mismas que en todas las demás partes de esta gobernación del Paraguay. Lo que este pueblo tiene de especial es el tabaco, el que, sin duda alguna, excede a todo el que se escoge en esta provincia, y regularmente se paga un tercio más cada una arroba.

En este pueblo descansé hasta el día 16, con notable gusto, muy divertido en ver bailar, danzar, correr toros, cañas y las demás cosas en que se ejercitan los indios con suma destreza, en cuya relación no me detengo, por quedar todo advertido con mucha individualidad. Lo que contaré es un caso muy extraño, en abono de la mucha estimación que los indios hacen a los religiosos de nuestra sagrada religión que los convirtieron, y en crédito de la puntualidad con que conservan sus antiguas tradiciones. Es el caso que:

Entre los demás caciques, o indios nobles del pueblo, había uno muy capaz, hombre de bien, quieto y pacífico, y finalmente con muy buenas partidas. En las elecciones que cada un año hacen de alcaldes, regidores y demás oficiales, nunca los curas habían podido componer que el tal indio entrase en el gobierno, siendo así que siempre es el cura el que dirige esas elecciones, con tanta despotiquez, que el último día de diciembre les da una lista de los que han de ser elegidos, y éstos lo son indefectiblemente el día siguiente, y después los confirma el gobernador del Paraguay. En prosecución de esta costumbre, el día 31 de diciembre del año de 50, fueron a pedir al cura la referida nómina, en la cual incluyó al indio cacique de que hablamos. Fueron a la elección, y eligieron a todos los que estaban en la instrucción, menos a nuestro cacique, en cuyo lugar pusieron ellos otro. Causó esto mucha novedad al cura, que era nuevo, y especialmente cuando supo que esto mismo habían ejecutado otras muchas veces, con tanta tenacidad, que, siendo aquel indio de más de sesenta años, nunca había entrado en cabildo, ni los curas lo habían podido lograr; bien que para ello, jamás habían interpuesto más que la instrucción; porque si lo hubieran mandado expresamente, no tuvieran los cabildantes atrevimiento para la más mínima réplica.

Hallándose pues el cura con la novedad de quedar su dirección desairada, llamó a todos los electores y les pidió los motivos que habían tenido para no haberle dado cumplimiento; y observando el corregidor que el cura le preguntaba seriamente, y con mezcla de algunas amenazas, le dijo: Sabed padre que cuando años pasados vinieron los religiosos tus hermanos a sacarnos de las tinieblas de la infidelidad, vino entre ellos un

religioso lego, a quien los vuestros llamaban fray Luis de San Bernardo, y habiéndonos hecho la buena obra de predicar la verdad, y cuando estaban los más de los indios para abrazar su doctrina, los ascendientes de éste que queréis hacer alcalde, que eran los caciques más poderosos de la nación, quitaron la vida con inaudita crueldad a dicho religioso, a quien estando vivo, le sacaron el corazón, y con él en la mano, nos predicó tres días; y aunque todo esto pareciera bien por entonces a todos los indios, mas luego después convertidos a la santa fe que profesamos, nos pareció tan malo lo ejecutado por los dichos ascendientes de este cacique, que desde entonces habemos mirado a toda esa generación por infame y maldita, y así padre, no nos preciséis a darle oficio de alguna honra.

No sin mucha admiración, oyó el cura todo lo referido, pero luego los persuadió que no era causa todo lo expresado, para que a esa familia se le mirase tan mal, y que atendiesen a que los ascendientes de aquel cacique habían muerto al religioso cuando no tenían luz alguna de nuestra santa fe, y que después de su conversión, no sólo aquel indio, sino también sus ascendientes, habían sido los mejores cristianos y más atentos del pueblo, como no podían negar.

Viéndolos el cura algún tanto convencidos, les instó nuevamente para que siquiera lo eligiesen alcalde del tambo, que es el mesón donde se hospedan los españoles que llegan al pueblo; y como conociesen que el cura lo ordenase esto con alguna formalidad, consintieron en ello, con la condición de que en las juntas de Cabildo nunca se sentase el dicho cacique. Convino en ello el cura, y han observado con tanto rigor este punto, que habiendo yo llegado a dicho pueblo de Caazapá, y llegado los indios a verme, esto es, todo el Cabildo, mandé que se sentasen, a fin de examinarlos sobre la asistencia del padre cura, etc.; y después de haberlo repugnado por un gran rato, se sentaron finalmente todos, excepto nuestro cacique alcalde del tambo, para quien no bastaron mis repetidas instancias; y lo que es más, que él mismo con sus excusas, me enterneció, porque me dijo, que todo lo que los indios decían de sus ascendientes era verdad, y que en atención a eso se reconocía indigno de la menor honra. En mi libro de memoria, he extrañado no encontrar el nombre de este cacique, y me admira mi propio descuido; pero ya tengo escrito al padre cura de aquel pueblo para que me administre esa noticia, y habida que sea, no dejaré de acomodarla en lugar competente.

De este caso puede fácilmente deducirse la tenacidad con que los indios conservan sus tradiciones, y la estimación que hacen a sus directores, pues saben vengar la injuria hecha a su predicador, en la dicha forma.

Llegado el día 16 de marzo, salimos de este pueblo y caminamos, por la mañana, seis leguas, hasta una chacra del pueblo, y por la tarde caminamos solas dos, hasta la estancia de San Ventura. Aquí encontramos indios de Yutí, con carretones y providencias para conducirnos el día siguiente a una ramada distante de San Ventura ocho leguas, donde nos esperaba toda la música de Yutí, que el día 18 nos acompañó hasta este pueblo, donde entramos a las tres de la tarde, habiendo pasado antes el río *Piraporarú*, en una canoa, a tres leguas de distancia de dicho pueblo. Tiene este río algunas avenidas

grandes: nace en las cordilleras de *Curuguatí* y corre de oeste a este, hasta entrar en el Tebicuary, debajo de Caazapá.

Este pueblo de Yutí, es el último de nuestras misiones: hállase en 22 grados de latitud sur, y es paraje húmedo y cálido como todo lo demás de la provincia del Paraguay. Tiene más de doscientas familias que se ocupan en la misma conformidad que queda dicha de los demás pueblos. Hay dilatadísimos bosques y montes a que no se les ha encontrado el fin. La mayor parte de la madera es de bellissimo cedro, de que pudieran hacerse famosos navíos, los cuales pudieran traerse hasta Buenos Aires, con sólo la corriente, estando el Paraná crecido, y aquí, en la Ensenada de Barragán, acabarlos de perfeccionar; y creo que tuviera al Rey mucha conveniencia este astillero, que, sólo los que habemos estado en esos países, sabemos por cuán escaso jornal trabajarían los naturales en esa faena, como lo hacen en las bellísimas falúas, lanchas, botes y barcos grandes que allí se construyen. Este pueblo de Yutí, está en bellísima situación. Todas sus casas, iglesia y conventillo, están cubiertas de muy buena teja. Tiene el pueblo una gran plaza, y de ella sale una calle ideada con dos hermosas líneas de naranjos que con la misma calle terminan en una bastante suntuosa y curiosísima ermita de San Roque, donde hay una huerta con el nombre del santo, muy grande y bien formada, en que se cogen muchas y varias especies de fruta de Castilla, como son peras, manzanas, uvas, olivas, etc., prueba evidente de que en toda la provincia del Paraguay, se producirían estos efectos, si hubiese curiosidad y aplicación en los naturales.

Cuando hablé del pueblo de Itatí, y de las propiedades de aquellos y todos los demás indios, prometí aducir un ejemplar de su humildad o pusilanimidad, paciencia y obediencia, en llegando la ocasión de relatar las cosas de Yutí, particularmente aquéllas que yo mismo observé; y entre las más extraordinarias, fue la siguiente:

Cuando llegué a este pueblo, estaban casi todos los indios de él en los montes, trabajando en el beneficio de la yerba, y entre todos llenaban el número de doscientos. Inmediatamente di orden al cura para que los mandase llamar, a fin de ver si estaban bien vestidos, y examinar lo que me pertenecía en orden a la asistencia a que está obligado el cura. Era éste un religioso llamado fray Roque Ferreira, de edad de sesenta y seis años, muy enfermizo, de despectible estatura y ridícula disposición, y finalmente, carecía de aquellas circunstancias que suelen constituir un hombre de respeto.

Éste, pues, fue el día 19 de marzo al monte, donde estaban los dichos indios, distante del pueblo veinticuatro leguas, sin llevar consigo otra compañía que la de un indiecito pajecito suyo. Llegado al lugar donde los indios debían estar ocupados en el trabajo, sólo encontró algunos entregados a la ociosidad, y los más desparramados por el monte, y ninguno dedicado al trabajo. Luego incontinenti, mandó dicho cura que los buscasen a todos, y cuando estuvieron juntos, les manifestó su enojo, y con algunas palabras los dispuso para el castigo. Comenzó éste a las nueve de la mañana, con tanto empeño que, al hacerse de noche, ya estaban azotados los doscientos indios.

Quien considere a un pobre fraile, de las circunstancias que quedan referidas, en un bastísimo despoblado, castigando a doscientos hombres, no sé qué concepto formará de

éstos. Confieso que cuando estuve enterado del caso, calificué a esta pobre gente, por la más miserable que puede verse, aunque nunca acabé de determinarme que toda esta sumisión fuese cobardía, porque también me consta de que es gente animosa para el trabajo, ágil y prontísima para sus operaciones de campo, diestra para el manejo de los caballos y armas, y finalmente hay muchos de una agudísima penetración; por lo que, siendo el hecho cierto, discurra cada uno sobre él, lo que le pareciere, que yo últimamente me resuelvo en que no es otra cosa, ésa que parece bajeza, sino una profundísima obediencia y respeto a sus curas y religiosos, a quienes veneran quizás más de lo que conviene.

Entre otras cosas singulares que hay en este pueblo, es una, un gran cerro de piedra imán, que está a la vista, el que por todas partes, desde la falda hasta la cumbre, no tiene otro género de piedra, y con ella está empedrado el patio del convento; y es de tan viva y eficaz virtud que a una libra de hierro le hice varias veces correr toda una mesa, según el movimiento que yo hacía por detrás de la misma tabla o por debajo de ella. Es verdad que pesaba la dicha piedra libra y media.

Con la ocasión de haber yo mismo visto este monte, propuse en una ocasión a tres pilotos la dificultad siguiente: pregunté primero, ¿si cuatro libras de piedra imán podían causar algún efecto en dos varas de distancia? Respondieron que sí. Pregunté luego ¿si cuatro arrobas podían ejercer su virtud en distancia de cuarenta pasos? Respondieron los dos de ellos afirmativamente. Pregunté inmediatamente ¿si un millón de quintales de finísimo imán, manifestarían su actividad en doscientas leguas de distancia?; y aunque aquí se suspendieron un poco, sin embargo, concedieron que era posible. Pregunté últimamente ¿a qué atribuían la variación de la aguja en el mar? Porque es cierto que debiendo ésta señalar al norte, se experimenta que en unos parajes se inclina al noroeste y en otros al noreste bastantes grados, de modo que fuese la navegación imposible si no se corrigiese por los buenos pilotos este defecto.

Sobre esta última pregunta, se excitó aquella general disputa que sobre el particular tratan los autores de la facultad; pero no habiendo resuelto cosa alguna categóricamente, les pedí me dijese qué tenían observado sobre la costa del Brasil en la altura de 22 grados y me respondieron que ordinariamente variaban algunos grados las agujas para tierra; conque entonces les formé este silogismo: se me ha concedido que un millón de quintales de finísimo imán puede ejercer su virtud atractiva en doscientas leguas de distancia, *sed sic est*, que en la línea paralela de los 22 grados de latitud de la costa del Brasil, hay un —202— cerro de imán que no sólo tendrá un millón de quintales, sino muchos más, luego debe determinadamente concederse que la variación de la aguja procede de la virtud magnética que reside hacia aquella parte donde la aguja tiene su variación.

Tuvimos verdaderamente un rato de disputa gustoso, y sin embargo de que yo conocía alguna fuerza en el argumento, advertía suficientes razones por la parte contraria, y las bastantes para que el negocio quedase siempre expuesto a las mismas dudas; porque hay en la mar parajes, donde de cincuenta años a esta parte, tienen las agujas la variación opuesta que antes tenían, como sucede cerca de la isla de la Madera, y me aseguró un piloto nombrado don José Arturo que en ese paraje se muda la variación de cincuenta en

cincuenta años; y es cierto que, si ésta consistiese en la virtud magnética de algún monte vecino, o del fondo, no había de suceder así, porque ni lo uno ni lo otro muda lugar.

CAPITULO VII

Vuelvo a deshacer el camino hasta la ciudad de la Asunción

Habiendo abierto la visita de la provincia el día 21 de marzo en el sobredicho pueblo de Yutí, y visitándolo el mismo día 21 y el 22 por la mañana, después de haber logrado la diversión que ofrecen los indios con sus bailes, músicas, contradanzas y otros juegos de a pie y de a caballo, llegué a Caazapá el dicho día 22, y el 23 por la mañana concluí la jornada, habiendo caminado esta noche 18 leguas.

De este pueblo pasé a la Villa Rica del Espíritu Santo a visitar el convento que allí tenemos, que es muy bueno. Está esta villa distante de Caazapá doce leguas, que caminamos el 24 por la mañana. Su situación es buena y muy sana, pero rodeada de espesísimos montes e impenetrables bosques por todas partes. Es la gente muy afable y cariñosa y muy afecta a nuestro santo hábito, porque no hay otros religiosos en aquella villa.

El día 24 salí de ella, y el mismo día entré en Itapé, y dejando comisión para que visitase aquel pequeño pueblo el guardián de la villa que me acompañaba, salimos a las doce de la noche. Tomamos chocolate a las siete leguas, en la estancia de Yaguarón. Pasamos la siesta en un riachuelo que hay cerca de Paraguarí, y por la tarde llegamos al Itá, antes de oraciones. Éste es el día que más camino hice en toda la visita, porque fue jornada de veintiséis leguas. Es verdad que siempre todo el día llevábamos una posta tirada, mudando caballos con frecuencia. Era lunes santo, y llegué a este pueblo determinado a pasar en él la Semana Santa, como de hecho lo ejecuté con mucho consuelo.

Es este pueblo grande y tendrá hasta trescientas familias, quienes siempre y particularmente en este tiempo santo concurren a la iglesia con grandísima devoción. Hay procesión el Miércoles, Jueves y Viernes Santo, y también el Domingo de Resurrección. Son las procesiones devotísimas: asiste a ellas toda la música, que antes de la procesión, canta la mayor parte de los maitines y gusté mucho de oír cantar las lamentaciones de los indios, alternando con los religiosos. Particularmente cantó el maestro de capilla la oración de Jeremías, que me enterneció sobremanera, porque toda ella comprende literalmente aquellos miserables indios, como evidentemente constará a quien está enterado de la servidumbre en que el español tiene a esta nación.

También hay sermón los días de tinieblas, después de maitines. Predican los curas la Ave María en castellano, cuando el prelado está presente, y lo demás del sermón en el idioma natural de los indios. Al sermón sigue inmediatamente la procesión, en la que, todos, chicos y grandes, llevan faroles. Las indias usan para estas funciones los tipois negros, y muchas de ellas traen en las manos un brasero de barro, y toda la procesión andan

quemando algunas yerbas y resinas aromáticas. El concurso de la gente blanca es numerosísimo; porque todos cuantos viven en las estancias acuden a este pueblo con más gusto que a la ciudad. Mientras se celebran estas funciones, siempre está rodeando el pueblo una compañía de soldados a caballo, por el peligro de que sean invadidos por los infieles, que suelen valerse del descuido que es natural en estas ocasiones.

Habiendo pasado la Semana Santa ocupado en lo que queda dicho, dije el día de Pascua, que fue 2 de abril, la misa de visita, y visité a los religiosos y todo lo demás que me competía; lo cual concluido en ese día primero de pascua, proseguí mi viaje el día segundo, que fue el 3 de abril. A las ocho salimos del pueblo en compañía del cura y otros religiosos, y a las once llegamos a la Recolectión de la Asunción, habiendo caminado en tres horas once leguas, sin cesar un instante el galope. En este camino se encuentran muchas chacras y estancias, y algunas congregadas en un sitio que llaman *Capiatá*, donde hay una muy buena capilla, con su sacerdote, que es teniente de cura, y la iglesia de las que llaman ayuda de parroquia.

La Recolectión dista una legua de la ciudad. Está en bellissimo sitio, rodeada de bosques, los cuales son casi continuados hasta el Itá, y muchos de ellos no tienen otros árboles que bellísimos naranjos que todo el año producen muy ricas naranjas.

En este convento de recoletos, descansamos la siesta hasta las cinco de la tarde, en cuya hora llegaron al convento el provisor y dos canónigos, que inmediatamente que supieron de mi llegada, pasaron a verme (tan obsequiosos como todo esto son en aquella tierra) y en su compañía pasé a la ciudad, donde está un convento que es una de las tres casas grandes que tiene la provincia. No quedó en la ciudad sujeto de alguna forma que no me visitase, como también las comunidades, que las hay de dominicos, mercedarios y jesuitas. En el colegio de éstos hallé dos paisanos: uno era el padre rector Sebastián de San Martín, hombre a todas luces benemérito y que había sido provincial y procurador en la corte de Roma. Tuve íntima amistad con este reverendísimo Padre; y una de las mayores confianzas con que me favoreció fue darme a leer el curioso diario que había formado en su viaje a Roma, en el que vi algunas cosas notables que deseaba saber. Es natural este reverendísimo padre de la villa de Gallur, en la ribera de Castellón, cerca de Tauste.

En el mismo colegio estaba el hermano coadjutor Pedro José González, natural de la parroquia de San Pablo de Zaragoza: en una estancia del mismo colegio, llamada San Lorenzo, que está en el campo grande, a tres leguas de la ciudad, estaba administrando aquella hacienda el padre Miguel López, natural de Argente, en el campo de Visiedo, quienes me obsequiaron notablemente y regalaron con abundancia y generosidad, aunque algunas cosas de bastante valor con que me favorecieron, las devolví con el recado más político que pude, y lo mismo hice con todos los demás, así curas de los pueblos, como vecinos de esta ciudad, lo que no es otra cosa que cumplir con la obligación, y edifica con extremo, particularmente en estas partes de Indias, donde hay pocos exentos de alguna codicia, la que suele comprender a muchos religiosos, con escándalo notable de los seglares.

CAPITULO VIII

Hácese relación de esta ciudad de la Asunción

Está la ciudad de la Asunción situada en 24 grados de latitud sur. Es de temperamento muy cálido y bastante húmedo. Su terreno es casi todo arena, y tanto, que se pasean las calles con mucho trabajo, y en algunas ocasiones llegan a empantanarse las carretas cerca de la misma ciudad, en la arena. Tiene la ciudad cuatro conventos, de que ya hice mención arriba. Tiene una iglesia catedral, antigua, pero bastante capaz. Las iglesias de los demás conventos son muy buenas, y todas comunidades numerosas. Los edificios de la ciudad son pobres: una u otra casa hay muy buena.

Por ocasión de que la tierra es cálida, anda el mujerío un poco inocente. La gente de servicio, como son mestizas, negras y mulatas, ordinariamente andan con camisa y enaguas solamente. Háblase por lo común el idioma natural de los indios, y las mujeres, aunque sepan el castellano, como regularmente no lo hablan con propiedad, repugnan la conversación en lengua española. La mayor parte de la gente vive en sus haciendas de campo. Es el gentío de bajísimo espíritu, y no puede hacerse de él plena confianza. Los vecinos de la ciudad son más cultos, pero no son instruidos en la más acendrada política.

Es esta provincia muy delicada. Se ha sublevado muchas veces contra la obediencia de sus gobernadores: han manifestado poco afecto a la Compañía de Jesús; porque cuantas veces se ha levantado el pueblo, han sido los primeros que han sentido los efectos de la turbulencia, pues siempre han sido ignominiosamente (aunque sin justa causa) expulsados de aquella ciudad.

Reside en ella el gobernador y capitán general de la provincia, el obispo y un comisario del Santo Tribunal. Toda la tropa que hay se compone de las milicias del país, que son aptísimas para las continuas funciones que se ofrecen contra los indios infieles, de que hay muchas naciones en las fronteras de esta jurisdicción, en la que entran cada instante a destruir los campos y ganados, para cuya defensa hay en dicha jurisdicción diversos presidios, en cuya defensa se ocupa la mayor parte de la gente de la provincia, que naturalmente es más inclinada a la guerra que al trabajo.

Los efectos de esta tierra son: primeramente la yerba que llaman del Paraguay, la cual es una hoja de un pequeño árbol, de que hay mucha abundancia por las cordilleras de Curuguaty, y en otras partes de esta jurisdicción, en distancia de sesenta, setenta y cien leguas de la Asunción. El uso de esta yerba, es ponerla en agua caliente, esto es, en la misma taza, y luego tomar dicha agua. Éste es el regular desayuno en todo el reino del Perú, el que regularmente se repite muchas veces al día, y particularmente por la tarde, después de siesta. Para cuando se siente uno con demasiado calor, es una bebida singular, y especialmente para después de haber caminado un rato, en tiempo caluroso. Algunos usan tanto esta bebida, y en especial la gente de campo y de servicio, que pasan muchos años sin probar agua fría.

Un padre jesuita, cuyo nombre no tengo presente, escribió de las virtudes de esta yerba; pero si he de decir verdad, se infiere a posteriori que no tiene alguna. Porque, primeramente, si fuese cálida o fría, había de causar en los que la usan con notable exceso, que son los más, evidente estrago, al modo que lo causaría el chocolate, té o café, si alguno hiciese estas bebidas tan usuales que no probase otro líquido. Es cierto que la dicha yerba no causa el tal estrago, siendo así, que los más, como es dicho, la toman a todas horas, luego parece cierto que las cualidades de fría o cálida, no las tiene; por lo que, si es bebida saludable, como tengo por cierto, debe atribuirse al agua caliente y hervida con que se toma, porque del uso de ésta y sus virtudes, ciertamente se pudieran llenar algunos pliegos, porque no hay duda en que a toda hora es saludable el agua hervida, particularmente por la mañana, después de siesta y estando acalorado, y sólo tomándose con demasiado exceso, puede ser causa de algunas obstrucciones, como también lo es dicha yerba en los más apasionados a ella, si exceden enteramente la moderación, particularmente los que tienen el estómago muy débil.

Débase advertir que ésta y cualquiera otra bebida es mejor sin azúcar que con ella, y caso de ponerle alguna, sea en poca cantidad, porque de lo contrario, sí hay experiencia de que es dañosa. Últimamente debo advertir que un padre de ochenta años, me dijo en una ocasión tener notado que, quien usaba diaria y moderadamente la yerba, nunca padecía mal de orina, y que cuantos había oído quejarse de este mal, eran de los que no la usaban. Sin embargo, yo conozco un religioso, que actualmente es custodio de esta provincia, nombrado fray Francisco Escudero, quien ha treinta años que bebe el mate (que así se llama este líquido) y padece notablemente el accidente de la orina: conque, lo dicho, dicho.

Volviendo pues a los demás efectos, son los más comunes en esta ciudad: miel y azúcar de caña, tabaco, batatas, algodón, maíz y mandioca, y muy poco trigo, o por decir mejor casi nada. Trabájase mucho en maderas que las hay bellísimas, y hácese muchos barcos, botes y falúas con que transportan sus géneros a las ciudades de Santa Fe y Buenos Aires. Casi toda la provincia del Paraguay subsiste por el comercio de la yerba, porque se gasta mucha en todo este reino, y no la hay en otra parte. En toda esa provincia no corre plata, sino que se componen con el cambio de géneros para cuanto se les ofrece.

Detúveme en esta ciudad hasta el día 17 de mayo, en cuyo tiempo logré aquellas diversiones de que la tierra es capaz. Hízome el señor gobernador un convite espléndido el día de Ascensión; hiciéronme otro los padres de la Compañía, en una chacra que tienen a una legua de la ciudad. También consumí mi buena porción de tiempo, en arreglar el modo de fundar un pueblecito de indios con algunas familias de infieles que acababan de sacar y reducir en los montes de Curuguaty, los padres fray Juan Albarenga y fray Antonio Ferreira, quienes, con mi licencia entraron a convertirlos. Comenzose a fundar este pueblo en las tierras de Caazapá, sobre el río Tebicuary, con el nombre de Nuestra Señora del Pilar; y habiendo reconocido en dichos indios, demasiada propensión a la fuga, cuando ya de ellos unos estaban bautizados y otros catecúmenos, fue preciso dejar por entonces la fundación e incorporarlos en el pueblo de Itá, donde con el ejemplo de los demás, permanecen hoy muy aplicados al trabajo y a las artes mecánicas. Eran por todos, estos indios, treinta y uno.

Tiene esta ciudad mucha y dilatada jurisdicción. Son muchas las poblaciones de indios, sin embargo de que más de veinte pueblos de las misiones de los padres de la Compañía, declinaron jurisdicción para Buenos Aires, para cuyo fin consiguieron cédula de Su Majestad por los años 42 ó 41. Después haré una digresión sobre estas misiones, que me parece ha de ser oportuna.

CAPITULO IX

Llego a la ciudad de Corrientes

Ya en la relación hecha en el viaje de Buenos Aires a la Asunción, está explicada la naturaleza de este camino, puertos, islas y costas; conque sólo falta referir una u otra circunstancia que acaeció en el regreso de aquella provincia.

Dispuse el embarcarme en la Asunción el 17 de mayo, y así lo ejecuté en el barco de don Joseph Cañete, favoreciéndome el señor gobernador con otro barco de convoy, por el peligro de los indios. En el mismo día se hizo el barco a la vela, aunque luego paramos en el puerto de Lambaré, a una legua de la ciudad, donde después de haberse hecho de noche, llegó un bote con la noticia de que el baqueano llevaba en la embarcación una mujer hurtada. Con efecto, habiéndose reconocido el barco, se halló la mujer, y a los dos llevaron presos, y muy por la mañana nos enviaron otro indio baqueano muy bueno.

Día 18, nos mantuvimos en este puerto de Lambaré hasta mediodía, porque el viento era mucho, y estos barcos vienen tan excesivamente cargados que no traen un palmo de bordo fuera del agua, y como no tienen cubierta, a fin de poderle poner tercios hasta medio palo, es muy peligroso caminar con viento, aunque sea poco favorable, porque sin duda alguna se entran las olas en el barco. Este día 18 llegamos a la Angostura, de cuyo presidio ya hablamos arriba. Aquí se hace la última visita a los barcos, a fin de ver si se desierta alguna gente de la provincia, peligro que cesa pasando de ese paraje, porque ya es toda la costa de los infieles.

Día 19, navegamos sin viento, con sólo el remo y la corriente, dieciséis leguas, hasta la costa que llaman de Lobato. Por la tarde vimos a la lengua del agua, cuatro caballos; y conociendo ser de indios infieles, se embarcaron dos soldados en una canoa, para balearlos; pero se echaron al agua y vadearon el río, no obstante que en este paraje tiene media legua de anchura. El día 20 amaneció lloviendo y con viento tormentoso, y nos mantuvimos en el puerto hasta el 21, que era día del Espíritu Santo, en que muy por la mañana se armó el toldo y dije misa, como también los días siguientes en que navegamos sin novedad hasta el día 25 en que el barco de convoy se separó, pareciéndole que unas doscientas varas más abajo de nuestro barco había mejor tiempo. Fue para ello a montar un arrecife de piedras, y en ese corto espacio, lo apretó tanto el viento que sobrevino de repente que lo puso en medio río. Al cerrar la noche le vimos con vela, como que quería pasar a la costa del sur, y no lo vimos más hasta el día 28, que lo vimos en la costa de Yomaitá, habiendo dado antes por cierto que había naufragado.

Día 28, nos hallábamos veinticuatro leguas de la ciudad de Corrientes; mas este día no pudimos navegar, porque se embriagó el baqueano, sin saber de dónde hubiese podido haber a las manos alguna porción de aguardiente. No obstante, a la noche, que había una gran luna, se navegó casi toda la noche; de modo que el día 29 a las diez nos pusimos a vista de Corrientes, y haciendo la travesía que forman los dos ríos Paraguay y Paraná, que aquí se juntan, llegamos a la ciudad a las tres de la tarde, y en la misma hora pasé al convento, cuya visita hice en los tres días siguientes.

Es de notar que el viaje ordinario, de Paraguay a Corrientes, es de seis o siete días, y esto sin poner velas, sólo con el remo y la corriente, y el haber consumido tantos días, nosotros, consistió en que el río traía poca agua, y lo mismo sucedía con el Paraná, porque las dos crecientes ordinarias, que todos los años son indefectibles por el mes de octubre y la cuaresma, habían faltado en este año de 52, por cuya causa eran los viajes dilatados, particularmente si las embarcaciones eran grandes, como en la que yo venía; porque en muchos parajes era necesario parar un día y mandar que saliese el baqueano a sondar con la canoa todo aquel trecho que había de navegarse el día siguiente.

Hasta el día 13 de junio, por la tarde, estuve en Corrientes, pero el día 8 de este mismo mes, viendo que los barcos se demoraban mucho en aquel puerto, mandé juntar los baqueanos para que me dijese la causa de la detención; respondiéronme que la ocasionaba la poca agua que traía el río, que se había de esperar algo de creciente, o que llegasen algunas embarcaciones de abajo para informarse de la agua que llevaba en otros parajes más peligrosos; viendo esta demora, di orden de que se buscase un botecillo pequeño en que conducirme, y entre tanto me ocupé en visitar despacio el convento y pagar las visitas a las comunidades y demás vecinos que me hicieron favor.

Llegó el 13 de junio y me embarqué por la tarde en el botecillo, que era del pueblo de Itatí, y en quince días llegué a Santa Fe, en cuyo convento entré el día de San Pedro. Parece que fue disposición de Dios que no quedase en Corrientes, para esperar a venir con los barcos, porque se dilataron cuarenta y siete días en el viaje: les faltaron los bastimentos, y para no perecer, cazaban en las costas del río todo género de animales, tigres y otras fieras, y con tanta desgracia que un tigre les mató un soldado, llevándole de la primera acción el brazo por la raíz del hombro.

No puedo omitir que en Santa Fe, me dejé un mono que traía desde el Paraguay, cuyas circunstancias jamás se han visto en otro de su especie. Se había domesticado tanto conmigo, que me seguía a cualquiera parte, fuese por el monte o por poblado. De modo que cuando yo salía a la costa, se subía a los montes y árboles más elevados, pero en llamándole, bajaba hecho una exhalación, y lo mismo ejecutaba por los tejados, con advertencia que no permitía le cogiese otro alguno; le había yo mandado hacer todo vestido, y también su bata, y lo había reducido a tanta mansedumbre, que con gran quietud me tenía el breviario abierto todo el tiempo que yo rezaba. Sin embargo era necesario tenerlo atado, no estando presente, porque todo lo revolvía y rompía, vasos, jícaras y cuanto encontraba. Este animalito y algunos loros dejé en Santa Fe, para que en el primer barco me lo despachasen a Buenos Aires, pero el mono se murió por falta de cuidado. Uno de los loros era graciosísimo. No sabía pronunciar más que esta palabra:

creo. A todo cuanto se le hablaba decía *creo*; si se veía en algún trabajo de hambre, o sed, decía *creo, creo*, más de veinte veces. Éste lo regalé a mi compadre don Joseph Vienne, cuando partió con su navío a Lisboa.

CAPITULO X

*Salgo de Santa Fe para Buenos Aires y me detengo en esta ciudad hasta el 5 de octubre.
Derrotero o diario del viaje que hice de Buenos Aires para Córdoba*

Muchas gracias di al Señor de verme en Santa Fe, fuera de los muchos peligros en que se hallaban los que navegan la carrera del Paraguay, ya por ser el temperamento poco sano, ya por los muchos indios infieles que tienen contaminada la costa; particularmente tuve grandes recelos estos quince días que navegué en el botecillo, porque venía indefenso y fueron muchos los indios que descubrimos en diversas ocasiones.

Siempre tuve ánimo de visitar toda la provincia de Tucumán, antes de bajar a Buenos Aires; mas yo esconfié en Corrientes, porque allí recibí muchas cartas cuyo contenido me ponía en la mayor precisión de bajar a aquel puerto. Otras muchas hallé en Santa Fe que confirmaban más y más la necesidad de mi asistencia en aquella ciudad; porque ocurrían en los dos conventos de aquella ciudad ciertos negocios tan enconados, en que ya habían tomado la mano el obispo y gobernador, y no resultaba de todo poco escándalo.

El día que llegue a Santa Fe, mandé aprontar caballos para el primero de julio; y ese día, muy por la mañana, salí con el señor teniente de gobernador y el guardián, en su coche, hasta el río nombrado Santo Tomé, que pasamos en un bote, donde habiéndome despedido de éstos, tomé caballo con mi compañero y tres mulatos muy buenos mozos, y este día llegamos a un pueblo de indios nombrado Calchaquí, del cargo de nuestra religión, que dista de Santa Fe veinte y cinco leguas, y no me detuve a visitarlo porque la precisión de caminar era mucha.

El día siguiente, 2 de julio, salí muy de mañana de este pueblo, y al pasar el río Carcarañal, que está inmediato, hubo de sucederme una desgracia. Estaba a la sazón muy caudaloso; y habiéndolo vadeado todos los de mi comitiva, pasé yo el último, pero el caballo se inclinó demasiado a la izquierda y perdió el fondo, comenzó a nadar y lo sostuve algún tanto con las riendas, hasta que uno de los mulatos entró a caballo y se puso delante del mío, a quien sirvió de guía para que tomase otra vez el vado. Hacía mucho frío y tuve que mudarme la ropa, y aun tuve la fortuna de llevar una túnica y hábito viejo en la maleta del compañero. Este día no paré a la siesta, porque el día estaba bueno, y vine a las Hermanas, a casa de don Santiago Ontiveros, que dista de Calchaquí otras veinte y cinco leguas.

Este día 2 de julio, fue el más tormentoso de viento que jamás he visto, aunque no fue molesto hasta la tarde en aquel paraje. Aquella noche derribó muchos ranchos, o casitas de las que hay por la campaña; arrancó innumerables árboles, y lo más deplorable fue que

esta misma tarde se perdió a vista de Montevideo el navío «La Luz», que salió de Buenos Aires para España, y naufragó tan enteramente, que no se libró ni una sola persona de ciento treinta y tres que estaban en el navío, y también fue a pique un millón trescientos mil pesos, aunque después se buscaron con felicidad.

El día 3 continuó el viento tormentoso; no obstante que hice jornada de veinte leguas que hay hasta Areco. Este día cayeron por el paraje por donde yo caminaba algunas gotas de agua, que después me dijeron haber sido nieve en Buenos Aires, donde hacía treinta y siete años que no había nevado. El día 4 salí de Areco, después de medianoche, y a la una del día estaba en San Isidro, que dista cinco leguas de la ciudad de Buenos Aires, camino que ya es deliciosísimo, porque, sobre andarse por la playa del gran Río de la Plata, está poblado de bellísimas casas de campo. Por la tarde hice este camino, y a dos leguas de la ciudad hallé un coche con dos pares de mulas, que me esperaba, en el que pasé al convento y entré en él a las cuatro de la tarde, sin que nadie supiese de mi llegada, porque todavía se me suponía en Corrientes, a excepción de un religioso a quien yo tenía libradas algunas providencias y avisado del paraje donde estaba y del día y hora en que llegaría.

Éste es el viaje que en mi vida he practicado con más diligencia, porque en cuatro días no cumplidos, y los más rigurosos del invierno, pasé las cien leguas que hay de Santa Fe a Buenos Aires, con mi compañero lego y tres mozos, y sin más conveniencia que la que permite la grupa y maleta.

Después que descansé, recibí y volví las visitas; y después que comuniqué con los señores obispo y gobernador, los graves negocios que ocurrían, pasé al convento de la Recolectión a dar gracias a mi patrona y madre la Santísima Virgen del Pilar, con cuyo amparo tuve buena salud y felicísimo viaje en mi jornada al Paraguay, y lo que es más, compuse todas las cosas de Buenos Aires que me habían hecho apresurar el viaje, a satisfacción mía, mejor que yo podía pensar, y sin que nadie supiese el cómo ni cuándo. Visité los dos conventos de esta ciudad y descansé hasta el 5 de octubre. De todo sean dadas gracias al Señor y a su Santísima madre del Pilar, mi abogada y patrona de todos mis oficios, peregrinaciones, navegaciones y trabajos. Amén.

En el tiempo que estuve en Buenos Aires, convoqué al capítulo provincial para la misma ciudad en el día 2 de febrero, en cuya atención ya no podía visitar los conventos de la gobernación de Tucumán. El capítulo no debía ser hasta 21 de marzo, pero por facultad que para ello tuve, lo adelanté cerca de dos meses, por lo que resolví no pasar de Córdoba, que dista de Buenos Aires ciento sesenta leguas, por el camino más derecho. Los caminos que hay son muchos, pero todos peligrosísimos, por ser parajes despoblados y tierras propias de los infieles.

Determiné salir para esta ciudad el 5 de octubre, como con efecto sucedió por la tarde, después de una larga visita con que me honró el señor obispo, llevándome juntamente el título de Examinador Sinodal, favor que también me hicieron los ilustrísimos ordinarios del Paraguay y Córdoba. Esta tarde, pues, del día 5, pasé a la calera del convento con sólo mi compañero lego. El día 6 pasé a la casa de campo del capitán Pesoa, donde me detuve los días 7, 8, 9, y hasta el 10 por la mañana en que llegó mi secretario con tres mozos y

cuarenta caballos con algunas mulas, y fuimos esa tarde junto a la casa de don Pedro López, donde en un lindo prado pusimos el toldo o tienda de campaña, y pasamos la tarde alegremente, midiendo las jornadas que debíamos hacer hasta Córdoba, regulando el viaje con la mejor comodidad y pausa posible.

El día 11 anduvimos seis leguas, hasta un pueblecito que llaman el Pilar, por ser la Santísima Virgen del Pilar titular de su iglesia, en la que dijimos misa el día siguiente, y después hicimos viaje de doce leguas, hasta el río de Areco, y el siguiente, que fue el 13, caminamos diez leguas y llegamos a la estancia de San Martín, en el paso de las Piedras del río Arrecife. De aquí despachamos los mozos por el camino real, con orden de que esperasen en las Hermanas, entre tanto que nosotros pasábamos todo el día 14 en el nuevo convento del Rincón de San Pedro, que está dos leguas desviado del camino, donde descansamos todo el día, y el día 15 alcanzamos a mediodía a los mozos, en el paraje que les teníamos señalado, que dista de San Pedro ocho leguas, donde descansamos lo restante del día, atraídos del raro genio del dueño del rancho, en cuya puerta teníamos puesta la tienda de campaña. Era este hombre, a mi parecer, mestizo, o mulato, y de las mismas circunstancias me pareció su mujer, y ambos eran como de edad de cincuenta años, harto feos y con un vestido pobrísimo. Luego que nos apeamos le preguntó el prosecretario, cómo era su nombre, y respondió que se llamaba don Santiago Ontiveros, y sin cesar prosiguió diciendo que estimaba mucho la obsequiación que se le hacía con nuestro hospedaje, y que por elevación un *pandem pandem et de veriguando* lograba su rancho estas fortunas, que lo estimaba mucho y que viéramos si podía servirnos en algo con *su nada* y luego mandó a la señora que saliese, diciendo: *desaloje usted por un rato de ese camarín y venga a la conversa de los padres*; y es de notar que toda su casa no era más que un ranchito compuesto de paja, y por el medio estaba dividido con dos cueros, y a la división que servía para dormir la llamaba camarín. Por oírle pues hablar todo el día en este tono, nos quedamos allí con mucho gusto, y él lo tuvo también, porque comió y bebió a satisfacción, y nos contó que un padre mercenario que había pasado por allí aquella tarde, había sido su *contemporáneo* en los estudios.

El día 16 anduvimos trece leguas, hasta la estancia de Pedro González, y el día siguiente, 17, habiendo comido en casa del doctor Cosío, cura del Rosario, pasamos al pueblo de Calchaquí, que es de indios y está al cargo de nuestra religión, como queda dicho, del cual salimos el día 18 y caminamos veinte leguas, hasta la estancia de don Manuel de Gaviola, y el siguiente por la mañana entramos en Santa Fe, donde queríamos detenernos hasta que lloviese, porque hay unas cincuenta leguas de travesía, en las cuales no se halla agua sino después de haber llovido. Detuvimos en esta ciudad hasta el día 25, a la que el día 24 llegó un religioso de Córdoba a encontrarnos, con veinte caballos, y esa misma tarde hubo una lluvia copiosísima, y valiera más que no la hubiese, pues pensando que había sido universal en toda la travesía, nos vimos después en el mayor aprieto.

El dicho día 25 fuimos de Santa Fe a las Saladas que distan de la ciudad ocho leguas, y en ellas, que son unas lagunas, encontramos agua, pero no bebimos porque pasamos a hacer noche dos leguas más adelante, donde pensábamos hallarla y no la hubo. El día siguiente salimos tarde de este paraje, con ánimo de no pasar de las Encadenadas, donde suponíamos cierta el agua en siete pozos cavados que hay en este sitio, y tampoco la

encontramos, conque ya hacía dos días cabales que no la bebíamos. De aquí salimos el día 27, y el secretario y yo nos adelantamos para llegar a un montecillo que dista de las Encadenadas siete leguas, donde tampoco había agua; no obstante paramos dos horas hasta que los demás nos alcanzaron, admirándose todos de que hubiésemos reconocido todo el monte y estuviésemos vivos, porque todo él es una madriguera de tigres. En fin, todos descansamos un rato, y aquí me afligí algún tanto, porque ni los caballos comían, ni tampoco pude conseguir que el secretario, compañero y mozos, tomasen alguna cosa. Yo no me hallaba con notable necesidad, porque en medio de mi sed, hice calentar un pollo y lo comí todo con un pedazo de jamón y dos buenos tragos de vino; y aunque yo les asegurase que con sólo el vino podían pasar muy bien y que les mitigaría la sed, mas como acá lo usan poquísimo, aprendieron con tenacidad que dentro de poco rato se verían dobladamente sofocados, añadiendo el calor del vino al del tiempo, que era ya verano y caluroso; no obstante a mí me iba muy bien con la contraria opinión, sin embargo que como ya había tres días que no bebía otra cosa, me hallaba sumamente necesitado, aunque disimulaba por alentarlos.

Las tres de la tarde serían, cuando salimos de aquí y mandamos los dos mozos se adelantasen al Pozo Redondo que dista del monte Quebracho seis leguas, y que en caso de que allí no hubiese agua, cavasen algún pocito, porque es la tierra muy húmeda en aquel paraje, y se halla pronto el agua; pero todo fue en vano, porque cuando llegamos, no obstante que habían practicado todas sus diligencias, no hallaron agua. Hacíase ya de noche y determinamos el padre Secretario y yo, adelantamos con un compañero y un mozo a caminar toda la noche a un paso mediano, porque ya los caballos no estaban para más, dejando orden de que los demás caminasen sin cesar hasta el presidio del Tío que distaba veinte leguas de allí, donde hay un río caudaloso, para donde nosotros íbamos también consentidos en no hallar agua hasta ese paraje; mas el Señor que no quiere la muerte del pecador, dispuso que la hallásemos donde menos pensábamos; porque sería como cosa de media noche, cuando el mozo que llevábamos, que iba en un caballo unos cuarenta pasos delante de nosotros, dio voces con grande alborozo, diciendo haber allí una laguna, como con efecto la había con agua suficiente para toda la comitiva y caballos. Apeámonos y bebimos, aunque no mucha, porque no nos hiciese daño. Encendióse fuego; dispúsose luego un asado de ternera bueno y abundante, de modo que, cuando llegó la demás gente, hallaron la cena dispuesta, conque pasamos el resto de la noche muy alegres y casi sin dormir; y es cosa rara que siendo todas estas leguas un paraje peligrosísimo de indios infieles, a nadie ocurrió temor alguno, ocupados todos con el peligro que íbamos tocando: llámase este paraje donde hallamos agua, la Cabeza del Buey.

El día siguiente, que fue el 28, al amanecer, llegaron veinte soldados que el maestro de campo de Córdoba dispuso saliesen a encontrarnos, porque ya tenía noticia de que habíamos salido de Santa Fe, y quiso hacernos este obsequio; y después de haber almorzado muy bien, anduvimos cuatro leguas hasta mediodía y paramos en las Víboras, donde comimos y descansamos toda la siesta, y por la tarde llegamos a un presidio llamado el Tío, de donde salió a recibirnos el maestro de campo con todos los demás soldados que allí había, que serían por todos unos cuarenta. Nos hospedamos en el mismo fuerte, que está construido con muy buena idea y foso, que aunque todo él es de tapia,

pero es competente para la defensa de los indios, cuyas armas no son proporcionadas para batir ningún género de muralla por débil que sea. Pasa por inmediato a la fortaleza el Río de Córdoba, que juntándose poco más abajo con el de Santiago, se sumen ambos en un arrenal, componiendo un gran pantano que llaman la Mar Chiquita.

Habiendo pues descansado a satisfacción, ya sin recelo ni cuidado de indios, continuamos la marcha por la mañana y anduvimos seis leguas, hasta mediodía, parando a comer en la margen de un pequeño arroyo de cuyo nombre no me acuerdo, y por la tarde fuimos en compañía al Río Segundo, que tiene una de las mejores aguas que he bebido en mi vida. El día 30 por la mañana fuimos a la Plaza de Armas, distante nueve leguas de dicha estancia, donde el maestro de campo tiene su ordinaria habitación. Descansamos aquí todo el día y el 31: hallamos por la mañana un coche que venía a encontrarnos y en él fuimos a una bellísima estancia de un vecino de Córdoba llamado Villamonte, con muchos cuartos y preciosa capilla y nos detuvimos en ella hasta después de haber dicho misa el día de finados, que luego salimos para Córdoba, donde entramos el día 3 por la mañana.

Es esta ciudad no muy grande, pero de bastante autoridad. Reside en ella el obispo del Tucumán y un teniente rey de esta provincia. Tiene muy buena iglesia catedral con prebendados; seis conventos, los cuatro de religiosos mercedarios, dominicos, jesuitas y franciscanos, y dos conventos de monjas dominicas y carmelitas. Hay Universidad, que está toda ella a cargo de la Compañía, cuyo colegio es el principal de la provincia. En él hallé cinco aragoneses; uno acababa de ser catedrático de prima, que a la sazón era procurador general de provincia, llamado el padre Antonio Miranda, hombre doctísimo, muy religioso y de admirables circunstancias; los demás eran cuatro hermanos estudiantes, Verón, García, Ruiz y Durán, e hijos de Codos, Villalengua, la Cañada y Monterde. Los visité varias veces, y el padre Miranda me honró con notable familiaridad. Este padre es de tierra de Barbastro, pero no tengo presente su patria. Vi todo el colegio y noviciado, que es obra singularísima, y también la iglesia, cuya bóveda es de madera y lo más de ella está dorada.

La ciudad está en un vallecito pequeño y redondo, báñala un río que llaman de Córdoba, medianamente caudaloso. Está rodeada de montes, y a vista de ella hay unas sierras bastante elevadas, de donde nacen algunas fuentes y arroyos, y hay algunos peñascos y bastantes piedras, cosa que no se halla en todo el camino hasta Buenos Aires, ni tampoco en la carrera del Paraguay, que tiene cuatrocientas leguas.

El convento nuestro de esta ciudad es el más antiguo que tiene esta provincia, el de mejor formación y el más regular. A fines del siglo pasado vino una misión de Aragón, y probó muy bien: no he podido averiguar los nombres y apellidos de los sujetos; sólo se sabe el del padre fray Joseph Velilla, cuya memoria será perpetua por su distinguida opinión de santidad. Murió siendo guardián de Córdoba, y sin que sujeto alguno le hubiese notado enfermedad. Llamó al vicario del convento el día 14 de agosto, a tiempo que tocaban a vísperas de la Asunción, y le dijo que no obstante ser la festividad tan clásica, que rezasen las vísperas, y concluidas mandase tocar a credo o agonía, y que viniesen a la celda, que había llegado ya la hora de su muerte. Todo sucedió así, porque habiendo ido

la comunidad a su celda, le hallaron sentado en la silla, y pidiendo le cantasen el *magnificat*, expiró al acabarse el cántico.

Desde el día 3 de setiembre hasta el 9 de diciembre, me detuve en esta ciudad, ocupado ya en la visita del convento y ya en otras ocupaciones ocurridas, particularmente en la de dar expediente a varias consultas que a pedimento del señor Obispo trabajé, a quien debí especialísimas finezas, como a todos los más distinguidos de esta ciudad, que ciertamente son muy obsequiosos y muy afectos al hábito de San Francisco.

Llegado el día 9 de diciembre salimos para Buenos Aires y llegamos este primer día al Río Segundo, que nace en las sierras que están al oeste de Córdoba, y corre casi derechamente de sur a norte. Eran las nueve de la mañana, cuando llegamos a una ermita de Nuestra Señora del Pilar, que está en este paraje y es iglesia parroquial, fundada por unos zaragozanos, descendientes, según supe, de los condes de Sobradiel, que se avecindaron en Córdoba, y ahora mismo permanecen algunos de esta familia en demasiada pobreza. En la costa, pues, de este río, que está vestida de muchos árboles y excelentes bosques, paramos todo lo restante del día 9 y hasta el día 11 por la mañana, esperando que llegasen los caballos que estaban en una estancia distante veinte leguas.

Veníamos ocho religiosos de comisión, agregados a una tropa de carretas y dos carretones de provincia, en que traíamos las providencias necesarias de víveres, etc. Lo pasábamos alegremente en cualquier paraje donde nos demorábamos, y más en este del Río Segundo, que está poblado de diversas casas de campo, donde hay ganados mayores y menores, aves y frutas con abundancia. Por la tarde nos bañábamos en el río, que tiene bellísima agua y la mejor que hay en esta jurisdicción de Córdoba. Aquí observé una cosa muy rara, que, aunque la había leído, ni la tenía presente ni experimentada. Redúcese a que hallamos una culebra demasíadamente grande, y haciendo la diligencia para matarla, nos dijo uno de los religiosos que no lo hiciésemos hasta experimentar en ella lo que en otras, que fue aplicarle una caña, y con sólo el contacto, se adormeció de modo que quedó sin movimiento y luego murió. Esto sucedió en mi presencia; no sé si con todas las culebras sucede lo mismo, ni si en todas las cañas hay una misma virtud, porque las especies que por acá he visto de cañas, son diversísimas, particularmente de las que llaman cañas de Castilla, son del todo diversas a las cañas que llaman bravas, que son de extraordinaria grandeza, en tal manera que de dos de ellas se hace una escalera capaz de servir en la más elevada fábrica. Yo las he visto de cincuenta varas de largas y cinco palmos de gruesas, y hay crecidísimos bosques de ellas en las costas del Gran Paraná, y en muchas partes del Paraguay. La que sirvió para hacer la experiencia en la culebra, era de las que llaman de Castilla.

El día 11 por la mañana, pasamos el río, que a la sazón podía vadearse muy bien, y luego tuvimos que parar todo este día y el siguiente, porque, habiéndose descuidado el mozo que guardaba los bueyes, se le volvieron a Córdoba la noche del día 10, y fue necesario buscarlos, porque de otra manera no podían conducirse los carretones.

Estos carretones son a manera de los carros de España, pero sin comparación mayores, y la caja viene a ser un cuarto portátil de madera, con buena bóveda, con puerta y ventana y

capacidad para poner un catre, quedando lugar para otras muchas providencias, de modo que en él se hace viaje con grandísima comodidad, se lee, se escribe y se hace todo cuanto es necesario, y muchos tienen su balcón en la popa, donde pueden ponerse dos, cada uno en su silla: sin embargo de que el movimiento es molesto, porque toda esta máquina descansa sobre el eje.

Llegó en fin el día 13, y caminamos cinco leguas hasta un paraje que llaman Empira, donde me halló un mozo que me conducía unos pliegos de Buenos Aires, y para responder a ellos, fue necesario suspender la marcha todo este día y el 14, hasta la tarde, después de ponerse el sol, que hicimos viaje de siete leguas que dista de Empira la cañada que llaman del Gobernador, donde hallamos una tropa de cincuenta carretas que venía de Buenos Aires, y habiendo descansado un rato, pasamos el día 15 por la mañana, dos leguas que hay de la dicha cañada hasta el Totoralejo, de donde por la tarde nos adelantamos con el toldo al Río Tercero; y aunque los carretones llegaron el día 16 por la mañana, nos detuvimos no obstante todo el día, para componer una rueda que estaba descompuesta. Es éste un paraje deliciosísimo, por los bellísimos bosques de que está vestida la costa, y ahora veinte años estaba toda ella pobladísima de buenas estancias y creo que no tiene todo el reino del Perú mejor paraje para cría de ganados; mas hoy no se ven sino arruinados edificios, por las continuas y cruelísimas invasiones con que los indios han devastado estas campañas, sin embargo de que ya se ve una u otra estancia y creo que en breve tiempo volverá a poblarse, no obstante que el peligro es sumo, y deberán siempre vivir con grandísimo temor. Cinco leguas de este paso, hay una estancia que llaman de Roldán, adonde fuimos el día 16.

Día 17, fuimos al paraje que llaman el Fraile Muerto, donde también se veían muchos edificios destruidos por las invasiones de los infieles, y todavía están bastante altas las paredes de la iglesia, en la que rezamos un responso, y pasamos a hacer noche a la estancia de don Jerónimo Quinteros, que dista cinco leguas de la de Roldán y una del Fraile Muerto.

El día 18 por la mañana, salimos algo tarde y paramos en un bosque sobre el mismo río en paraje bien peligroso de indios infieles. Aquí sucedió un bellissimo chiste. Venía en nuestra comitiva el custodio de la provincia, que cada instante se separaba de la tropa y quedaba atrás, otras veces se adelantaba, particularmente donde él tenía noticia que había algún rancho, aunque estuviese muy desviado del camino, no dejaba de reconocerlo, por lo que pasaban seis y siete horas sin que lo viésemos, y hubo noche que por no hallarnos estuvo solo por el campo y sobre el gravísimo peligro a que se exponía, seguía el inconveniente de que para alcanzarnos maltrataba los caballos.

Habiendo pues, determinado escarmentarlo, después de haber pasado este día, se dispuso que se desnudasen algunos de los peones de la tropa, y tomando lanzas, bolas y macanas, que son las armas de que usan por este paraje, se pusiesen en lugar oculto y cerca del camino, por donde había de pasar dicho padre, que no sabía dónde nosotros habíamos parado a sestar, pues aunque estábamos cerca del camino, pero estábamos en la raya del río, cubiertos de un espesísimo bosque. Cuando ya los peones descubrieron al padre salieron de diversas partes y a gran distancia, como a cortar el camino; iban con

exorbitante griterío, y tocaban unas cornetillas que usan los indios cuando dan sus asaltos. Todavía estaban muy lejos, cuando ya el padre comenzó a titubear y a asustarse. Iba a la sazón, montado en una mula blanca, y por consiguiente imposibilitado para la fuga, por ser la mula bestia improporcionada para carrera larga y precipitada, conque tuvo a bien de pararse a medio camino y ocuparse en hacer actos de contrición, y éstos mal formados, y que más parecían actos maquinales que humanos.

Cuando ya los mozos se acercaron a él, y los vio enteramente desnudos, pintado el cuerpo y embarrada la cara, como los indios usan, estuvo para caer de la mula por causa del temblor que lo ocupó, hasta que por fin los mozos le hablaron y los conoció, teniendo éstos la gran fortuna de hallarle enteramente desarmado, que de no, creo que después de conocidos, embiste con ellos. Finalmente, logrose el susto que se intentó y también el efecto que se pretendía; porque la consideración de que podía suceder de veras en aquellas campañas lo que acababa de experimentar de burlas, le dejó tan atemorizado, que en lo restante del camino jamás se apartó seis pasos de la comitiva. Este mismo día por la tarde, llegamos temprano al paraje que llaman las Barrancas; pusimos el toldo a la lengua del agua, y habiendo refrescado y descansado a satisfacción, nos bañamos en el río antes de cenar. Anduvimos este día ocho leguas.

Día 19 por la mañana, anduvimos cuatro leguas hasta la estancia de Ruiz Díaz, que está en el paraje llamado el Salado y aquí se juntan el Río Tercero y Cuarto, y mudando el nombre componen el río nombrado el Carcarañal, que pasa por Calchaquí y entra en el Gran Paraná, a veinte leguas de distancia de Santa Fe. El Río Cuarto trae el agua salada, y viciando al Río Tercero, queda el Carcarañal inservible, de modo que no puede usarse para la bebida. Desde el Saladillo, ya es toda la costa del río muy pelada y desapacible, porque no tiene árbol ni multa alguna en sus márgenes. Sin duda que la cualidad de ser tan salada el agua, esteriliza toda la tierra que baña.

En lugar inmediato a dicha estancia, nos detuvimos toda la siesta, en cuyo tiempo llegó una tropa de tres mil mulas, sacadas de las estancias de Buenos Aires, para el Perú. Eran todas de dos años y habían costado a dos pesos y medio cada una. Para conducir las, es necesario mucha peonada que las lleven o arreen en un medio círculo; porque, si por algún acontecimiento, dispara y se divide la tropa, se pierden todas o las más; porque como en estas vastísimas campañas hay muchos millares de yeguas y caballos cimarrones, alzados y sin dueño, una vez que se juntaron con estas manadas, ya no hay remedio para rodearlas y separarlas, porque es ganado que atropella a cuantos se presentan por delante, no obstante que habiendo porción de gente, suelen algunos utilizarse con la industria del lazo.

A vista de nosotros, este día disparó y se desparramó la dicha tropa de tres mil mulas y salió dividida en más de veinte partes; pero tuvieron los conductores la fortuna de que eran las diez del día, y ocupando hasta ponerse el sol, pudieron unirlas en una manada como antes iban. Éste es el mayor peligro que tienen los mercaderes, de los cuales muchos se pierden en un instante. Es necesario que el cuidado de los peones sea excesivo, porque es ganado que de nada se espanta; y no se necesita menor cuidado de noche, no obstante que lo encierran con corral de cuerda. Esta conducción de tropas tan

numerosas, causa mucha admiración cuando se refiere en España y otras partes, donde fuera imposible ejecutar lo mismo. Con efecto, refiriendo en conversación a uno estas cosas, dijo que sólo hallaba dificultad en los pesebres que necesitaban en las posadas, como si éstas las hubiesen ni fuesen necesarias para este fin; pues nacidas estas mulas en campaña y criadas en ella, no tienen jamás otro modo de mantenerse que con el continuo pasto que ofrecen los campos.

En este mismo paraje nos detuvimos todo el día 20, por ser lugar muy apacible y de bellísima agua, y por la noche nos adelantamos con el toldo unas cuatro leguas, y tuvimos el mayor susto que se nos presentó en todo el viaje. Porque serían las once de la noche, cuando a distancia de medio cuarto de legua, vimos fuego, y cuando sintieron en él el ruido de nuestros caballos, se ocultó dicho fuego repentinamente.

Lo vimos desviado del camino y en lugar muy peligroso; y esto de haberse ocultado nos hizo consentir en que indefectiblemente eran indios infieles. Parámonos todos, y yo, sin que los demás de la comitiva lo entendiesen, porque la noche era oscurísima, mandé a un mozo de mi satisfacción que tomase una media vuelta y examinase lo que aquello podía ser, y me volviese la respuesta con todo secreto. Hízolo brevemente y me dijo que eran cinco carretas que bajaban a Buenos Aires, cargadas de suela y cueros. Asegurado yo del peligro, quise entrar a discurrir con los demás lo que debía hacerse en este gran riesgo. Mi secretario decía que era imposible huir, porque siendo indios como lo suponía yo, nos tendrían ganada la espalda, o perfectamente cercados. El guardián de Córdoba era de dictamen que huyésemos a rienda suelta hasta ganar la estancia de Ruiz Díaz, que distaba solas cuatro leguas, que la noche era oscura y que los indios jamás embisten de noche. El padre Custodio decía que los caballos habían de cansarse y ocuparíamos mucho tiempo en coger otros, etc. Otros decían que el río sólo distaba un cuarto de legua sobre la derecha, que podíamos ocultarnos secretamente hasta la mañana, etc.

A mí me pareció lance proporcionado para acreditarme de valiente, asegurado de que, no sólo no había riesgo, sino confiado en que eran las cinco carretas, y así les dije que antes de dar mi dictamen tomásemos todos un poco de vino; ya ellos extrañaron —240→ la frescura, pero no se les fue el miedo. Habiendo bebido lindamente, les dije que el mayor peligro estaba en la fuga; porque en ella conocerían muy bien los indios nuestra cobardía; que ocultarnos en el río no era buen medio, porque no pudiendo ocultarse los caballos, era forzoso que al hacerse de día, fuésemos invadidos, y así que yo era de dictamen que continuásemos el camino, expuestos a todo riesgo, y que para ese fin se me entregase una sola escopeta que venía en la comitiva, y que con ella les haría tener a los indios un poco de respeto, y como por todos caminos estaba el cuento malo, convinieron por fin en lo que yo determiné. Púseme delante de todos; manifesté grandísimo valor; los animaba sin recelo alguno, y hacía burla de la pusilanimidad que los tenía medio muertos; y en verdad que, confesando lo que siento, creo que no había otro más cobarde que yo. En fin, cuando ya muy de cerca, divisamos el fogón medio apagado, y algunos bultos, se les habló y no respondieron, porque los carreteros tenían otro tanto miedo. A mí me decían que no me acercase tan aprisa, a lo que respondí que estaba deseoso de despedazar un millón de indios, y así dije con voz más esforzada, que respondieran cualesquiera que fuesen, porque si no destrozaría media docena del primer trabucazo. Luego los pobres hombres

se explicaron y respiraron todos. Se hizo muy buena cena y en toda ella se celebró mi valentía y ánimo, y todavía están en la buena fe de que soy un hombre alentado.

El día siguiente que fue el 21, estuvimos al mediodía en la Cruz Alta, paraje antes muy poblado, y en que todavía se descubren muchos arruinados edificios, desamparados por las continuas invasiones de los indios. Cantamos un responso en lo que fue iglesia, y pasamos esta misma tarde a la estancia de Vergara, donde nos recibieron con mucho afecto. Es la estancia perteneciente a la jurisdicción de Santa Fe, y está en el paraje que llaman los Desmochados, sobre el mismo Río Tercero, que aquí se llama ya el Carcarañal.

El día 22 vinimos a las estancias que están próximas a la capilla de Rosario, en los Arroyos, distantes de Buenos Aires sesenta leguas, de cuyo camino tengo ya hablado anteriormente el cual pasamos muy despacio, y haciendo tiempo a que finalizasen las pascuas, por evitar aquellas formalidades y ceremonias políticas de la ciudad; por cuya causa no llegamos a Buenos Aires hasta el 6 de enero de 1751, al tiempo preciso de disponer las cosas capitulares, por ser el día destinado para la celebración el 2 de febrero siguiente, en el que con efecto se celebró con suma paz y concordia, de modo que, con todos los votos fue electo ministro provincial mi secretario el muy reverendísimo padre fray Antonio Mercadillo, lector jubilado y examinador sinodal del obispado de Córdoba.

NOTA.- De todo lo que de esta provincia queda dicho, se podrá inferir ser la más dilatada de toda —242→ la orden; pues necesita un provincial de andar dos mil leguas para visitarla. Omito otras advertencias que aquí debiera hacer, porque lo escrito basta para hacer memoria de estos países, cuando el Señor me conceda el singular favor que le pido de retirarme cuanto antes a un rinconcito del Paraguay.

APÉNDICE

Viaje a las Misiones de la Compañía de Jesús, en compañía del señor obispo del Paraguay, en ocasión de hallarse el excelentísimo señor don Pedro de Cevallos y el señor marqués de Valdelirios en los pueblos de San Borja y San Nicolás, para los efectos que han sido bien públicos en toda la Europa. El señor Obispo que lo es el excelentísimo señor don Manuel Antonio de Latorre, vino de la Corte con orden de pasar luego a visitar los pueblos de su jurisdicción en dichas misiones, que son trece, y a tener varias conferencias con dichos señores, las que por varias etiquetas no tuvo personalmente, y con la instrucción que convenía, pasé yo a tenerlas con los dichos jefes.

DIARIO

Julio:

Salimos del Paraguay día 18 de julio de 1759, llegamos a las dos de la tarde a Ipané 9

Día 19, a comer a Yaguarón y cenar a Paraguarí	11
El 21 fuimos al Barrero	7
El 22 a comer a Tabapuí y cenar en Guiindí	7
El 23 comimos en casa de Vera y cenamos en la estancia de Caballero	8
El 24 comimos en Tebiqua y cenamos en San Miguel	7
El 25 al primer pueblo de Santa María	6

Agosto:

En 1.º de agosto pasamos a San Ignacio Guazú, a comer	3
El día 7 fuimos a Santa Rosa, a mediodía	5
El 18 fuimos a Santiago, a comer	8
El 25 a San Cosme, y comimos en el puesto de San Miguel	12
El 30 nos embarcamos y el 31 llegamos a mediodía a Itapúa	17

Setiembre:

El 6 de setiembre fuimos a comer a la Candelaria	5
El 12, a comer a Santa Ana	3
El 18, a mediodía, a San Ignacio Mini	3
El 23, a Loreto	3
El 29, al Corpus	2

Octubre:

El 6 de octubre bajamos por el Paraná a la Trinidad	5
-----------------------------------------------------	---

El 12, al Jesús, y éste es el último pueblo de la visita 3

Desde el cual regresó el señor Obispo a esperarme en Santa Rosa, mientras que yo pasaba a los pueblos del Uruguay, a responder a los negocios que habían traído don Diego de Salas, mayor general de órdenes del señor Cevallos, que estuvo en la Candelaria tres días y don Blas Gascón, secretario del señor Marqués, para cuyo efecto me embarqué en la Trinidad el día 13 y llegué a las cuatro de la tarde a la Candelaria, habiendo comido en el Igarupá de San Ignacio con cierto amigo que me esperaba allí 10

El día 14 pasé a San José 8

El día 15 a los Apóstoles 4

El día 16 a la Concepción 6

El 17 pasé el Uruguay y estuve a las cuatro de la tarde en San Nicolás 8

El 21 a los Apóstoles 7

El 22 a la estancia de los Mártires y comí en San Alonso 10

El 23 comí en Santo Tomé y caminé esta mañana 13

El 24 pasé tercera vez el Uruguay y entré en San Borja 3

El 29, desocupado del señor Cevallos, volví a repasar el Uruguay para Santo Tomé 3

El 30 a los Apóstoles 23

El 31 a la Candelaria 12

Noviembre:

El 2 de noviembre, después de las tres misas, embarcado a San Cosme 22

El día 3 a Santa Rosa 17

Aquí encontré al señor Obispo que me esperaba, y se hizo chasque al Paraguay para pedir escolta. Entre tanto hubo mucho que escribir, pero salimos de este pueblo el día 18, y vinimos a Santa María 3

El 19 a la estancia de Cabañas pasado el Tebiquarí 12

El 20 a la de Fulgencio de Yegros, comimos en la de Otazú 7

El 21 a Tabapuí, estancia de los dominicos	8
El 22 a Paraguarí, estancia de la Compañía	8
El 24 a San Lorenzo, chacra de los Padres	13
El 25 al Paraguay, a los cuatro meses y siete días	4
Suman todas las leguas de mi viaje	332

El viaje lo hice con bastante comodidad, porque en toda la visita del señor Obispo, no desamparamos el coche, y el resto de mi camino lo hice en una litera, en que me mandaron conducir los padres. Yo llevaba un donado y un mozo, y el padre Superior de Misiones mandó que me acompañase un hermano coadjutor aragonés que fue el hermano Blas Gorría, natural de Santa Cruz de Noguerras.

En el pueblo de San Nicolás, me obsequió mucho el señor marqués; pero mucho más el señor Cevallos, quien en el paso del Uruguay, a dos leguas de distancia del cuartel general, me mandó recibir por dos oficiales y seis dragones, y me tuvo prevenido su caballo, en el que en efecto hice ese camino con todo el jaez de capitán general, etc. Salí en fin de esta comisión a satisfacción de todos, y dejé muchos amigos en el lugar de la residencia de esos señores, quienes, como enviado del Obispo, me comunicaron lo más íntimo y reservado de toda la expedición, para que su Señoría Ilustrísima tomase las medidas convenientes en lo que le era encargado de la Corte. Sobre cuyos asuntos han estado, y todavía permanecen en gran discordia los ánimos de estos señores.

Lista de todos los jesuitas que hallé en los pueblos por donde pasé

En Santa María: Los padres Juan Bautista Marquesita, cura austríaco, Pedro Pablo Danesa, compañero, romano.

San Ignacio Guazú: El padre Joseph Rivarola, de Santa Fe, y el padre Manuel Olmedo, de Córdoba, compañero.

Santa Rosa: El padre Juan Manuel Gutiérrez, montañés, cura. El padre Mateo Cano, compañero, sardo. El padre Antonio Sosa, de Salta.

Santiago: El padre Rafael Campamar, mallorquín, cura. El padre Miguel Marimón, compañero, también mallorquín. El padre Sebastián Yegros, del Paraguay.

San Cosme: El padre Bartolomé Pizá, cura, mallorquín. El padre Tadeo Enis, húngaro, compañero. El padre Rafael Caballero, paraguayo.

Itapúa: El padre Félix Urbina, cura, de Madrid. El padre Felipe Arias, compañero, de Madrid también. El padre Sebastián Toledano, castellano viejo. El padre Jerónimo Zacaraís, sardo.

Candelaria: El padre Jaime Pasino, superior de todas las Misiones, sardo. El padre Felipe Ferder, cura, alemán. El padre Antonio Estelles, compañero, valenciano. El hermano Francisco Leoni, ropero, italiano. El hermano Blas Gorriá, segundo ropero. El hermano Ruperto Thahalamer, boticario, alemán.

Santa Ana: El padre Javier de Echagüe, cura, de Santa Fe. El padre Hermenegildo Aguirre, compañero, de Salta. El padre Inocencio Hérber, alemán.

San Ignacio Mini: El padre Andrés Fernández, cura, de Madrid. El padre Lorenzo Balda, compañero, castellano. El padre Francisco Ucedo, de Santa Fe.

Loreto: Padre Esteban Fina, cura, de Barcelona. El padre Ramón de Toledo, compañero, riojano. El padre Matías Strovel, alemán.

Corpus: El padre Pedro Sanna, cura, sardo. El padre Juan Fabrer, compañero, mallorquín.

Trinidad: El padre Juan Francisco Valdivieso, cura, de Baeza. El padre Juan Tomás, mallorquín.

Jesús: El padre Juan Antonio Ribero, cura, de Toro. El padre Santos Simoni, compañero, italiano. El hermano Antonio Forcada, de Zaragoza.

San José: El padre Juan Carrió, cura, castellano viejo. El padre

Apóstoles: el padre Domingo Perfeti, cura, italiano. El padre Carlos Tux, compañero, alemán. El padre Segismundo Asperger, médico viejo. El hermano Norberto Chuilok, boticario y médico alemán.

Concepción: El padre Jaime Mascaró, catalán, cura. El padre Manuel Boxer, compañero, mallorquín. El padre Conrado Arder, alemán.

Santo Tomé: El padre Ignacio Umeres, cura, de Santa Fe. El padre Félix Blanch, compañero, francés.

San Borja: Están de capellanes de los indios que allí trabajan en servicio de la tropa, el padre Diego de Horbegoso, vizcaíno, y el padre José Cardiel, riojano, y por ausencia de éste, hallé allí al padre Javier Lim, alemán.

Son por todos, los que conocí, cincuenta y tres.

FIN

